

**DISERTACIÓN DE GRADO PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL
TÍTULO DE LICENCIADA MULTILINGUE EN NEGOCIOS E
INTERCAMBIOS INTERNACIONALES**

**INTERVENCIONISMO POLÍTICO Y ECONÓMICO ESTADOUNIDENSE EN
AMÉRICA LATINA DESDE 1960 HASTA 1989 Y SU IMPACTO EN LA
CONSOLIDACIÓN DE GOBIERNOS DEMOCRÁTICOS EN LA REGIÓN**

MORÁN VILLAGÓMEZ MARÍA SALOMÉ

QUITO, 2013

*A mis abuelos, quienes sembraron en mí y se fueron antes de verme cosechar.
A mi pequeña Ivana, fiel compañera de las noches y sus palabras.*

*Gracias Mamá y Papá,
allá en el Cielo y aquí en la Tierra.*

1.	TEMA	1
2.	INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I		
EEUU Y LOS GOBIERNOS MILITARES DE LA REGIÓN		
LATINOAMERICANA		
1.1.	Antecedentes	
1.1.1.	La Guerra Fría	8
1.1.2.	Un mundo bipolar	10
1.1.3.	El desastre de Playa Girón	13
1.2.	El monopolio en América Central	16
1.2.1.	Antecedentes	16
1.2.2.	La United Fruit Co.	19
1.2.3.	El Canal de Panamá	21
1.3.	Gobiernos militares de derecha: Terrorismo de Estado en el Cono Sur	24
1.3.1.	Antecedentes	24
1.3.2.	Las dictaduras de la Operación Cóndor	27
1.3.3.	Otros intentos progresistas	31
CAPITULO II		
EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN AMÉRICA LATINA		
2.1.	Antecedentes	35
2.1.1.	El liberalismo	35
2.1.2.	Surgimiento de la economía estadounidense	38
2.1.3.	La continuidad de la economía latinoamericana	41
2.2.	La fase de acumulación capitalista	44
2.2.1.	El imperialismo y la oligarquía nacional	44
2.2.2.	Latinoamérica y el subdesarrollo	47
2.2.3.	1970: la crisis de la deuda	49
2.3.	El reformismo de los años 80	52
2.3.1.	Las Reaganomics en los EEUU	52
2.3.2.	El Consenso de Washington	55
2.3.3.	Los primeros rezagos	57
CAPITULO III		
CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO Y DEMOCRACIA EN		
LATINOAMÉRICA		
3.1.	Antecedentes	61
3.1.1.	La administración colonial estadounidense y Latinoamericana	61
3.1.2.	La post-independencia: Nacimiento de EEUU, Esclavitud para América Latina	64
3.1.3.	Un acercamiento al concepto de democracia	67
3.2.	La democracia de acuerdo a Estados Unidos	70
3.2.1.	Elaboración de la democracia norteamericana	70
3.2.2.	Sociedad y pensamiento estadounidense	72
3.2.3.	Visión estadounidense de América Latina	76
3.3.	Consolidación de la democracia latinoamericana	78
3.3.1.	La lucha popular: una constante compañera	78
3.3.2.	El populismo intermitente: una herramienta democrática	80
3.3.3.	El retorno a la democracia	83
3.	ANÁLISIS	87
4.	CONCLUSIONES	93

5.	RECOMENDACIONES	99
	BIBLIOGRAFÍA	101

1. TEMA

INTERVENCIONISMO POLÍTICO Y ECONÓMICO ESTADOUNIDENSE EN AMÉRICA LATINA DESDE 1960 HASTA 1989 Y SU IMPACTO EN LA CONSOLIDACIÓN DE GOBIERNOS DEMOCRÁTICOS EN LA REGIÓN

2. INTRODUCCIÓN

América Latina se constituye en una auténtica mina para las ciencias sociales. Es una Región socialmente diversa: pluricultural y multiétnica, con varias reservas naturales megadiversas, de espectaculares paisajes: Bariloche, Caribe y Amazonia, cuna de artistas prodigiosos como Neruda y Frida Kahlo, con una riqueza histórica milenaria y con un complejo entramado económico, que por su condición de dependencia, ha probado ser un verdadero laboratorio para las políticas económicas de los países del primer mundo.

Antes de que los españoles llegaran, los Aztecas, Incas y Mayas vivían puertas adentro en lo que hoy conocemos como la Región Latinoamericana, que ha sido una pieza clave en la cuidadosa elaboración de la estrategia del ajedrez político mundial siglo tras siglo. Desde ese día de octubre de 1492, cuando el mundo descubrió que había otro mundo trajinando a su costado, este pedazo de tierra en el que vivimos ha sido motivo de codiciosas disputas.

Del relativamente corto pedazo de la historia en el que América Latina comenzó a vivir puertas afuera, merecen una particular atención las tres décadas del siglo XX en las cuales el mundo se encontraba a un suspiro de su potencial aniquilación debido a una amenaza nuclear. Este, que viene a ser el condumio histórico latinoamericano moderno, explica el resultado de la partida maestra del ajedrez político que determinó la forma del mundo actual: con un jaque mate ganó el rey blanco, se adueñó del tablero y designó a sus peones.

El rey ganador, Estados Unidos, se coronó gracias a su tenacidad y persistencia, además de una planeación milimétrica en la accidentada carrera por la posesión del tablero. Sus planes de convertirse en amo del universo habían empezado desde hace siglos, pero tomaron forma desde la Segunda Guerra Mundial y se radicalizaron con la construcción de la Cortina de Hierro en 1961, que separaba su reino blanco e inmaculado del temible rey negro: la URSS. Los peones de este juego, las naciones débiles y pequeñas, siempre

sublevándose, convulsionadas y heridas, se encontraron una vez más esclavas, pero de un nuevo amo.

América Latina, peón histórico del rey blanco, constituye pieza fundamental de sus planes imperiales de control mundial debido a su riqueza en materias primas, fuente de acumulación de capital de la elite norteamericana y sus corporaciones. Crónicas como la del argentino Gregorio Selser, que enumera en más de mil páginas de extensión las intervenciones estadounidenses en la región, quedaran como evidencia para la posteridad.

La hipótesis del presente trabajo es que las continuas políticas intervencionistas de Estados Unidos hacia América Latina, que alcanzaron su punto álgido en las décadas de 1960 a 1980, protegiendo a los intereses del capital, habrían afectado la organización interna de las naciones latinoamericanas, lo cual repercutió su organización democrática interne y posterior articulación independiente y soberana a la comunidad internacional al mantener su condición de dependencia.

El intervencionismo directo o indirecto, es decir, diplomático o armado de EEUU en América Latina a lo largo de la historia, ha dejado una estela de países desangrados y sometidos que han heredado la ignorancia y la inequidad a sus ciudadanos. El interés económico, al ser la razón principal de la irrupción norteamericana, ha desarrollado e implantado sus razones políticas en la realidad latinoamericana que han justificado y encubierto su intervención.

Es pues, el objetivo central de este estudio, determinar cuál ha sido el impacto de la intervención política y económica del país del norte en la tarea inconclusa que ha resultado la conformación de un Estado democrático independiente y soberano en las naciones latinoamericanas, y su posterior inserción estable a la Comunidad Internacional.

Paralelamente, durante la redacción de este trabajo se busca identificar el papel desempeñado por EEUU en la denominada Operación Cóndor y otros apoyos militares de la región, determinar las políticas económicas que este país aplicó a manera de mecanismos proteccionistas para sus inversiones capitalistas, así como establecer la relación entre dicha intervención y las

medidas tomadas por los actuales gobiernos de la región para contrarrestar la anterior inestabilidad democrática.

La perspectiva tomada es la Teoría de la Dependencia, iniciativa nacida en Latinoamérica a mediados de la década de 1960, una época de gran concentración de intelectuales de izquierda en torno a la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe). Ella se apoya en las continuas intervenciones estadounidenses en la Región como herramienta inequívoca para el análisis de la realidad latinoamericana de entonces y punto de partida para la elaboración de soluciones.

La Teoría de la Dependencia sostiene que la intromisión extranjera en América Latina, en lugar de ser una fortaleza para el desarrollo, ha creado subdesarrollo.

Immanuel Wallerstein, el creador de la teoría de los Sistemas-Mundo le ha dado soporte a esta teoría. Sostiene que el mundo opera en un sistema dividido en dos grandes sectores: el centro y la periferia, el desarrollo de los países del centro (por el cual las naciones que lo integran han progresado y generado acumulación de capital y son las naciones desarrolladas) ha significado el atraso de las naciones periféricas como por ejemplo, los países latinoamericanos.

Raúl Prebisch, economista argentino e iniciador de las ideas dependentistas, es el primero y más notable autor de la teoría. Sin embargo, varios de los textos más importantes sobre la teoría de la dependencia, circularon únicamente como documentos internos de la CEPAL; ninguno fue publicado debido a que Prebisch fue removido de su cargo gracias a una interferencia del gobierno estadounidense.

Prebisch, defendió la idea de que el resultado político de la dependencia económica no ha cambiado durante la modernización del Estado, y se mantuvo igual después de la fundación de las Repúblicas. Las elites exportadoras se empeñaron en mantener la condición de dependencia para proteger sus propios intereses, por cuanto no se desarrolló una economía autónoma ni tampoco una clase burguesa que la fomente.

Esta situación de dependencia fomentó el sistema social de clases y esclavista que se heredó de la colonia y posicionó a las elites exportadoras en la cima de la pirámide social y mantuvo al campesinado bajo un yugo opresor, en la ignorancia y en la pobreza.

Dado que la burguesía agroexportadora controlaba al Estado y a la economía a la vez, las políticas de todo el sistema interno de las naciones latinoamericanas respondían a las necesidades del exterior y no del interior, lo que provocó una economía y una política fuertes hacia afuera y débiles hacia adentro.

Estados Unidos, cansado de la disidencia cepalina liderada por este argentino, exigió ante la Secretaría General de la ONU que Prebisch fuese destinado a otra institución. Lo envían entonces a dirigir la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas para Comercio y Desarrollo), organización que carecía de autoridad para asesorar y orientar la acción de los gobiernos.

Otros autores como Sunkel y Borón, Kaplan, Cueva y Gunder Frank han continuado, profundizado y actualizado a nuestra realidad contemporánea las ideas dependencistas de Prebisch, desde una postura crítica a la penetración estadounidense en los asuntos latinoamericanos y con una única conclusión: América Latina es una región desangrada y herida que mira a un futuro incierto.

En el primer capítulo el lector podrá encontrar los puntos nodales de intervención política estadounidense en América Latina en el marco de la Guerra Fría como escenario determinante, haciendo un recuento de sus antecedentes, la configuración del mundo bipolar de entonces y la acción de Playa Girón que le diera un nuevo giro a la planeación estadounidense con respecto al sur de su frontera.

Moviéndose hacia el centro del continente, el recuento de los hechos parte desde la perspectiva monopólica de la United Fruit Company y su capacidad de poner y quitar presidentes a su antojo en la Región Centroamericana. Se recuerda también de qué manera se logró el control del canal de Panamá y lo que significó esta concesión forzosa para los centroamericanos y latinoamericanos. Al finalizar el capítulo, se describe a la

Operación Cóndor, intervención político-militar insigne de la región y otras intervenciones de la CIA (Central Intelligence Agency), y un recuento de los intentos progresistas más importantes de los países latinoamericanos frustrados por las operaciones de la organización.

El segundo capítulo, dedicado al análisis comparativo del desarrollo capitalista de ambos actores, empieza por relatar el surgimiento de la economía estadounidense: nacida libre y soberana como un instrumento depredador para la constitución de un sueño grandilocuente, al contrario de la economía latinoamericana: dependiente y colonial. Todo ello en el marco del liberalismo como motor ideológico del mundo desde la Revolución Francesa.

Mediante la explicación de la fase de acumulación capitalista, se analiza la consolidación del poderío capitalista oligárquico local como locomotora de la condición de subdesarrollo futuro de Latinoamérica, motivación a su vez, para el excesivo endeudamiento exterior que contrajo y que llevó a la Región a la gran crisis de la deuda en los años 70. Finalmente, se aborda la década de los años 80 en el contexto de las Reaganomics y las medidas del Consenso de Washington para América Latina.

Gracias a esta penetración durante décadas, América Latina se vio incapaz de desarrollar sistemas internos autónomos sostenibles, generándose un vacío en su autodeterminación, expresado en el accidentado retorno a una época democrática inestable en la década de los 90, en donde los gobiernos de turno resultaron ser meras democracias electorales y superficiales, no verdaderas opciones de crecimiento interior.

El acercamiento al Estado Latinoamericano, en sus diferentes formas históricas, es el motivo del tercer y último capítulo. Con el Estado Colonial como antecedente determinante, el lector prosigue hacia el análisis de la formación de las Repúblicas Nacionales Latinoamericanas y la continuidad del sistema español feudal, para luego, con estos antecedentes, replantearse cuál es verdaderamente el concepto de democracia.

Se encuentra luego la sección de la sociedad y pensamiento norteamericano, donde se expone la realidad actual del país y de donde provienen sus creencias e ideas que forman su realidad, así como la influencia

mediática en el país como factor multiplicador de su ideología y cosmovisión fabricadas. Luego, se encuentra una descripción de su sistema democrático así como su conformación, para comprender de mejor manera la descripción para comprender el trasfondo de lo que sería una ventana hacia las relaciones con América Latina en ese contexto.

Finalmente, el lector encuentra en la última sección el desarrollo de la historia de las luchas populares latinoamericanas y su transformación en grupos radicales armados, las verdaderas razones del retorno del populismo y cuál es su verdadero rol en una sociedad. Por último, el llamado retorno de la democracia en América Latina, sus implicaciones y sus proyecciones así como los motivos de su fracaso.

La llamada Tercera Ola de Democratizaciones del mundo abrió las fronteras para la penetración del capital, más que para garantizar la libertad, igualdad y fraternidad del hombre, principios de la Revolución Francesa que inspiran a las democracias modernas. Estas democracias liberales se han constituido como unas “democracias” y nada más que el nombre, en las cuales las minorías no están representadas, y los derechos individuales no están garantizados.

El largo periodo de dictaduras que vivió la Región Latinoamericana, al ser procesos apoyados desde el exterior, determinaron la fragilidad de la implantación democrática posterior, al ser este un verdadero reto para la reformulación de la institucionalidad interior y exterior. A pesar de las esperanzas que trajo la democratización, la Región no dejó de responder a intereses externos y dar la espalda al fortalecimiento interior.

Analizar y estudiar cualquier aspecto de Latinoamérica ha sido sin duda una tarea compleja que más que una internacionalización en los asuntos particulares de la Región, requiere un estudio minucioso de las condiciones externas que han determinado su realidad. Sin embargo, es la responsabilidad de las generaciones de jóvenes latinoamericanos asumir esta historia desde un punto de vista crítico, con las herramientas necesarias que el conocimiento brinda, para llegar a saber NUESTRA VERDAD, más no la que nos han contado.

Como futuros profesionales del quehacer internacional, es preciso que los alumnos de LEAI sean conscientes de esta realidad desde un punto de vista de reflexión histórica, orientado a defender los intereses de la Región, que en estos momentos atraviesa cambios profundos de orden político y económico. Este oleaje de cambios, ahora más que nunca, necesita sostenerse en jóvenes profesionales y preparados, con un alto compromiso de gratitud y lealtad hacia La Patria Grande, el Sueño de Bolívar, América Latina.

CAPITULO I

EEUU Y LOS GOBIERNOS MILITARES DE LA REGIÓN LATINOAMERICANA

1.1. Antecedentes

1.1.1. La Guerra Fría

Aunque la Guerra Fría comenzó formalmente en 1945, con la firma del Tratado de Yalta, es pertinente recalcar que la rivalidad entre Estados Unidos y La Unión Soviética comenzó desde 1917 con el triunfo de la Revolución Rusa, ya que Estados Unidos intervino en la guerra civil que dio origen a la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas), apoyando al ejército blanco anticomunista (CHOMSKY, 1994).

Para entender el desarrollo de esta guerra que duró más de cuarenta años, es preciso recordar que el Tratado de Yalta es fruto de una alianza surgida de la necesidad de derrotar a un enemigo más peligroso (la Alemania Nazi) y no de la voluntad de las partes. La Conferencia de Yalta, marco del tratado firmado por Stalin, Churchill y Roosevelt, estuvo desde siempre cuajada de desconfianzas y desacuerdos que iban subiendo de tono (HENRÍQUEZ, 2008).

En uno de los puntos acordados de dicho Tratado, los aliados proponían que los países europeos liberados de la tiranía Nazi debían organizarse de una manera auténticamente democrática y libre (HENRÍQUEZ, 2008).

Así, la URSS presionó para que los países europeos ocupados por el Ejército Rojo se estructuren con el poder de los partidos comunistas que ya habían alcanzado importancia durante la resistencia contra los nazis. EEUU, en cambio, presionó para que los partidos comunistas fieles a la URSS, fracasaran en las elecciones democráticas de ciertos países de Europa Occidental utilizando el chantaje económico: condicionó las ayudas del Plan Marshall a la derrota electoral de los comunistas (HENRÍQUEZ, 2008).

A esta situación se añadió la desaparición de otros poderes que pudieran equilibrar a las Superpotencias. Los países europeos y Japón habían quedado anulados durante la Segunda Guerra Mundial. El Imperio Británico, por ejemplo, había pasado claramente a un segundo lugar a pesar de ser uno de los vencedores en la guerra y de tener aún un gran Imperio sobre el papel (HENRÍQUEZ, 2008).

Francia consiguió colarse entre los vencedores gracias al Tratado de Potsdam¹, pero como potencia había perdido la guerra, y como país había sido salvado y liberado por los angloamericanos, hecho que le restó peso político en los acontecimientos de la Guerra Fría (FEST, 2005).

Al otro lado del mundo, mientras se fraguaba la Segunda Guerra Mundial, el Imperio Japonés intervino en China invadiéndola desde 1937. En este territorio se habían formado dos movimientos políticos contrarios a los japoneses y enemigos entre sí al mismo tiempo: el Kuomintang, un partido nacionalista burgués y conservador que contaba con el apoyo de EEUU, y del otro lado, el Partido Comunista Chino dirigido por Mao-tse-Tung, apoyado por la URSS y fortalecido por el apoyo del campesinado chino (HENRÍQUEZ, 2008).

Ambos se enfrentaron a los invasores japoneses entre 1937-1945, pero cuando Japón fue derrotado, tuvo lugar una guerra civil que duró hasta 1949 en la que los comunistas victoriosos fundaron la República Popular China. El líder del Kuomintang huyó a la isla de Taiwán donde fundó la República Nacionalista China protegida por EEUU (HENRÍQUEZ, 2008).

La adhesión de China al bloque comunista rompió el equilibrio de poder en la zona. Los EEUU tuvieron que afianzarse en puntos estratégicos en Asia que garantizaran la presencia de EEUU en la región. Así, ocuparon Japón tras su derrota y lo convirtieron en un aliado anticomunista: se implantó la democracia y la rápida recuperación económica (HENRÍQUEZ, 2008).

En medio de las fricciones de Yalta, el disparo que inició la Guerra Fría fue lo que Stalin consideró como la ruptura de la Declaración de Potsdam por parte de los aliados occidentales. Estados Unidos consideró que una Alemania democrática y económicamente recuperada sería un adecuado freno al comunismo; por ello decidieron unificar el territorio que ocupaban con el de los británicos y los franceses en 1948, lo cual dio origen a la República Federal Alemana (BENZ, 2005).

¹ Acuerdo final de la Conferencia de Yalta por el que se dividía a Berlín entre los países aliados, se desmilitarizó a Alemania y se juzgó a los criminales nazis en Nuremberg

Entonces decretó el bloqueo económico del Berlín Occidental (1948-1949) con el objetivo de que los ciudadanos de esa área, acosados por el hambre, pidieran entrar en el Bloque Soviético. Los EEUU abastecieron a la ciudad por aire, demostrando al mundo su enorme capacidad económica y militar y desafiando continuamente a los rusos que no se atrevieron a derribar un solo avión estadounidense (HENRÍQUEZ, 2008).

Un año más tarde, los rusos fomentaron la formación de otro estado de carácter comunista en territorio alemán, la RDA (República Democrática Alemana), conocido como el pariente pobre de la RFA (República Federal Alemana) .La división de Alemania, que se radicalizó con la construcción del Muro de Berlín en 1961, simbolizaba la propia división europea. Cada uno formó una alianza militar (OTAN: Organización de Tratado del Atlántico Norte, dirigida por EEUU y Pacto de Varsovia dirigida por la URSS), y económica (OCDE: Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, en el Bloque Occidental y COMECON: Consejo de Ayuda Mutua Económica, en el Bloque Oriental) (BENZ, 2005).

Pocos países europeos quedaron fuera de los bloques el momento de la división alemana, posición que también se radicalizó como consecuencia de la radicalización de la Guerra Fría con la Declaración de Países No Alineados expedida en Belgrado en septiembre del mismo año. Varios países integraron este grupo, como por ejemplo, Indonesia, Congo, Cuba y Ecuador (BENZ, 2005).

1.1.2. Un mundo bipolar

La Guerra Fría es definida como un estado de tensión permanente que primero se mantuvo entre las dos superpotencias EEUU y la URSS entre 1945 y 1991, que se extendió a los bloques que ambas lideraban, y que no desembocó en un conflicto directo entre ellas ante el peligro de destrucción mutua que representaba el uso de las armas nucleares (VALENTE, 2005).

Como consecuencia de la satelización de la URSS en Europa del Este, EEUU tomó la decisión de actuar de manera más severa con Rusia. Washington proclama entonces los lineamientos políticos de la “Doctrina Truman” siendo ésta la primera manifestación abierta del conflicto Ruso-Estadounidense, lo que obligaba a los estadounidenses a trabajar

intensamente para evitar la expansión de la “tiranía comunista” en la comunidad internacional (CARBONE, 2006).

Los parámetros ideológicos no fueron los únicos que contribuyeron a definir la política exterior estadounidense de este período, sino también los económicos. Con el fin de la Segunda Guerra Mundial, se inició en Estados Unidos una nueva etapa de acumulación basada en tres factores: el mantenimiento y expansión del complejo militar-industrial, el acuerdo entre capital y trabajo, y la expansión a escala mundial de las grandes empresas norteamericanas. Dicha situación económica encontró en la Guerra Fría el ambiente perfecto para desarrollarse (CARBONE, 2006).

La determinación de detener al enemigo comunista y asegurar su expansión económica y política, esencial para el mantenimiento de la libertad y prosperidad, sentó la obligación para el gobierno de EEUU de promover y mantener un clima favorable a la empresa en el mundo entero, materializando la política más importante de esta guerra: La Política de Contención (CARBONE, 2006).

El primer eje de esta política fue militar. Se indicaría a Moscú las regiones del mundo que Estados Unidos no podía permitir que cayesen en manos comunistas, para lo cual, diversos estados recibirían de su parte apoyo militar para aumentar su fuerza de resistencia (CARBONE, 2006).

El segundo, crucial en el largo plazo, sería un programa masivo de ayuda económica que permitiese la recuperación de Europa y Japón, lo cual disuadiría a sus regiones geográficas estratégicas de sentirse tentadas por las doctrinas comunistas de la lucha de clases, además de reajustar el equilibrio de poder a favor de América. Así, Estados Unidos implementó el programa de ayuda económica para la reconstrucción de Europa conocido como “Plan Marshall” hacia 1948 (CARBONE, 2006).

A partir de 1949, la OTAN, cuyo principal objetivo estratégico era la prestación de ayuda estadounidense a los estados europeos en caso de una agresión de los comunistas, hizo militarmente lo que el mencionado plan se proponía económicamente: acentuar la división del mundo en dos campos (CARBONE, 2006).

Otra estrategia de EEUU en la Guerra Fría fue retrasar el desarrollo económico de la URSS. Un ejemplo es la expedición de la Ley de Control de Exportaciones de 1949, que subrayaba el peligro que implicaba para Estados Unidos la exportación de material sin prestar atención a su potencial militar; también está la Ley de Control de Asistencia Defensiva Mutua, conocida como Ley de Batalla de 1951, que reconocía que la política de contención sólo era efectiva si los aliados estadounidenses cooperaban, por lo que se arrogaban la prerrogativa de aplicar estrategias de guerra económica, embargo y presión a cualquier nación que enviara productos a un destino no autorizado (CARBONE, 2006).

Las consideraciones estadounidenses de orden geopolítico llevaron a la difusión de una teoría del dominó según la cual, la caída de un país en manos del comunismo, arrastraría inexorablemente a sus vecinos y desestabilizaría toda un área en el globo. Estados Unidos entendió entonces la necesidad de concretar alianzas militares de apoyo (CARBONE, 2006).

El gobierno de EEUU se propuso garantizar el apoyo de la región mediante la firma de varios instrumentos de seguridad colectiva que quedaron institucionalizados en la formación de una organización regional por medio de la Carta de la Organización de los Estados Americanos (OEA), en el seno de la IX Conferencia Interamericana en Bogotá en 1948 (MORGENFELD, 2010).

Cuando Dwight Eisenhower subió al poder en enero de 1953, la política de EEUU hacia Latinoamérica hacía hincapié en la cooperación, el mantenimiento del status quo y el estímulo y salvaguardia de los intereses de las empresas privadas que actuaban en la región. Esta política se había mantenido inalterable desde el inicio de la guerra fría debido a la baja prioridad que tenía Latinoamérica dentro de las consideraciones de la agenda estadounidense (HELLER, 1973).

Entre las operaciones estadounidenses más destacadas aplicadas durante el periodo de Eisenhower se pueden enlistar: el derrocamiento del régimen parlamentario conservador en Irán en 1953, restaurando al Sha y su brutal gobierno represivo, y el apoyo a Francia en su iniciativa de recuperar sus antiguas colonias en Indochina. El establecimiento del Terrorismo de Estado en

Vietnam del Sur, al intentar contener la invasión de Corea del Norte, violó los acuerdos de Ginebra de 1954 (CHOMSKY, 1994).

Además de la guerra de Vietnam, otro terrible conflicto que tiñó de Sangre a la Guerra Fría, fue la Guerra de Corea, que tiene la distinción de ser el primer conflicto en el que se aplicó la Política de Contención (CHOMSKY, 1994).

A pesar de darse un reordenamiento de las políticas de ambas superpotencias, la situación no modificó las consideraciones estadounidenses con América Latina. Sin embargo, al observarse signos de peligrosos giros a la izquierda, como políticas de neutralidad internacional, nacionalismo económico y reforma agraria, las políticas de contención se centraron en presiones y represalias económicas y/o políticas, y como último recurso, contemplaron la intervención de los marines o el accionar de la CIA (Central Intelligence Agency) pero sin que ello significase para Washington aun, una mayor preocupación (CARBONE, 2006).

1.1.3. El desastre de Playa Girón

El contexto de la Guerra Fría ofreció un clima apropiado para que se diera la intervención estadounidense en Latinoamérica; sin embargo, no sería la primera vez. La política histórica de Estados Unidos hacia América Latina ha sido de intervención, exclusión, hegemonía, contención y equilibrio de poder, orientada tanto a mantener la estabilidad en la región y alejar a las potencias extranjeras, para proteger los intereses fundamentales de Estados Unidos (CARBONE, 2006).

Arthur Schlesinger, ex colaborador del gobierno de Kennedy, mencionó en una conferencia en La Habana, con motivo del cuadragésimo aniversario de la crisis de los misiles en Cuba, que ese fue el momento más peligroso de la historia humana: *“estuvimos a una palabra de la guerra nuclear. El año de 1962 tuvo grandes implicaciones en las relaciones de América Latina con EEUU y el mundo”* (CHOMSKY, 2004:15).

Luego de tener éxito en Guatemala e instaurar un gobierno pro-Norteamérica, ahogando las expresiones comunistas, Estados Unidos volvió a intentar la táctica nuevamente cuando la situación en América Latina pareció

requerirlo, pero esta vez con un resultado completamente opuesto (CARBONE, 2006).

Luego de su exilio tras la fallida toma del cuartel de Moncada en 1953, Fidel Castro había llegado desde México en barco a la isla en 1956 para comenzar una lucha de tres años que tenía por objetivo derrotar a Fulgencio Batista, un dictador cliente de EEUU (NATHAN, 1991).

El 31 de diciembre de 1958 el sargento Fulgencio Batista huyó de Cuba con 250 millones de dólares repartidos en dos maletas rumbo a Santo Domingo. Al día siguiente los barbudos de la Sierra Maestra entraron victoriosos a la capital cubana, vitoreados por el pueblo cubano que ese día empezaba a escribir un nuevo capítulo en su historia y sin sospecharlo, en la de toda América Latina (ESTRELLA, 1983).

Después de asumir el poder en enero de 1959, Castro había empezado a reestructurar las instituciones cubanas con una ideología socialista revolucionaria que resultaba profundamente perturbadora para Norteamérica (NATHAN, 1991). Buscó cortar la dependencia con EEUU llegando a diversos acuerdos con Rusia en temas comerciales. Para marzo de ese año, el Consejo de Seguridad de la ONU ideaba maneras para cambiar de régimen, para mayo, la CIA armaba guerrillas en Cuba (CHOMSKY, 2004).

La invasión a Bahía de Cochinos se realizó el 17 de abril de 1961 tras la toma de posesión de Kennedy como presidente de los EEUU, en medio de un ambiente frenético sobre Cuba en la Casa Blanca. Kennedy temía que con la ayuda de Rusia, Cuba se convirtiera en un modelo de desarrollo y diera a los soviéticos una clara ventaja en Latinoamérica (CHOMSKY, 2004).

Tanques, cañones blindados, cañones anti-tanques, 24 aviones, paracaidistas y demás menesteres bélicos desembarcaron en Playa Girón esa noche de abril. En menos de 72 horas, el pueblo cubano capturó a 1179 asalariados de la CIA y, en palabras del propio Fidel, el imperialismo sufrió su primera grande e histórica derrota en América (ESTRELLA, 1983). El gobierno de Estados Unidos no negó la participación de su país en la acción concertada, Kennedy advirtió a los gobiernos latinoamericanos que en el futuro, de ser

necesario, no dudaría en volver a actuar unilateralmente para salvaguardar la seguridad hemisférica y contener al comunismo (CHOMSKY, 2004).

En julio de 1961 la CIA señalaba que “la difundida influencia del castrismo no se debe al poder de Cuba (...). La sombra de Castro se agiganta porque algunos factores económicos y sociales en toda América Latina invitan a oponerse a las autoridades de gobierno y dan pie a la agitación por un cambio radical” para lo cual Cuba serviría de modelo (CHOMSKY,2004:27).

A finales del mismo año, EEUU le impone a Cuba un embargo comercial asfixiante, muy difícil de sobrellevar para un país pequeño convertido en colonia virtual estadounidense en los sesenta años que le siguieron a su liberación de España. Ordenó además, a su hermano el fiscal Robert Kennedy, intensificar la campaña terrorista en contra de la isla mediante la aplicación de la denominada operación Mangosta: guerra económica, operaciones paramilitares y sabotaje (CHOMSKY, 2004).

Además, se planteó de forma definitiva la necesidad del aislamiento de Cuba, ya que su presencia en el sistema interamericano resultaba incompatible con los principios que lo guiaban y, más aún, se convertía en un peligro inminente para la seguridad continental. Las presiones de EEUU dieron fruto en enero de 1962: se expulsó a Cuba del sistema interamericano (ESTRELLA, 1983).

La resolución de la expulsión de Cuba, a la que dicho sea de paso varios países latinoamericanos como Ecuador y Chile se abstuvieron, subrayaba que la adhesión al marxismo-leninismo es incompatible con el sistema interamericano y que la tendencia de ese gobierno rompía la unidad y solidaridad continental, que Cuba es incompatible con los principios y objetivos del sistema interamericano y por lo tanto quedaba automáticamente excluida (ESTRELLA, 1983).

Luego de la derrota en Playa Girón, Castro creyó que la invasión estadounidense era inminente, por lo que buscó involucrarse directamente con la URSS. Raúl Castro, Ministro de las Fuerzas Armadas del gobierno cubano de ese entonces, viajó a Moscú en busca de respaldo militar soviético ante el temor de una nueva invasión por parte de Estados Unidos (CARBONE, 2006).

Del lado soviético, la posibilidad de instalar misiles estratégicos en Cuba constituía una maniobra política y militar de oro, ya que una base estratégica

en la isla iba a la par con las bases que Estados Unidos tenía en Turquía. Así, Kruschev, el líder Ruso, le propuso a Castro colocar misiles balísticos de alcance intermedio en Cuba, instalados y controlados por ellos (CARBONE, 2006).

En octubre de 1962, aviones espías de EEUU que sobrevolaban la zona del Caribe tomaron una serie de fotografías que revelaron la existencia de bases de misiles soviéticos en el lugar. Ante la denuncia en la ONU, la URSS justificó su accionar esgrimiendo que el envío de esos misiles a la isla constituía simplemente una acción solidaria con un país que estaba amenazado, y que en consecuencia tenía derecho a defenderse. Para el gobierno estadounidense, esto resultó ser una verdadera ofensiva y un abierto desafío (CARBONE, 2006).

Kennedy, consciente del riesgo nuclear, exigió a Moscú la retirada de los misiles de Cuba, impuso un bloqueo naval a la isla para impedir la llegada de más armamento soviético, aumentó el número de tropas estacionadas en Guantánamo y abrió canales de negociación pacífica con la URSS. Después de 5 días de tensión e intercambios epistolares entre Kennedy y Kruschev, este último, sin consultar con Fidel Castro, aceptó retirar los misiles y desistir de utilizar a la isla como base de operaciones de armas nucleares, a cambio de la promesa de Kennedy de remover los misiles que tenían localizados en Turquía y de no invadir Cuba ni apoyar otra invasión anticastrista (CHOMSKY, 2004).

No cabe duda de que los misiles colocados en Cuba fueron un acto de agresión por parte de Rusia, pero a la luz de los hechos, esta fue más consecuencia que causa de las intervenciones armadas y la guerra económica estadounidenses hacia Centroamérica (CHOMSKY, 2004).

1.2. El monopolio en América Central

1.2.1. Antecedentes

Antes de la guerra civil, el mundo de los negocios en Estados Unidos estaba formado de pequeñas unidades que competían fuertemente entre si y casi todas eran empresas individuales o de alguna asociación. La guerra produjo un aumento de las actividades económicas, lo cual se reflejó en la necesidad de incrementar la producción de materias primas y bienes

manufacturados, en el desarrollo del transporte, y la expansión de los negocios y el comercio (RIVERA, 2005).

Ante estas exigencias económicas, fue un reto para los grandes empresarios organizarse en grandes consorcios. Dichas sociedades capitalistas se denominaron "Trusts", y su principal función era la de incrementar su capital a través de la compra-venta de acciones. Los Trusts constituyeron una eficiente forma de detener la competencia, esencial para garantizar la expansión capitalista (RIVERA, 2005).

Hacia el año de 1899, existían dentro del espacio estadounidense 185 de estas grandes corporaciones, que en 1904 aumentaron a 318. Algunas de las más importantes empresas son: la Standard Oil Co. (1882), la American Sugar Refining (1890), la United States Rubber Company(1892), la General Electric Co., General Motors Co.(1908), Radio Corporation of America (1919), y United Fruit Company (1899). Esta última constituye el mejor ejemplo de como los trusts, dominaron la vida económica y la vida política de América Central (RIVERA, 2005).

Desde la etapa de formación de estas grandes empresas, los obreros sufrieron enormes penurias, al igual que los campesinos y pequeños comerciantes. La fuerte presión política ejercida por los afectados, provocó la promulgación de la Ley Sherman Antitrust, contra los monopolios en 1890 (RIVERA, 2005).

Esta ley estipulaba que todo convenio, de toda naturaleza, incluyendo los trusts, así como cualquier confabulación por la cual se restrinja la industria o el comercio entre los diversos estados, o con naciones extranjeras, es ilegal. Así como también cualquier asociación o trust que restrinja la industria o el comercio en algún territorio de los Estados Unidos, en el distrito de Columbia, con naciones extranjeras, o entre el distrito de Columbia y cualquier estado o estados o naciones extranjeras, era igualmente ilegal (RIVERA, 2005).

La formación del monopolio bananero, al ser un sector de la economía amoldable para la expansión imperialista, al igual que los demás sectores y compañías transnacionales, recibió el apoyo incondicional de Estados Unidos quien no dudaba de ejercer de manera contundente su influencia en la

economía como en la política de las naciones en donde sus empresarios decidieran incursionar (RIVERA, 2005).

La producción de banano para el consumo local dentro de las regiones de Centroamérica había sido practicada desde hace años atrás por los pequeños agricultores de estas regiones. Al ser una planta nativa, no era conocida más allá de sus fronteras, por ende no formaba parte de la alimentación de la sociedad de Estados Unidos y tampoco era un producto importante para la exportación del cual se pudieran obtener ingresos mediante la producción extensiva en algunas áreas que favorecieran el cultivo (RIVERA, 2005).

Pero a partir de la segunda mitad del siglo XIX, se comenzaron a llevar pequeños embarques de este producto a los Estados Unidos. El producto era llevado a los puertos norteamericanos durante primavera y otoño, estaciones cuyas temperaturas favorecían el transporte. El emprender una travesía de este tipo resultaba ser una operación muy arriesgada, sin embargo la demanda fue creciendo (RIVERA, 2005).

Si bien al principio el transporte de esta fruta a Estados Unidos se realizaba únicamente de manera periódica, el lugar que ocupó posteriormente fue un lugar privilegiado. El banano, pasó de ser un producto desconocido dentro del territorio de EEUU, a ser un producto de consumo diario, lo cual a su vez hizo que la expansión de su producción sea una obligación (RIVERA, 2005).

Para enfrentar a las crecientes exigencias del mercado en los Estados Unidos, algunas de las empresas dedicadas a esta actividad comenzaron a fusionarse o a vender sus acciones a grupos más poderosos. Esta adquisición de acciones dio como resultado la concentración de esta actividad en manos de las empresas más grandes, fue eliminando a los productores locales de América Latina (RIVERA, 2005).

El presidente Tomas Guardia, que estaba en ejercicio del poder ejecutivo de Costa Rica desde 1890, decidido a fomentar la comunicación entre las cuatro ciudades del interior de la república así como del exterior, otorgó un contrato para la construcción del ferrocarril a Henry Meigg. El cumplimiento del contrato se confió al sobrino de Meiggs, Minor Cooper Keith (RIVERA, 2005).

Al ir avanzando en la construcción del ferrocarril, era esencial buscar un motivo para mantener al transporte operando, además de una nueva fuente de ingresos, para poder solventar los gastos de las próximas construcciones. La búsqueda de Keith por diversificar sus inversiones, lo llevó a sembrar banano en 1874. La distribución eficiente de este producto había surgido antes mediante la asociación de los embarcadores con los distribuidores en Norteamérica; así surgió la Boston Fruit Company en 1855 (RIVERA, 2005).

Keith se vio de pronto en un agobio económico debido a la quiebra de la empresa que se encargaba de distribuir su producto en los Estados Unidos. Entabló entonces relación con la Boston Fruit Company, lo cual dio como resultado la creación de la United Fruit Company en 1899. Esta empresa, que operaba bajo las leyes de Nueva Jersey y contaba con un capital autorizado de 20 millones de dólares, se encargaría de monopolizar la producción y el comercio bananero en la mayoría de los países centroamericanos durante aproximadamente toda la primera mitad del siglo XX (RIVERA, 2005).

En 1930, la compañía contaba con un capital de 242 millones de dólares y para 1933, las utilidades netas de la compañía llegaron a 9.2 millones. En 1932, la United Fruit controlaba el 63.6% del total exportado por nueve países latinoamericanos: Colombia, Cuba, Costa Rica, Guatemala, Honduras, Jamaica, México, Nicaragua y Panamá (CHAPMAN, 2007).

La historia de la United Fruit Company no es simplemente el relato del crecimiento y decadencia de una multinacional estadounidense en América Latina; constituye un hecho sin precedentes que moldeó las relaciones de intervención entre América Central y Estados Unidos (CHAPMAN, 2007).

1.2.2. La United Fruit Co.

Las políticas desarrolladas por EEUU hacia Cuba durante la Guerra Fría, sin duda no fueron un hecho aislado. Antes de los sucesos de 1961, fue Guatemala el país centroamericano que tuvo el privilegio de ser el primero en ser intervenido (CHAPMAN, 2007).

En 1944 fue derrocada la dictadura del General Jorge Ubico, siendo éste el primer período democrático de la historia guatemalteca. Seguidamente,

fue elegido presidente Juan José Arévalo, un militante de izquierda que puso en marcha un programa de reformas que continuó Jacobo Arbenz, su sucesor (CHAPMAN, 2007).

El presidente Arbenz además, aplicó un plan de reforma agraria en 1952, por la que era necesario expropiar tierras con el debido pago de indemnizaciones en bonos a los propietarios, en base al valor que los mismos habían declarado en el pago de sus impuestos. Dicha reforma afectaba principalmente a la mayor propietaria de tierras del país, la United Fruit Company (UFCo.) (CHAPMAN, 2007).

La compañía, de propiedad estadounidense, llevaba operando en Guatemala desde principios del siglo XX. Desde el inicio de sus operaciones había adquirido no solo la exoneración de impuestos y el control de la exportación de bananas, contaba con el 42,68 % de la International Railway of Central América y el puerto, una importante participación en la Compañía Agrícola de Guatemala, y tenía acciones en la Tropical Radio Telegraph Company y había adquirido buques de los marines estadounidenses para formar la Great White Fleet (CARBONE, 2006).

De acuerdo a las condiciones del programa de reformas de Arbenz, se le expropiarían 160.000 hectáreas de tierra. Entonces se puso en marcha la operación PBSUCCESS: en 1954, tropas dirigidas por el Coronel Castillo Armas invaden el país desde Honduras con el respaldo aéreo de la CIA. El levantamiento encontró nula resistencia en su pueblo; previamente, el embajador estadounidense en el país había exhortado y convencido a los líderes militares de no intervenir en defensa del gobierno (CARBONE, 2006).

Arbenz huyó del país e inmediatamente y un régimen militar apoyado por Estados Unidos se instauró en Guatemala. Curiosamente, entre las primeras medidas del nuevo gobierno, estuvo la restauración de las tierras expropiadas a la United Fruit Company, la proscripción del partido comunista y la ruptura de relaciones diplomáticas con los países de Europa Oriental (CHAPMAN, 2007).

Para lograr estas intervenciones, era vital el apoyo de dos de los más importantes accionistas de la United Fruit que se rotaban en los más altos

cargos en el gobierno estadounidense y la CIA: John Foster y Allen Dulles, respectivamente. La lista de entramado económico-político es extensa, incluso la secretaria personal del presidente Eisenhower, Anne Whitman, estuvo casada con el jefe de Relaciones Públicas de la United Fruit (MURILLO, 1985).

La actividad bananera del espacio hondureño se remonta a los años 1860- 1869. En 1974, la United Brands-fusionada ya con Zapata Corporation en 1970, fundada por la familia Bush-sobornó a Oswaldo López Arellano, presidente de Honduras, con 1.25 millones de dólares para que el impuesto de cincuenta centavos por caja de banano fuera reducido rápidamente a veinticinco centavos, ahorrándole a la compañía entre 6 y 7 millones de dólares anuales. López Arellano ya había llegado al poder por un golpe de Estado al anterior presidente, que pretendió una reforma agraria que afectaría a la compañía (MURILLO, 1985).

Honduras, sin embargo, fue la base principal para el accionar de Washington. El general hondureño Gustavo Álvarez Martínez participó siguiendo al pie de la letra las directrices del Pentágono. Desde 1975 el militar recibía pagos de la United Brands (MURILLO, 1985).

A principios de los años 80, Reagan indica a la CIA derrocar al gobierno nicaragüense, mediante acciones paramilitares. Formó la llamada Contra y hundió al país en una guerra civil y aplicó presión sobre el país en todos los campos posibles (RIVERA, 2005). El nuevo gobierno contaba con presencia socialdemócrata, socialista, Marxista-leninista y con una influencia muy grande de la teología de la liberación (MURILLO, 1985).

La Revolución Sandinista fue protagonizada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional que había iniciado la lucha contra la tiranía Somoza en Nicaragua desde los años 50, cantó victoria e introdujo reformas en los aspectos socioeconómicos y políticos del Estado nicaragüense, como por ejemplo la expropiación de tierras a la United Fruit Co. (ESTRELLA, 1983).

1.2.3. El Canal de Panamá

De los tiempos de las colonias españolas en América, procede la idea de construir un canal interoceánico que comunicase el Pacífico con el Atlántico y facilitase las operaciones comerciales entre los pueblos de este Hemisferio.

Durante la Colonia, la Corona Española envió a exploradores y realizó expediciones a fin de estudiar la posibilidad de abrir una ruta entre el Pacífico y el Atlántico (AROSEMENA, 1997).

Por ejemplo, el astrónomo francés Charles Marie de la Condamine, presentó a la Academia Francesa de Ciencias un estudio a favor de la construcción de un canal trans-ístmico, luego de finalizar estudios en los altiplanos de Quito en 1735. (AROSEMENA, 1997).

En 1850 se firma el acuerdo Clayton-Bulwer entre los Estados Unidos de Norteamérica y el Reino Unido de Gran Bretaña, por el cual establecen las condiciones por las cuales se abrirá y operará un canal interoceánico en Nicaragua. Según acordaron las partes, ninguno intervendrá ni ejercerá ningún dominio sobre esos países, ni sobre ninguna otra parte de la América Central y se abstendrá de ocupar, fortificar o colonizar a Nicaragua, Costa Rica, la Costa de Mosquitos o cualquier parte de la América Central, de asumir o ejercer dominio sobre esas regiones (AROSEMENA, 1997).

Mediante el Tratado Hay-Bunau Varilla firmado en noviembre de 1903, se concedía a perpetuidad a los Estados Unidos la Zona del Canal: una franja de 5 millas de largo de cada lado del Canal de Panamá. Esto, dentro de la población panameña, generó un grado de insatisfacción al existir un territorio ocupado por los estadounidenses y al dividir al país físicamente en dos partes (ABU-WARDA, 2001).

Durante la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos negoció con Panamá la ampliación de las bases militares en el marco de convenios como el Tratado sobre Arrendamiento de Sitios de Defensa o el Convenio Filos-Hinés, respondiendo ambos a los intereses de seguridad nacional de Estados Unidos. Esto generó sin duda el descontento popular manifestado en 1947 (ABU-WARDA, 2001).

La crisis de los misiles en Cuba y la consiguiente aparición de la doctrina de Seguridad Nacional, influyeron significativamente en el replanteamiento de la estrategia estadounidense con respecto al Canal. La nueva política canalera dio mayor participación a los militares panameños y mejoró las relaciones bilaterales (ABU-WARDA, 2001).

A través del Acuerdo Chiari-Kennedy de 1963, se estableció que la bandera panameña debía ser enarbolada en la zona del Canal, sin embargo, Norteamérica seguía mostrándose reacia a ceder alguna competencia real a las autoridades panameñas. Las manifestaciones de 1964, que causaron 30 muertos y 300 heridos, condujeron a la ruptura de relaciones diplomáticas entre Panamá y Estados Unidos, y motivaron el inicio de nuevas formas de diálogo que toman en consideración las demandas de los panameños (ABU-WARDA, 2001).

El 11 de octubre de 1968, cuando el entonces coronel Omar Torrijos asumió el poder en Panamá, después de derrocar al gobierno de Arnulfo Arias, fueron pocos los percatados de que esa pequeña nación centroamericana iniciaba una nueva etapa de su historia (BAEZ, 2011).

Las negociaciones bilaterales sobre el futuro del Canal llevaron a la firma de los Tratados Torrijos-Carter en septiembre de 1977. Torrijos murió a los 52 años cuando misteriosamente su aeronave, una De Havilland Twin Otter (DHC-6), explotó durante el vuelo en la zona del cerro Marta, en la localidad de Coclé, el 31 de julio de 1981, luego de que EEUU devolviera el canal a los panameños (BAEZ, 2011).

El tratado Torrijos-Carter legalizó las bases militares en el país y se estableció a perpetuidad la neutralidad del Canal de Panamá, pero en el se fijó una fecha definitiva de la presencia de EEUU en Panamá y la devolución de su Canal (BAEZ, 2011).

La muerte de Torrijos, no resultó accidental: fue asesinado por políticos estadounidenses, quienes se oponían a las negociaciones entre Torrijos y un grupo de empresarios japoneses que proponían la construcción de un canal por parte de Panamá, según relató John Perkins en su libro titulado *Confesiones de un Sicario Económico* (BAEZ, 2011).

Durante el siglo XX, Panamá se enfrentó a las presiones del hegemón mundial, destinadas a convertir al país en un soporte militar e ideológico de sus intereses. La Escuela del Caribe del Ejército, ubicada en dicho país (USA CAIB U.S. Army Caribbean School in Panamá), llamada posteriormente Escuela de las Américas (USAR-SA), tenía como misión el adiestramiento militar del ejército estadounidense y de otros países latinoamericanos (ABU-WARDA, 2001).

Más de 20 incursiones militares por parte del ejército de Estados Unidos se han realizado en Panamá con el pretexto de proteger el canal. La invasión de 1989 figura como la más cruel y flagrante violación del Derecho Internacional en la que luego de una revuelta popular motivada por el fraude en la elección del candidato Duque, Estados Unidos aumentó sus efectivos militares y activó los ejercicios militares del Comando Sur, resultando en 30 muertos y 300 heridos (ABU-WARDA, 2001).

1.3. Gobiernos militares de derecha: Terrorismo de Estado en el Cono Sur

1.3.1. Antecedentes

América Latina también fue incluida dentro de las prioridades geopolíticas estadounidenses en la Guerra Fría, con el objetivo de imposibilitar la entrada del comunismo a una región, en la que los grandes capitales del norte jugaban un papel importante en las economías de sus naciones, y donde su influencia era prácticamente indiscutible (CARBONE, 2006).

En el marco de la crucial Conferencia para el Mantenimiento de la Paz y la Seguridad llevada a cabo en Río de Janeiro en 1947, Estados Unidos impuso a varios países latinoamericanos el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), planteando la necesidad de defensa hemisférica contra cualquier amenaza extra continental, mejor conocida como amenaza del comunismo internacional (ESTRELLA, 1983).

A lo largo de los años sesenta y principios de los setenta, la característica central de América Latina fue la militarización creciente de la vida política expresada por la sucesión de golpes de Estado. Diversas tentativas revolucionarias y reformistas fracasaron frente a una tercera tendencia autoritaria: la irrupción violenta de los militares en escena (HELLER, 1973).

Después de la intervención estadounidense en Guatemala, empezaron a observarse tendencias izquierdistas en algunos países latinoamericanos: políticas de neutralidad internacional, nacionalismo económico, reforma agraria, entre otros. Las políticas de contención norteamericanas entonces se centraron en presiones y represalias económicas y/o políticas hacia los infractores, además se contempló la intervención de los marines o de la CIA (CARBONE, 2006).

Luego de la Crisis de los Misiles y la experiencia de Bahía de Cochinos, Washington debía asegurarse de que una situación similar no se diera en otros países del continente, lo que pondría en peligro su hegemonía. A través de la política de “No a una segunda Cuba”, se pasó a buscar la defensa hemisférica ante el peligro de un avance del comunismo internacional y a combatir la subversión interna en los países latinoamericanos. Se evitaron revoluciones como la de Castro en todo el hemisferio y súbitamente, América Latina se había convertido en la prioridad número uno de la agenda de Washington (HELLER, 1973)

Al mismo tiempo, se volvió urgentemente necesario implementar una estrategia denominada Desarrollo Sostenido, alcanzado por las sociedades industriales maduras y formulado por Walt Witman Rostow, economista y asesor del presidente Kennedy (CARBONE, 2006)

Rostow sostenía en sus declaraciones que *“promover y orientar una transformación de las estructuras sociopolíticas latinoamericanas que las hiciesen invulnerables a la tentación revolucionaria que había ganado a la Gran Antilla”* (CARBONE, 2006:12)

Nació entonces la llamada “Alianza para el Progreso”, que se concretó en el marco de la VIII Conferencia de la Organización de Estados Americanos de Punta del Este. En el seno de dicha conferencia no solamente se resolvió excluir a Cuba, se firmó además la “Carta de Punta del Este”, en la que formalmente se establecieron los objetivos a alcanzar en 1970 para la región: rápido crecimiento económico, equitativa distribución del ingreso nacional, una más completa utilización de los recursos naturales y humanos de la región, incrementando la industria y reduciendo el desempleo y el fortalecimiento de la democracia representativa (OLIVIERI, 1984).

Washington consideraba que para lograr estos objetivos era necesario trabajar estrechamente con la milicia latinoamericana, y se puso así a los Ejércitos Nacionales al servicio del programa de transformación. A pesar de que se creó un Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso, Estados Unidos seguía tomando las decisiones concernientes a la distribución de los fondos que ellos asignaban, que de acuerdo a la ley de Ayuda Exterior del Congreso de los Estados Unidos de 1962, debían gastarse en mercancías provenientes de ese país (OLIVIERI, 1984).

Obedeciendo a sus políticas, se creó en 1962 el Grupo Especial en Contrainsurgencia, cuya función fue la de idear nuevas armas, rescribir los manuales de entrenamiento y crear cursos de métodos de lucha antiguerrillera para proporcionar a los militares latinoamericanos adiestramiento y equipo contra los insurgentes, mantener y establecer unidades de la CIA en cada país, y ayudar a mantener el status quo en la región, ya que la amenaza podría venir del interior mismo de América Latina, no necesariamente del exterior, y cada gobierno debía estar capacitado para garantizar su propia seguridad (HELLER, 1973).

Los oficiales latinoamericanos aprendieron en el marco del Grupo los métodos más sofisticados de lucha antiguerrilla, guerra psicológica y propaganda. Se procedió además con la creación de la Academia Interamericana de Policía, así como de la Agencia Internacional del Desarrollo que se encargaron de la preparación (solo en el período 1962-1963) de más de 600 oficiales de 15 países en tácticas de control de manifestaciones callejeras, métodos de espionaje y contraespionaje de oficiales de la policía, y en lucha contra las acciones subversiva urbanas (HELLER, 1973).

Además, cerca de veinte mil militares latinoamericanos recibieron instrucción en técnicas de contrainsurgencia y pacificación interna por militares estadounidenses entre 1961 y 1969, en la célebre Escuela de las Américas, creada en 1963, y alma mater de algunos golpistas militares que colaboraron con la Operación Cóndor (OLIVIERI, 1984).

Desde el punto de vista del norte, los militares no constituían simplemente la fuerza que garantizaba el mantenimiento del orden frente a la subversión, sino que también podían ser estimulados a participar en la transformación económica y social; por ello se elaboraron programas de acción cívica a la par de los programas de asistencia militar (OLIVIERI, 1984).

Las FFAA participaron en construcción de carreteras y escuelas, así como de asistencia médica en zonas rurales de difícil acceso. Estados Unidos pretendía con estos programas de acción cívica que los militares latinoamericanos desempeñaran un papel fundamental en el proceso de modernización mencionado por Rostow (HELLER, 1973).

Estados Unidos tuvo un doble éxito en la aplicación de sus programas militares: no sólo se frustró un estallido revolucionario generalizado, además, la contra revolución se impuso frente a las amenazas existentes. Después del gobierno de Kennedy, los gobiernos de Johnson, Nixon y Ford apoyaron abiertamente a los regímenes militares en la región: además de reconocerlos, les favorecieron dándoles una orientación política conforme a los intereses de EEUU (HELLER, 1973).

Estados Unidos buscó entonces la formación de una élite militar capaz de asumir la dirección política de los países donde la crisis social amenazaba desembocar en situaciones revolucionarias (HELLER, 1973). En este contexto de favorecimiento estadounidense a los regímenes militares, el golpe brasileño de 1964 marca el momento del ascenso decisivo de la influencia de Estados Unidos en las actuaciones militares de la región (PARAMIO, 2001).

Le siguieron los golpes de Argentina en 1966 y Chile en 1973, y para entonces, el equilibrio geopolítico en América del Sur se había modificado en tal grado que la militarización de la política se convirtió en el hecho más significativo de la región a partir de la segunda mitad de la década de 1960 (HELLER, 1973). La manifestación e instauración de estos regímenes coincide con períodos de aguda conflictividad social manifiesta o latente, imputable a las apremiantes instancias económicas y políticas de los sectores tradicionalmente marginados o menos favorecidos (OLIVIERI, 1984).

Charles Meyer, Secretario Adjunto para Asuntos Interamericanos, señaló a finales de la década de 1960 la sensible disminución de las actividades guerrilleras y de subversión en la región. De modo que el personal militar de EEUU en América Latina debería ser reducido de 800 personas en 1967 a 505 en 1970, y la ayuda militar sería reducida a 75 por ciento de lo que había sido durante el año fiscal de 1966, cuando había alcanzado la cifra de 80.7 millones de dólares (HELLER, 1973).

1.3.2. Las dictaduras de la Operación Cóndor

Los documentos que probaron la existencia de la Operación Cóndor aparecieron en diciembre de 1992 cuando se descubrieron los archivos de la policía secreta de Paraguay, que en total sumaron más de ocho mil fichas de detención, más de setecientos libros y un sinnúmero de fotografías (MARIANO,

1998). Además se encontró el prontuario y muerte de Anastasio Somoza entre los documentos (CALLONI, 1999).

Bautizado como el Archivo del Horror, alberga pruebas suficientes de la colaboración las dictaduras del Cono Sur entre sí. A través de la promoción de conferencias de inteligencia, se practicó el espionaje conjunto, se intercambiaron prisioneros y se falsificó documentos, actuando en los países vecinos con licencia para matar (MARIANO, 1998).

La llamada Operación Cóndor, nombre inspirado en el ave sudamericana, dio inicio con el derrocamiento del presidente Allende por parte de la CIA en 1973, hecho sobradamente detallado en el "Confidential 747" y otros documentos desclasificados dirigidos al Secretario de Estado del presidente Nixon, en los cuales se menciona que, por ejemplo, Chile estaba en su mejor momento y poseía 500 millones en moneda fuerte, más que EEUU per cápita y que en dos años se prevé que sea el segundo productor de cobre del mundo luego de la Unión Soviética (CALLONI, 1999).

El accionar conjunto de las dictaduras empieza empero, el 29 de octubre de 1975 cuando el General Augusto Pinochet convocó a la Primera Reunión de Trabajo de Inteligencia Nacional a llevarse a cabo a finales del mismo año. En esta reunión se propuso a los delegados de los países participantes la creación de una central de informaciones en el continente, que contuviera nombres de personas, organizaciones y los detalles de actividades conectadas con movimientos de rechazo a regímenes militares, emulando a la Interpol en París (MARIANO, 1998).

A partir de ese momento, las acciones de las dictaduras militares integraron su acción y las alas del Cóndor fueron cubriendo el territorio del Cono Sur en forma de numerosas Conferencias Bilaterales de Inteligencia. El saldo: 35.800 muertos y desaparecidos entre ellos guerrilleros de izquierda, sindicalistas, estudiantes, políticos, obreros, agricultores y profesionales opositores a los diferentes regímenes o sospechosos de serlo. Detrás de todos estos casos aparece la mano de Washington a través de la Teoría de Seguridad Nacional estadounidense (CALLONI, 1999).

La denominada Guerra Sucia, ciñó algunos países sudamericanos con su horror: A Argentina entre 1976 y 1983, a Brasil de 1968 a 1976, en Chile estuvo desde 1973 hasta 1989, llegó a Uruguay desde 1973 hasta 1984 y en Paraguay desde 1954 hasta 1989 (MARIANO, 1998).

En la década de 1930, Paraguay fue llevado a una cruenta guerra contra Bolivia, en la que los ejércitos descalzos peleaban por intereses de compañías petroleras extranjeras que operaban en la zona. Desde 1954, los mismos intereses hundieron al país en 35 años de dictadura. Alfredo Stroessner, célebre por introducir el método de los campos de concentración en Sudamérica e inventar el gas Sarín, fue derrotado por un golpe militar en febrero de 1989 (CALLONI, 1999).

La intervención de Stroessner en lo actuado por Estados Unidos para derrocar el presidente Allende en Chile, sentó un precedente irrevocable para el posterior desarrollo de los planes de la Operación Cóndor. Al día siguiente de una reunión entre el presidente Nixon, Helms (Director de la CIA) y Kissinger (Secretario de Estado), luego de la victoria de Allende en 1970, se envió una nota desde la División Occidental de la CIA confirmando que *“el presidente Nixon ha decidido que gobierno de Allende no es aceptable para Estados Unidos”* (CALLONI, 1999:18).

El plan de acción comenzó el 22 de octubre del mismo año con el asesinato del Comandante en Jefe de las FFAA, René Schneider. Tres años más tarde, Augusto Pinochet asumió el poder mediante un golpe de Estado cuidadosamente planificado por Washington: después de haber armado un complot de desprestigio contra al anterior Comandante, Carlos Pratts, reemplazo de Schneider, que fue ascendido a Comandante en Jefe de las FFAA y así pudo llevar a cabo el golpe (CALLONI, 1999).

El Cóndor realiza su primer vuelo entonces, motivado por la preocupación en Chile por la presencia en Argentina de exiliados de alto nivel que denunciaban de forma permanente las atrocidades de la dictadura: el general Pratts y su esposa, entre otros. El ex general mantenía correspondencia con amigos en Chile incluyendo a la viuda de Allende, Hortensia Bussi, en las que relataba que era seguido constantemente por espías y soplones (CALLONI, 1999).

En efecto, los espías chilenos, emisarios de la temible DINA (Dirección de Inteligencia Nacional) que cobró miles de vidas mediante el secuestro, tortura y asesinato, no estaban solos. La AAA (Alianza Anticomunista Argentina) colaboraba con sus vecinos para cumplir las órdenes de la CIA. En efecto, Pratts, asilado en Buenos Aires, murió con su esposa por una bomba colocada en su auto al llegar a su casa en 1974 (CALLONI, 1999).

El asesinato de Pratts se adjudicó a la izquierda como una táctica de confusión. De la misma forma y en el mismo año, se adjudicó a la izquierda el asesinato del coronel Trabal en Paris, ex jefe del espionaje militar y uno de los principales animadores del Grupo de Oficiales progresistas de Uruguay que colaboraba con la guerrilla de los Tupamaros, motivo de Fuerte inquietud para Washington, que actuó a través de la nueva dictadura de José María Bordaberry (CALLONI, 1999).

Después de la implantación de la dictadura de Bordaberry, se instauró en Montevideo el Organismo Coordinador de Operaciones Antisubversivas (OCHOA), instancia que se potenció luego del golpe de 1976 en Argentina por la estrecha colaboración que llevó a cabo el organismo con grupos represivos de la dictadura uruguaya (CALLONI, 1999).

En 1976 se instaura en Argentina la dictadura de José Rafael Videla, luego de que el fundador de la AAA y ex secretario de Juan Domingo Perón, Juan López Regale, facilitara el camino realizando tareas de "limpieza" de todo rastro de peronismo. Entre julio y septiembre de 1974 se produjeron en Argentina un total de 220 atentados de la Triple A: 60 asesinatos, 44 víctimas gravemente heridas y 20 secuestros (MENDEZ, 2006).

En 1980 la justicia brasileña dictó sentencia para dos policías del DOPS (Departamento de Orden Político y Social) en Uruguay al ser identificados como los secuestradores de un matrimonio de militantes de la oposición uruguaya. Una noche de noviembre de 1978 un comando del ejército uruguayo, con la venia del régimen militar brasileño, salió de Montevideo, cruzó la frontera clandestinamente y perpetró el hecho, confirmándose la participación brasileña en la Operación Cóndor (CALLONI, 1999).

Los actos de los mencionados órganos encargados de ejercer el terror en cada país, o estaban constantemente asesorados por espías entrenados por la CIA, o dicha organización estadounidense operaba directamente a través de sus embajadas y la carta abierta que le otorgaban sus dictadores aliados (MARIANO, 1998).

Después de veinte años, los países del Cono Sur no consiguieron superar las secuelas de esta a Guerra Sucia. Las leyes de amnistía no pacificaron a Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay: millares de familias siguieron buscando los cadáveres de amigos y familiares, excavando en cementerios colectivos clandestinos, buscando entre cruces con inscripciones "NN" (MARIANO, 1998).

1.3.3. Otros intentos progresistas

La posición hegemónica estadounidense se vio cuestionada, en términos relativos, por acontecimientos internos latinoamericanos en el período 1968-1973, a pesar de que a principios de los años sesenta triunfa la contra revolución en la región. La dificultad de Estados Unidos por resolver el conflicto armado en el Sudeste Asiático, coincidió con importantes cambios de gobierno en América Latina que parecían cuestionar los intereses de Washington (HELLER, 1973).

Claros ejemplos son los golpes de Estado en Perú y Panamá en octubre de 1968, el golpe de Torres en Bolivia en 1970, la victoria en las urnas de la Unidad Popular de Chile, la formación del Frente Amplio de Izquierda en Uruguay para las elecciones generales de 1971, la caída de Velasco Ibarra en Ecuador en 1972, la elección de Carlos Andrés Pérez en Venezuela y el resurgimiento del peronismo, parecían complicar el ajedrez del poder latinoamericano (HELLER, 1973).

El 2 de Junio de 1976, el cadáver del general Juan José Torres, ex presidente de Bolivia, fue encontrado con tres disparos en la cabeza debajo del puente San Andrés de Giles en Buenos Aires. Torres, exiliado en Argentina y perseguido por la dictadura de Hugo Banzer, al igual que Pratts, sabía que lo seguían constantemente (CALLONI, 1999).

La historia de Bolivia está plagada de relatos de guerras ocasionadas por intereses extranjeros. Entre 1932 y 1935 los intereses petroleros del extranjero llevaron a la brutal guerra del Chaco con Paraguay. La frustración resultante del conflicto dio impulso a las izquierdas campesinas, que apoyaron al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), que después de varios levantamientos llegó al poder en 1952 (CALLONI, 1999).

Aunque los intentos progresistas de ese gobierno fueran sofocados por el país del norte, la efervescencia política regresó en los años 70 con una movilización en masa de todos los sectores, como si la sombra del Che Guevara se hubiera levantado. A esta movilización le acompañaba un movimiento dentro del ejército liderado por el comandante Torres (CALLONI, 1999).

Tras un golpe de estado de derecha se da en Bolivia una huelga general. Mineros y obreros avanzaron armados y unieron sus fuerzas a Torres que llegó al poder el 7 de Octubre de 1970. Al igual que su homólogo Arbenz en Guatemala, tomó decisiones contundentes en contra del capitalismo norteamericano: la nacionalización de las minas de zinc y la declaración de los derechos absolutos de Bolivia sobre el sector de la metalurgia (MENDEZ, 2006).

Estados Unidos llevaba ya conspirando contra Bolivia desde 1969. Hugo Banzer llegó al poder finalmente en 1971. La CIA supervisó y apoyó todo el proceso mediante el envío de dos altos inspectores: el jefe de la Misión Militar de Estados Unidos en Buenos Aires y un jefe del Pentágono que viajó desde Washington (MENDEZ, 2006).

Durante el mismo período, la euforia revolucionaria inspiró al Perú y tras un golpe de estado, los comandantes generales del Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea, en Junta Revolucionaria designaron al general Juan Velasco Alvarado como Presidente de la República en 1968 (CALLONI, 1999).

Velasco nacionalizó la banca, nacionalizó los recursos mineros, decretó una reforma agraria, estatalizó la pesca creando el Ministerio de Pesquería entre muchos otros importantes avances progresistas para el Perú. En 1975 la CIA participó en el Tacnazo, un levantamiento surgido en la localidad de Tacna, gracias al cual la derecha volvió al poder de la mano del nuevo presidente Francisco Morales (CALLONI, 1999).

El Ecuador, país pequeño e insignificante en la geopolítica del globo de la época, fue también un territorio propicio para la intervención de la CIA, ya que los Estados Unidos estaban convencidos de que un brote comunista en cualquier parte del continente se podía esparcir rápidamente (MENDEZ, 2006).

Philip Agee, un ciudadano estadounidense estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad de Florida, recibió la invitación para entrar al programa JOT (Junior Officer Trainee) de la CIA. En 1957 le dieron la bienvenida al programa, pues había pasado el proceso satisfactoriamente. Para 1960 recibe su primera asignación en el exterior: Quito-Ecuador (VILLAMIZAR, 1994).

La CIA en el Ecuador tenía tres prioridades básicas: la primera era realizar una compilación de datos sobre la fuerza e intenciones de las organizaciones comunistas, así como de otras organizaciones hostiles con EEUU para realizar una penetración de orden técnico por medio de agentes del más alto nivel (VILLAMIZAR, 1994).

La segunda prioridad era realizar informes acerca del gobierno ecuatoriano y sus disidentes. La tercera y última prioridad era aplicar la guerra psicológica y propagandística para contrarrestar la propaganda contra los EEUU. Los tres objetivos se lograron mediante dos de sus agentes ecuatorianos Mario Cárdenas y Luis Vargas (VILLAMIZAR, 1994).

Estados Unidos tenía una lista de enemigos para los cuales esta lista de objetivos sería de una aplicación directa. Los tres primeros nombres en aparecer eran: Partido Comunista del Ecuador (PCE), Partido Socialista del Ecuador (PSE) y Unión de Juventudes Revolucionarias del Ecuador (URJE) (VILLAMIZAR, 1994).

Durante el desarrollo de estas operaciones que terminaron en 1963, aunque el autor del libro *Inside the Company: CIA Diary*, Phillip Agee sugiere que estas operaciones secretas no han tenido fecha de expiración, Ecuador tomó decisiones políticas sesgadas y bajo amenazas y presión estadounidense como por ejemplo, la ruptura de relaciones diplomáticas con Cuba en 1962 (VILLAMIZAR, 1994)

Con el surgimiento de la Guerra Fría y gracias al anticomunismo patológico de Estados Unidos, la violencia de Estado promovida por su política exterior y llevada a su máxima expresión mediante el apoyo incondicional prestado a través de sus organismos como la CIA y el departamento de Estado, se instauró el terrorismo como herramienta fundamental de relaciones entre Estados Unidos y América Latina (MARIANO, 1998)

Analizar el verdadero significado de la Guerra Fría para América Latina, permite releer la historia de nuestro tiempo con más fundamento. Los planificadores estadounidenses, llamados también futurólogos o estrategas, ya tenían claro que su país surgiría de ella como la primera potencia de la historia contemporánea (RAVEST, 2009).

Los derrocamientos presidenciales violentos y la opresión popular gracias al auspicio de EEUU, por miedo a que los países del sur de su frontera comenzaran un proceso progresista, a más de ser fundamental para la consecución de sus planes geopolíticos, posee sustentación económica: el capitalismo despiadado. A continuación, se analizará el desarrollo económico de Estados Unidos versus la dependencia económica latinoamericana.

CAPITULO II

EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN AMÉRICA LATINA

2.1. Antecedentes

2.1.1. El liberalismo

El liberalismo, una corriente de pensamiento atribuida a la modernidad de los siglos XIX y XX, fue alimentada por dos corrientes del pensamiento predominantes en los siglos XVII y XVIII: la libertad individual asegurada por el Estado de Derecho instituido en Gran Bretaña y el enfoque racionalista-constructivista asumido en el Continente europeo (HAYEK, 1973).

Los principios en los cuales se basaron los antiguos Covenanters presbiterianos escoceses (partido de la iglesia) que llegaron al poder mediante una invasión a Edimburgo en 1648 y establecieron los fundamentos liberalistas en Gran Bretaña, tienen una evolución prehistórica pues recibieron gran ayuda de la tradición de la antigüedad clásica y de ciertos elementos de la antigüedad medieval (VARGAS, 2007).

Los antiguos griegos, en especial los atenienses, fueron el primer pueblo que formuló de manera clara la idea de la libertad individual. Los ideales griegos se transmitieron a los filósofos modernos mediante escritos romanos, así ellos también pudieron trazar una tradición de libertad bajo el imperio del derecho, preservada en la Edad Media y extinguida en la Edad Moderna con el advenimiento de las Monarquías (VARGAS, 2007).

Posteriormente, las ideas radicales de iluminismo francés dominaron progresivamente la opinión en Francia y sus países vecinos durante los periodos Revolucionario y Napoleónico. Con el triunfo de la Revolución Francesa, triunfan el liberalismo como ideología, el capitalismo económico como sistema, el individualismo que sustituye a la colaboración comunitaria, el contractualismo social y también el democratismo (VARGAS, 2007).

Aunque Gran Bretaña desarrolló un liberalismo económico fundamental, catapultado por los logros de la liga contra las Leyes sobre Granos y la firma de un Tratado de Libre Comercio con Francia, esta última se destacó por sus ideas políticas y sociales de tendencia liberal. El primer Estado en nacer bajo ideas liberales fue Estados Unidos de América: los llamados padres fundadores

tomaron las ideas revolucionarias de Europa para formular la declaración de independencia de las 13 colonias en 1776 (HERNÁNDEZ, 2007).

Mediante esta concepción, Estados Unidos se institucionalizó e institucionaliza hasta la actualidad como liberal. De ahí en adelante el avance de las ideas liberales en el sistema mundial está fuertemente influenciado por las políticas estadounidenses (VARGAS, 2007).

Antes de la Primera Guerra Mundial, las ideas liberales generaban una exclusión del Estado, sin embargo, tras la firma de la paz con el Tratado de Versalles en 1919, el sistema liberal se encontró en decadencia económica que estalló en 1929 con el desplome de la Bolsa de Valores de Nueva York (VARGAS, 2007).

De la mano de la crisis económica, vino la crisis social. El desempleo alcanzó la cifra récord de 25% de la PEA, la falta de ingresos generó escasez de recursos y una gran baja en el nivel de vida del individuo. La tasa de suicidios se elevó hasta llegar a un 14% en ese mismo año y llegó hasta 17.4% tres años más tarde (HERNÁNDEZ, 2007).

El paro de la primera economía mundial conllevó naturalmente a una crisis económica internacional. Entonces, se introduce un nuevo modelo cíclico de reactivación económica basado en la intervención del Estado (HERNÁNDEZ, 2007).

John Maynard Keynes, un economista inglés, fue el encargado de dicha reactivación. Para él, la política y la economía están ligadas, por lo cual el Estado tendrá que asumir un papel orientador y entonces surge el Estado de Bienestar. Así, el Estado no solo se vio como salvador de la economía sino como el proveedor de la seguridad social e individual (HERNÁNDEZ, 2007).

El Liberalismo keynesiano tuvo una gran efectividad en la reactivación de la economía luego de la Segunda Guerra Mundial y acompañó a la reunión de 44 países en 1944 para reestructurar el sistema económico occidental. En el marco de dicha reunión, se crean las Instituciones Internacionales encargadas de canalizar el funcionamiento de este sistema como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el GATT (Acuerdo General para Aranceles

Aduaneros y de Comercio) que luego se convertiría en la OMC. La política keynesiana del Estado Benefactor, traspasó las fronteras empujada por la ambición estadounidense, y Estados Unidos se adjudicó la responsabilidad de ser el benefactor internacional (HERNÁNDEZ, 2007).

Conforme los países europeos salían de la crisis de reconstrucción luego de la Segunda Guerra Mundial², que los mantenía en una posición débil, el sistema Bretton Woods ya no era satisfactorio y EEUU, el centro gravitacional de este sistema, empezó a tambalear debido a sus intervenciones durante la Guerra Fría (THERBOM, et al. 2003).

La crisis del Estado de Bienestar en los años 70 conllevó a periodos de inflación, una subida de las tasas de interés y de crisis petrolera y energética. Los sectores defensores de la propiedad privada enunciaban que el objetivo ulterior de cualquier gobierno era la estabilidad monetaria, naciendo así el neoliberalismo como nueva faceta del sistema internacional (THERBOM, et al. 2003).

Sin embargo, dice Francisco Scaglia, el neoliberalismo no es un conjunto homogéneo de doctrinas, con tesis establecidas y aceptado por todos aquellos que se califican como neoliberales (HERNANDEZ, 2007)

El liberalismo económico estadounidense se infiltró en América Latina mediante las ideas del monetarismo³ de la Escuela de Chicago⁴. En 1956 dicha escuela firmó un convenio con la Universidad Católica de Chile, el "Proyecto Chile"⁵ y la creación del Centro de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Chicago, en donde más de 100 chilenos fueron influenciados por el pensamiento liberal hasta 1970 (THERBOM, et al. 2003).

Algunos de los graduados de dicho programa, los "Chicago Boys", ocuparon puestos en el departamento de economía de la Universidad Católica de Chile y rápidamente las ideas de la Escuela de Chicago inundaron el centro de Santiago. El proyecto Chile fue un ejemplo notable de un traslado

² Después de la Segunda Guerra Mundial el 87% de los países europeos involucrados quedó en ruinas

³ Escuela de pensamiento económico partidaria del libre mercado.

⁴ Escuela de Economía de la Universidad de Chicago.

⁵ El objetivo de este proyecto era contrarrestar al desarrollismo chileno mediante las ideas económicas de los países desarrollados.

organizado de la ideología de los Estados Unidos a un país dentro de su esfera de influencia directa (THERBOM, et al. 2003).

Aunque el grupo más influyente de los Chicago Boys era de origen chileno, había muchos graduados Latinoamericanos de la Universidad de Chicago en la misma época que siguieron marcando las economías de sus respectivos países (THERBOM, et al. 2003).

2.1.2 Surgimiento de la economía estadounidense

El surgimiento de EEUU como hegemón mundial está encadenado a la decadencia europea en el periodo post-guerras. La hegemonía europea del siglo XIX se debió principalmente al apogeo de Gran Bretaña y su poderío comercial que se apoyó a su vez en el auge industrial y un desarrollo agrícola de ultramar. Inglaterra se convirtió en la fábrica del mundo, en el gran proveedor universal (GALVÁN Y MARTÍNEZ, 2001).

A principios del siglo XX, Alemania y Estados Unidos aparecieron en el escenario, y ya para 1913 Alemania amenazaba con liderar la industria europea. Comenzó entonces la carrera de las naciones vecinas a Inglaterra para establecer su poderío en el continente. Luego de la Primera Guerra Mundial, dichas naciones quedaron devastadas y ya no era adecuado mantener un mundo de relaciones cada vez más hostiles (GALVAN Y MARTINEZ, 2001).

Ningún imperio en la historia ha podido superar el desgaste del tiempo, ni siquiera el Romano que tuvo una vida más larga que muchas otras potencias. La importancia que tiene el declive del Imperio Británico se da por el hecho de que es el primero que se produce en la etapa industrial y porque dio paso al surgimiento del Imperio Norteamericano, lo que cambió el destino del mundo entero (GALVAN Y MARTINEZ, 2001).

Cuando Gran Bretaña logró su poderío económico, contaba con los modelos de máquinas e infraestructura pionera no susceptible al perfeccionamiento, que pronto alcanzó un elevado grado de obsolescencia e inutilidad. La tentación de mantenerlos como instrumentos en funcionamiento debido a los altos costos de modernización fue preponderante e Inglaterra perdió competitividad (DIAZ DE OJEDA y BIRZUELA, 2002).

Los ingleses no lograron construir un sistema bancario capaz de producir capital financiero para modernizar su industria nacional, pues el quehacer bancario estaba fuera de sus fronteras. Tampoco consiguieron hacer eficiente su bolsa debido a un déficit de transparencia de la información que generaba pérdidas en los titulares de acciones (SALIDO, 2011).

Otro aspecto que minó la competitividad inglesa fue que el traslado hacia formas directivas de organización de sus empresas fue más lento que en los EEUU y Alemania. La modalidad capitalista británica se desarrollaba de una manera personal, en donde los jefes de sección de las fábricas mantenían una relación de maestro-aprendiz con los trabajadores en lugar de tener una jerarquía funcional. El nivel de educación de los operarios no era técnico sino clásico (DIAZ DE OJEDA y BIRZUELA, 2002).

Los altos costes militares y administrativos de sus colonias y los gastos implicados en las numerosas guerras en las que intervinieron desde el periodo Napoleónico para asegurar su hegemonía, significaron una gran pérdida económica y otro factor importante para el declive de su hegemonía que se detuvo en los años 30 y 40 del siglo XX (DIAZ DE OJEDA y BIRZUELA, 2002).

Al término de la Primera Guerra Mundial los ingleses habían logrado sus objetivos: la ampliación de las colonias inglesas y la eliminación de Alemania del panorama así como sus posesiones coloniales. Estados Unidos, por su parte, vio en la Alemania destrozada una oportunidad para fomentar la inversión de capitales norteamericanos en Europa y adquirir cierto dominio en el continente (DIAZ DE OJEDA y BIRZUELA, 2002).

Por su parte, el modelo bancario de Estados Unidos nace gracias a una ley que prohibía a las Colonias Británicas emitir su papel moneda, situación que fue relatada por Benjamín Franklin en una visita a Inglaterra en calidad de Representante de los Intereses de la Colonia. Alexander Hamilton, representante de la Banca Inglesa, crea el primer banco de los EEUU para saldar las deudas de independencia del país. Entidad vista por los populistas agrarios como una institución enemiga de los intereses de la gente común y la democracia (SALIDO, 2011).

Se produjeron frecuentes episodios de pánico bancario debido a la velocidad de expansión de la economía americana del siglo XIX, que creaba grandes oportunidades para la especulación, junto con la ausencia de instituciones adecuadas que regularan el mercado financiero y actuaran como prestamista de última instancia, como un Banco Central (SALIDO, 2011).

El Pánico bancario de 1907 fue una crisis financiera que se produjo en Estados Unidos cuando la Bolsa de Nueva York cayó casi 50% desde su máximo del año anterior. Muchos bancos y empresas entraron en quiebra, siendo una de las causas principales la retracción de la liquidez del mercado y la pérdida de confianza de los depositantes (SALIDO, 2011).

Este pánico pudo ser superado gracias a la intervención del banquero J. P. Morgan, que empeñó grandes sumas de su propio dinero y convenció a otros banqueros de Nueva York para que hicieran lo mismo, con el fin de apuntalar el sistema financiero. Esto motivó el nacimiento del Sistema de Reserva Federal (FED), constituido como el banco central del sistema de los Estados Unidos, creado en 1913 con la promulgación de la Ley de la Reserva Federal (SALIDO, 2011).

Por otro lado, el modelo de industrialización estadounidense adoptó la inspiración ideal y valores del modelo de industrialización europeo; sin embargo, se diferencia de él, en cuanto al contexto en el que surge y en sus modalidades de realización. Si bien la colonización de Norteamérica ya comenzó en la primera mitad del siglo XVII, el progreso de los colonos surgió de manera desacelerada (BARONE, 1998).

Separado de Gran Bretaña por la Declaración de Derechos de 1776 y su posterior Guerra de Independencia, EEUU se resguardó con un gobierno federal en 1789, que procuró un desarrollo acelerado en un territorio donde cerca del 90% de la fuerza de trabajo estaba ocupada en la agricultura (BARONE, 1998).

Se impulsó la industrialización con altos salarios y una marcada tendencia a la mecanización del trabajo, que tuvo su despegue con el

surgimiento del ferrocarril desde mediados del siglo XIX. La vencedora del capitalismo norteamericano fue la gran empresa y los sectores intensivos del capital, característicos de la Segunda Revolución Industrial (BARONE, 1998).

Después vinieron los telégrafos y los teléfonos (Western Union y AT&T); siguió el acero, en el que Andrew Carnegie (que había sido director en los ferrocarriles) comenzó a construir plantas cada vez más colosales. Después del acero tuvo lugar el ascenso del petróleo, sector en el que David Rockefeller construyó las mayores plantas del mundo y con su Standard Oil amenazó con convertirse en un monopolista. Siguió la electricidad, con la General Electric y la Westinghouse, y después comenzó la ventura del automóvil, con Henry Ford, que introduciendo por primera vez en 1913 una cadena de montaje completa, disminuyó los tiempos de producción de su famoso modelo T negro (ESTRELLA, 1983:13)

El crecimiento económico fue tan acelerado que fue necesario crear legislación restrictiva como las leyes Anti-Trust y se reforzó la bolsa, como un servicio directo de las empresas. Los poderes estatales, se mantuvieron dentro de los límites más estrictos: la misma constitución de un banco central se retrasó hasta 1913. Lo único que se le exigió al estado fue el proteccionismo, para poder explotar sin preocupaciones el mercado nacional (BARONE, 1998).

A finales del siglo XIX el ingreso per cápita de un americano superó al de un inglés, al mismo tiempo que la economía americana se convertía en la más grande y potente del mundo. En este punto, el comercio exterior de Estados Unidos era modesto, lo que no sus inversiones exteriores, puesto que se había enfocado en su propio crecimiento. Será la primera guerra mundial la que le dará a Estados Unidos la conciencia de su poder y romperá el ciclo de crecimiento de Alemania (BARONE, 1998).

2.1.3 La continuidad de la economía latinoamericana

Ruy Mauro Marini, autor mexicano de libros de temática latinoamericana, afirmó que no ha sido porque se cometieron abusos en contra de las naciones no industriales, que estas se han visto económicamente débiles; es porque eran débiles, que se abusó de ellas. En el caso latinoamericano, la debilidad inicial fue la herencia colonial y la configuración que tuvieron a partir de ella las naciones independientes en su primera etapa republicana. La emancipación implicó, entre otras cosas, la desarticulación al sistema económico preexistente (CARDOSO Y FALETTO, 1977).

El comercio y el capital extranjeros desde América Latina, África y Asia generaron a la metrópoli durante la etapa colonial una corriente de ingresos de

1000 millones de libras esterlinas aproximadamente, de las cuales alrededor del 50% provenía de la primera mencionada. Es claro, entonces que desde el principio, el verdadero flujo de capital extranjero ha fluido desde América Latina hacia la metrópolis, lo que significa que la región ha tenido capital de inversión propio, pero que gran parte de él ha sido llevado al exterior y no invertido localmente (GUNDER FRANK, 1976).

La colonización de América Latina está en estrecha relación con el proceso de acumulación originaria a escala mundial, que implica la acumulación sin precedentes en uno de los polos del sistema pero también la desacumulación en el otro extremo. El movimiento metropolitano de transición al capitalismo frenó en lugar de impulsar el desarrollo de este modo de producción en las áreas coloniales (CARDOSO Y FALETTO, 1977).

La independencia, a pesar de ser una gesta con aspiraciones libertarias, no dejó de ser un movimiento superficial alejado de los verdaderos intereses de las mayorías, ni logró superar esa dramática realidad de una dependencia más profunda y significativa: la dependencia mental. Esta dependencia impidió que el afán por hacer de estos países naciones organizadas, democrática y liberalmente, se concretara. La adopción de técnicas modernas de convivencia implicaba la renuncia a un pasado el cual seguía tan vivo y presente como antes de la Independencia, por lo que se conservaron las formas despóticas de poder, una sociedad estamental y la pervivencia de grupos privilegiados (ZEA, 1995).

La dependencia cultural con Europa y los intereses económicos del naciente sistema capitalista internacional condicionaron el desarrollo de los países latinoamericanos en los cincuenta años posteriores a la Independencia, configurándolos como meras economías agroexportadoras, proveedoras de materias primas para la creciente actividad industrial del Viejo Continente (ZEA, 1995).

La estructura económico-social de América Latina, heredada del periodo colonial, se caracterizó por un nivel precario de desarrollo de las fuerzas productivas, condicionadas por las relaciones sociales de producciones basadas en modelos de esclavitud y servidumbre, hecho que constituyó un impedimento para su desarrollo posterior, pues llevó la consolidación de la

antigua clase feudal en la burguesía republicana que conservó su posición acomodada (CARDOSO Y FALETTO, 1977).

Mediante la compra de haciendas de españoles expulsados, la extorsión a las comunidades indígenas, y la ocupación ilegal de tierras nacionales vacías, se expandían las haciendas de la Época Republicana: se desalojaba a los campesinos de sus tierras y se les incorporaba al sistema de peonaje. De esta forma aumentó el número de haciendas entre 1810 y 1854 de 3.749 a 6.953 (CUEVA, 1977).

La naturaleza feudal-esclavista de la sociedad latinoamericana de aquel entonces, domina rápidamente el sector agro-exportador e importador de la región. Sin embargo, su ritmo de desarrollo es lento: los niveles de comercio de 1850 casi no exceden a los de 1825. En lo interno, subsisten situaciones como por ejemplo, que el cacao haya sido usado como moneda hasta inicios de 1900, que se continuaran usando las medidas indígenas inexactas, y que los propietarios ricos acuñaban sus propias monedas a falta de una verdadera economía de intercambio (BERTOLA Y OCAMPO, 2010).

Las incipientes posibilidades de acumulación surgidas de la actividad primario exportadora, emprendidas por los terratenientes y hacendados estaban dedicadas mayormente a la agricultura. Estas tienen una productividad tan baja e ineficiente, que en muchos países como Brasil y Ecuador no alcanza para el abastecimiento interno, llevando a la importación de alimentos (BERTOLA Y OCAMPO, 2010).

El predominio de tales formas anticuadas de producción de capital, expresión del grado de desarrollo local prácticamente nulo de estos mecanismos de producción, se convirtió en un proceso de obstaculización para la implantación de un verdadero sistema capitalista (BERTOLA Y OCAMPO, 2010).

La inserción de las economías latinoamericanas a la División Internacional del Trabajo, impedía la aplicación de un sistema proteccionista que impida el vicio capitalista de “fabricar fabricantes” según Marx, porque construyó una economía primario-exportadora complementaria al capitalismo

industrial del centro. Así se construyó la economía latinoamericana post-colonial: hacia afuera (DE LA PEÑA, 1971).

En la década de los años veinte, pese al auge creado por la expansión de la economía norteamericana, empezaron a darse eventuales enfrentamientos de la incipiente burguesía nacional con los grupos de exportadores, importadores y otros estratos asociados a los intereses, como consecuencia de un proyecto surgido del creciente nacionalismo, consecuencia a su vez, de la incapacidad regional para defenderse de las variaciones económicas externas: desplome de la bolsa en 1929 (DE LA PEÑA, 1971).

El estrangulamiento de las economías nacionales devino en un nacionalismo inusitado que se proyectó para fortalecer la industria con el objetivo de proteger a la región de los embates económicos externos. Esta y las posteriores alianzas entre proletariado y burguesía latinoamericanas, movidas por las recurrentes crisis económicas, fracasarían gracias a los intereses diametralmente opuestos que defendían, y la incesante intervención de intereses exteriores para quienes, el abastecimiento del mercado interno latinoamericano suponía una amenaza para su economía (DE LA PEÑA, 1971).

2.2. La fase de acumulación capitalista

2.2.1. El imperialismo y la oligarquía nacional

El proceso de acumulación originaria del capital, no es más que la retención de las utilidades y réditos producidos inicialmente de las colonias y posteriormente de las grandes corporaciones, que se juntó en unas pocas manos y aseguró la perpetuidad del capitalismo. Este proceso incorporó a la sociedad latinoamericana, una sociedad feudal-patriarcal donde la propiedad pre-capitalista estaba resguardada por un sector estatal precario, y se fortaleció mediante guerras, desplazamiento de indígenas y otras injusticias (CUEVA, 1977).

La realización de este proceso de acumulación originaria significó para América Latina el comienzo de un complejo proceso de transición a través del cual el modo de producción capitalista se supeditó a las formas de producción anteriores, bajo dos condiciones particulares: primera, el capitalismo no se implantó en la Región mediante una revolución democrático-burguesa que

destruya los planteamientos del antiguo orden y segunda, nació supeditado al imperialismo del primer mundo (CUEVA, 1977).

La vía oligárquica de desarrollo seguida por el capitalismo latinoamericano, lo conduce a un estancamiento de las fuerzas productivas lo que conllevó a un desarrollo lento y tortuoso. El desarrollo de estas fuerzas estuvo plagado de morosidades y estuvo envuelto en formas esclavistas o semi-esclavistas de la producción, en un ambiente en el que el trabajo libre se impuso como regla (CUEVA, 1977).

Para tener una perspectiva más práctica, mientras que en la economía estadounidense, canadiense o australiana, la disponibilidad de tierras para la agricultura se mantuvo en expansión gracias al Estado durante todo el periodo, en Argentina o Uruguay el inmigrante que aspiraba a la propiedad de la tierra tenía que trabajar como asalariado o arrendatario en las haciendas (BERTOLA Y OCAMPO, 2010).

Este curso reaccionario que tomó el capitalismo latinoamericano, no solo tuvo consecuencias en las fuerzas productivas de la región y en su posterior desarrollo, también produjo efectos en la estructura social: la construcción de un proletariado moderno (BERTOLA Y OCAMPO, 2010).

De tal manera, el indigenado habría pasado de un régimen mixto de comunismo y servidumbre a un régimen de salario libre. A pesar de desnaturalizarlo un poco, este régimen lo habría puesto en grado de organizarse como clase, de igual forma que en las otras regiones del mundo. Además, la absorción de las comunidades por el latifundio lo arraigó más a la servidumbre y destruyó la institución económica y jurídica de su antigua civilización (BERTOLA Y OCAMPO, 2010).

Entonces, la burguesía latinoamericana nace entrelazada en su estructura con la aristocracia terrateniente que también repercutió en el desarrollo económico de la región debido a que en el propietario criollo, predomina el concepto de la renta antes que el de la producción (CUEVA, 1977).

Al contrario de lo que se podría pensar, esta forma de capitalismo latinoamericano impuso límites a la expansión del mercado interno, conduciendo a no solo a un alargamiento de la jornada de trabajo, sino también la pauperización del productor interno: en 1886, el trabajo del peón agrícola expresado en trigo valía aquí quince veces menos que el del trabajador estadounidense y diecinueve veces menos en telas para ropa. A esta situación se debe añadir el hecho de que, ante las deficiencias del mercado interior, el mercado latinoamericano se convirtió en una prolongación del mercado metropolitano (BERTOLA Y OCAMPO, 2010).

Con el predominio de la vía reaccionaria del capitalismo, el desarrollo latinoamericano adquiere también una vía reaccionaria, que luego, con la intervención del capital monopólico, no hace más que consolidarse. El capital imperialista fluye hacia América Latina atraído por la posibilidad de obtener ganancias elevadas en áreas donde el precio de la tierra, la mano de obra y las materias primas es bajo (CUEVA, 1977).

El desarrollo industrial también nace y crece impregnado de las distorsiones de este tipo de desarrollo reaccionario. En México, mientras la minería se expande al ritmo de 4.5% entre 1895 y 1910, la industria de transformación alcanza una tasa de crecimiento de 3% entre 1877 y 1910. En este periodo de desarrollo, la inversión de capital extranjero es de suma importancia: en el periodo 1880-1914, el capital imperialista controla los puntos clave de la economía moderna de América Latina: ferrocarriles, minas, ingenios azucareros, plantaciones, etc (BERTOLA Y OCAMPO, 2010).

La Primera Guerra Mundial dio a América Latina un descanso de los lazos que tenía con la metrópoli o primer mundo, entonces la región buscó impulsar su desarrollo industrial para abastecer al mercado interno, pero al término de esta, las grandes corporaciones norteamericanas y británicas las desplazaron y las reemplazaron (FRANK, 1976).

El debilitamiento de las relaciones económicas con América Latina y la reducción de la intromisión de la metrópoli en la región, inició con la depresión de principios de 1930, se mantuvo con la depresión de 1937, y permaneció

durante la Segunda Guerra Mundial y la consiguiente reconstrucción de Europa hasta principios de la década de 1950 (FRANK, 1976).

2.2.2. Latinoamérica y el subdesarrollo

La condición de subdesarrollo de América Latina se torna una consecuencia previsible al entenderla como un proceso de acumulación muy particular de contradicciones que no se derivan de condiciones históricas únicamente, sino que también responden a una heterogeneidad estructural, mencionada anteriormente (CARDOSO Y FALETTO, 1977).

El desarrollo es definido como el proceso de crecimiento de una economía a lo largo del cual se han aplicado las mejores y más nuevas tecnologías con mejoras sociales, que dan como resultado un mejor reparto de la riqueza y del ingreso, aportando a la nación unas instituciones sólidas y democráticas además de una desarrollada cultura (CARDOSO Y FALETTO, 1977).

Del lado opuesto está el subdesarrollo, condición en la cual se encuentran los países menos adelantados económicamente, caracterizados por una estructura económica débil con crecimiento limitado, carente de instituciones y cultura consistentes (CARDOSO Y FALETTO, 1977).

En la primera mitad de los años 50, se da la plena incorporación de la región a la Guerra Fría, que incluyó el apoyo irrestricto de Norteamérica a los gobiernos fuertes. A este propósito, América Latina fue recorrida en ese decenio por algunas misiones norteamericanas dedicadas a la elaboración de elementos de política económica, que incluían un diagnóstico, un programa de inversiones en obras básicas y los componentes de un ordenamiento de la administración pública (DE LA PEÑA, 1971).

Una vez realizadas las reformas pertinentes que se completaron en la segunda mitad del decenio del 50, la afluencia de inversiones norteamericanas se elevó rápidamente (DE LA PEÑA, 1971).

1958 resulta ser un año clave para la explicación del subdesarrollo en Latinoamérica, debido a un cambio cualitativo en la forma de operación de las subsidiarias extranjeras que empezaron a absorber a la incipiente industria

Nacional. Esto se evidenció cuando las exportaciones cayeron los años consecutivos siguientes (DE LA PEÑA, 1971).

En este punto del subdesarrollo, la educación jugó un papel decisivo, pues la demanda de personal capacitado para trabajar en las industrias creció rápidamente. El título universitario y la educación superior se convirtieron en medios efectivos de movilidad social, aun cuando eran medios limitados. La explosión migratoria del campo hacia la ciudad, engrosó las filas del proletariado y la clase media (DE LA PEÑA, 1971).

El grado de concentración del poder económico de EEUU llegó a su punto cúlmine en 1962 cuando los activos de las 20 mayores sociedades anónimas manufactureras eran tan grandes como las de las 419.000 empresas restantes en un universo de 420.000. Una cuarta parte de los activos pertenece a las 20 mayores, la mitad a las mil mayores y una cuarta parte a las 419.000 restantes (FURTADO, 1967).

El principal factor de esta creciente concentración del poder económico es el hecho de que se ha ido multiplicando el número de plantas o instalaciones productivas de cada empresa, más que el tamaño de cada planta productiva. A esta multiplicación se le suma una diversificación de la línea de producción. Dicha expansión fue sustancial en América Latina: de 3,1 mil millones de dólares en 1946 a 10,2 mil millones en 1967 (FURTADO, 1967).

La instalación de estas nuevas plantas demandó fuerza de trabajo y determinados bienes en la economía como productos semi manufacturados que debían importarse, lo cual incidía sobre la balanza de pagos junto con el envío de utilidades y de inversión al exterior (DE LA PEÑA, 1971).

El proceso de incorporación a esta nueva pauta no ocurrió simultáneamente en toda Latinoamérica. Primero fue más notorio en las economías que habían alcanzado la mayor expansión industrial en el pasado, ya que contaban con la infraestructura adecuada (DE LA PEÑA, 1971).

La alternativa del modelo ISI (Industrialización para sustitución de Importaciones), como una alternativa para fomentar el crecimiento de la

industria nacional en los estados latinoamericanos no dio resultado, debido a que los países ya industrializados producían la mayor parte de bienes de fácil sustitución, unos pocos intermedios y de mayormente bienes de capital (DE LA PEÑA, 1971).

Los adelantos en la industria también demandaron adelantos en la infraestructura, y se volvió imperioso que se realizaran algunos cambios para alcanzar mayor eficiencia operativa de ciertas funciones económicas como interconexión eléctrica o redes comunicacionales. Enmarcada en estas necesidades, surge la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio y el Mercado Común Centroamericano en 1960 (SUNKEL Y PAZ, 1972).

En cambio, desde 1966 empezaron a salir a la luz evidencias de que los días de prosperidad de este modelo capitalista habían pasado. El hecho de que los factores dinámicos del funcionamiento de las economías se localicen cada vez más en el exterior, incapacitó cada vez más a los gobiernos a responder positivamente a las exigencias sociales (DE LA PEÑA, 1971).

El estimado de producción para el conjunto de subsidiarias extranjeras de las corporaciones norteamericanas fue de 130.000 millones de dólares en 1968; esto representaba cuatro veces el valor de las exportaciones norteamericanas de ese mismo año, lo cual demuestra que la vinculación principal de Estados Unidos con otros mercados es la producción en el extranjero más que el comercio exterior (SUNKEL Y PAZ, 1972).

A partir de ese mismo año, los conflictos sociales se agudizaron tornándose en violentas transformaciones políticas con una aspiración nacionalista. Surgen los movimientos revolucionarios en busca de respuestas, y la efervescencia de la Revolución Cubana hierve en las venas de grupos radicales de jóvenes como la URJE (Unión Revolucionaria de la Juventud Ecuatoriana) en Ecuador (SUNKEL Y PAZ, 1972).

2.2.3. 1970: la crisis de la deuda

Los años setenta entraron con paso firme en la historia económica del mundo. La guerra de los Estados Unidos con Indochina y sus masivos desbalances económicos marcaron la expansión de las disponibilidades

financieras a nivel internacional. Aunque esta situación ya se venía preparando desde años atrás, su punto de partida oficial fue la eliminación de la convertibilidad del dólar en oro en agosto de 1971 por parte del gobierno norteamericano, a raíz de la debilidad de su moneda como un activo de reserva internacional (ACOSTA, 2003)

Las reservas en dólares que los países poseían, se devaluaron convirtiéndose en una abultada deuda flotante de Estados Unidos alrededor del mundo. A partir de entonces, la oferta del dólar y de paso lo que ella representa en el ámbito financiero y monetario mundial aparecía como limitada por la decisiones de política económica de los propios Estados Unidos (ACOSTA, 2003)

En este ambiente, el flujo de recursos financieros destinados hacia los países subdesarrollados tenía como base un incremento sin precedentes de la liquidez internacional, que no encontraba una rentabilidad adecuada en los centros, por la recesión de finales de los sesenta e inicios de los setenta (ACOSTA, 2003)

Esta disponibilidad de recursos creció aceleradamente con el reciclaje de los petrodólares a partir de 1974, situación que agudizó el problema, pero que no lo produjo ya que fundamentalmente se debió a la crisis del proceso de acumulación en los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) (DUSSEL, 1988).

Los países de la OCDE son los que proveen más del 65% del capital crediticio a la banca transnacional desde mitades de los años sesenta. Según reportes del Banco de Pagos Internacionales, los préstamos netos de los países de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) a la banca transnacional aumentaron después del "shock petrolero" de 1978-79 de 37.4 mil millones de US\$ a 41.9 mil millones de US\$ en 1980, mientras que las obligaciones de las zonas bancarias libres con los países industrializados aumentaron de 534 mil millones de dólares a 834 mil millones en los mismos años (DUSSEL, 1988).

Este proceso de endeudamiento internacional tiene su origen en la crisis de acumulación capitalista mundial. La banca transnacional, cumple la función de mediador entre acreedores y deudores, pero de ninguna manera

adquiere la capacidad de crear dinero; al contrario, es un factor de acumulación (DUSSEL, 1988).

Dentro de este contexto, los bancos ofrecían y aún obligaban, directa o indirectamente, a los países subdesarrollados a aceptar préstamos, muchos de los cuales ni siquiera eran indispensables. El endeudamiento externo de los países de la región respondía a los intereses de la banca internacional, antes que a sus necesidades (ACOSTA, 2003).

El monto de los intereses pagados en 1978 por los países latinoamericanos registró un aumento del 39,3% respecto del año anterior, llegando a los 10.336,6 millones de dólares. Esto significa que el pago de esos intereses en dicho año absorbió el 44,4% de los préstamos netos de corto y largo plazo recibidos por la región. Para 1979, el valor ascendió al cincuenta por ciento del mismo (SANCHEZ, 1983).

Durante estas operaciones, las instituciones internacionales como el Banco Mundial, el FMI y el BID ocasionaron la contratación de créditos por parte del mundo subdesarrollado, un tanto relegado del mercado financiero. Esa era, después de todo, la mejor salida frente a la crisis recesiva en los países centrales. Este comportamiento incauto de adquisición de deuda, vino acompañado de negligencia en la adecuada utilización de los recursos contratados (ACOSTA, 2003).

El manejo ineficiente de la deuda en los países latinoamericanos se debe, por un lado gracias al ambiente dictatorial de la época, cuyos dirigentes se sumaron al proceso que les permitía mantener los patrones de acumulación y sus privilegios sin alterar las estructuras internas. Por otro lado están las inversiones sobredimensionadas, el establecimiento de patrones de vida consumistas de reducidos grupos de la población, las compras de armas, la corrupción, entre otros (ACOSTA, 2003).

El incremento repentino del precio del petróleo en la década del 70 tuvo fuertes repercusiones sobre el balance comercial: el déficit del balance de bienes y servicios de los países latinoamericanos no exportadores de petróleo pasó de 6.503 millones de dólares en 1979 a 14.184 millones en 1980 (SANCHEZ, 1983).

En los años setenta, América Latina acumuló 96.647 millones de dólares de déficit en la cuenta corriente de su balance de pagos. Cifra que fue muy próxima al aumento de la deuda pública desembolsada a largo plazo, que pasó a fines de 1979 a 110.079 millones de dólares. Por su parte, la deuda a corto plazo con los bancos privados llegaba a fines de 1979 a 41.310 millones de dólares (SANCHEZ, 1983).

El año de 1981 marca el inicio de un período sin precedentes en la historia de América Latina, cuando se registra una tasa de crecimiento de sólo el 2,5%, lo cual influyó en 1982 en la caída del PNB del 0,9%. El oleaje de la década perdida, había ya golpeado las costas latinoamericanas (SANCHEZ, 1983).

2.3. El reformismo de los años 80

2.3.1. Las Reaganomics en los EEUU

La muerte del ex presidente estadounidense Ronald Reagan en 2004 trajo de nuevo a la palestra la Teoría económica que apoyaba, la llamada Supply Side Economics⁶, que era el regreso de la Ley de Say: la Oferta crea su propia Demanda o Consumo (BARTLETT, 1982).

La política desplegada por Reagan, bautizada como Reaganomics fue acusada de favorecer a los ricos, destruir el concepto de Estado Benefactor de Roosevelt y la recuperación económica Keynesiana, y la participación del Gobierno en sectores como la Educación, Vivienda y Salud. El ciclo de las Reaganomics resultó ser para EEUU todo lo contrario a una revolución económica, social y política (AGUADO, 2006).

Las políticas de Reagan se nutrieron de distintas corrientes económicas como la teoría de Fiscal de Arthur Laffer, la cual sostiene que a mayor carga fiscal, menos recaudación; la corriente de Kemp-Roth que buscaba acelerar la depreciación de los activos; la sustitución de las industrias caducas por unas nuevas de alta tecnología y la desregularización de Wall Street lo que en su momento ocasionó el desplome bursátil de 1987 (BARTLETT, 1982).

⁶ La economía de la oferta.

Ronald Reagan asumió la presidencia de EEUU venciendo al candidato demócrata Jimmy Carter en las elecciones de 1980. Carter dejó la economía estadounidense maltrecha: una tasa de desempleo del 7,2% y una inusual tasa de inflación del 13,5%. Precisamente, el logro inicial de Reagan fue el control inflacionario, que pasó del 10,3% en 1981 a tan sólo el 3,2% dos años más tarde (AGUADO, 2006).

Sin embargo, la lucha contra la inflación produjo una importante recesión económica del -2,5% en el año 1982. Posteriormente, se produjo una expansión económica de un 3,7%, de todos modos menor a la tasa de 4-5% en los años 60 y 70 (AGUADO, 2006).

Se ha especulado mucho sobre este gran descenso de la inflación en los primeros años de la presidencia de Reagan, argumentándose sobre todo el importante papel jugado por la mezcla de una política monetaria contractiva con la expansiva política fiscal: reducción de impuestos e incremento del gasto público (BARTLETT, 1982).

La política monetaria contractiva se centró en los impuestos con dos vertientes: la primera consiste en una disminución de la imposición personal y la segunda sobre las empresas. La rebaja en la imposición personal supuso una disminución escalonada del impuesto sobre la renta en un 5, luego en un 10 y, finalmente, en un 8 por ciento además de un tratamiento fiscal favorable hacia el ahorro en planes de jubilación. El trato fiscal para las empresas se instrumentó tanto en una bajada del impuesto de sociedades como en acelerar la tasa contable de depreciación (AGUADO, 2006).

Los dos años siguientes Reagan aplicó una contra-reforma que buscó remediar los efectos del recorte de 1981, pero para muchas familias con ingresos medios y bajos, ese aumento provocó la pérdida de cualquier ganancia surgida del recorte fiscal de Reagan. En 1980, de acuerdo con estimados de la Oficina de Presupuesto del Congreso, las familias con ingresos medios, con hijos, gastaban 8.2% de sus ingresos en impuestos sobre la renta y 9.5% en impuestos a la nómina (AGUADO, 2006).

El gran recorte de impuestos de 1982 se hizo pensando que los ricos re-invertirían sus excedentes en el país. Pero lo que realmente que ocurrió fue que aumentaron los gastos suntuarios y militares así como el dispendio en proyectos gigantescos: el gasto público en 1980 era de 591 mil millones de dólares, en 1990 este ya era de 990 mil, es decir se incrementó en un 68% (AGUADO, 2006).

La situación se agrava dado que el país, que en 1980 prestó al exterior en términos netos 13 mil millones de dólares, pasó a recibir préstamos por el valor neto de 144 mil millones de dólares en 1986. En la década de los 80, Estados Unidos pasó de ser un país acreedor a ser un país deudor en la espera financiera internacional, alcanzando su máximo histórico y suplantando rápidamente a Brasil como la nación con la mayor deuda externa del planeta (AGUADO, 2006).

El déficit fiscal norteamericano, ocasionado por los escasos ingresos al ser los impuestos tan bajos sumado a los copiosos gastos en armamento para detener a la Unión Soviética, dejaron el ahorro prácticamente en cero, fue la razón fundamental del déficit exterior. La relación entre ambos déficits es directa, un incremento de un 1,0 por ciento en el déficit fiscal se traduce en un deterioro de la balanza por cuenta corriente del orden de un 0,66 por ciento. El déficit exterior norteamericano no llegaría a eliminarse por completo en el caso de que desapareciera el déficit fiscal (ACOSTA, 2003).

Jimmy Carter, en su último año de administración, tuvo un déficit fiscal de 50 mil millones de dólares; en el último año de la presidencia de Reagan fue de 200 mil millones, a pesar de la existencia de la Ley Gramm-Rudman que inicia el desmantelamiento del Estado Benefactor que daba cobijo a las clases medias y populares en cuestiones de medio ambiente, educación, vivienda, salud y esparcimiento (BARTLETT, 1982).

En resumen, Reagan significó para EEUU la aparición de un nuevo ciclo ideológico neoconservador con fuerte reorientación hacia la economía de oferta, el surgimiento del concepto de Supply-Side Economics desarrollado por el economista Arthur Laffer, que tuvo su líder natural en Reagan (ACOSTA, 2003).

En la denominada “Década perdida”, apareció el decálogo fiscal y financiero del Consenso de Washington, inspirado en los lineamientos del Documento de Santa Fe llevado a cabo con México en 1960. Ese nuevo ciclo ideológico impactó profundamente a los países latinoamericanos pues significó el viraje más radical del funcionamiento de las instituciones del Estado (ACOSTA, 2003).

2.3.2. El Consenso de Washington

En términos de filosofía política, se entiende como reforma a un cambio gradual en una dirección tendiente hacia una mayor igualdad, bienestar social, y libertad para el conjunto de la población. La década de los ochenta en América Latina fue testigo de una verdadera oleada reformista que afectó a la casi totalidad de los países de la Región Latinoamericana, y en cada caso las medidas tuvieron diferentes consecuencias, pero todas fueron negativas (UGARTECHE, 2009).

Lejos de haber introducido una reforma, las políticas económicas aplicadas en nuestra región potenciaron una serie de transformaciones que socavaron antiguos derechos ciudadanos, minaron las prestaciones sociales del Estado y fomentaron la consolidación de una sociedad más desigual e injusta que la que existía al comienzo de la etapa conocida como el “reformismo latinoamericano” (UGARTECHE, 2009).

La confusión cercó a los gobiernos latinoamericanos de la mano del mimetismo semántico neoliberal que hace que las palabras pierdan el significado de su esencia adoptando otro nuevo y, en algunos casos, antitético como sucedió con el liberalismo keynesiano en el siglo XX. En ese sentido, las “reformas” aplicadas a la Región latinoamericana son en realidad contra-reformas y políticas de involución social (BORON, 2003).

Los lineamientos de actual Sistema Financiero Internacional (SFI) se establecieron en 1944 con la conferencia Bretton Woods, donde se crearon las instituciones internacionales encargadas de restablecer el orden en el mundo. El Fondo Monetario Internacional (FMI) fue creado para dar la pauta de desarrollo y facilitar las transacciones de intercambio del SFI en el marco del orden económico internacional (UGARTECHE, 2009).

En el seno del FMI, se realizó en 1989 el llamado Consenso de Washington orientado a los países de Latinoamérica, donde se formuló un listado de medidas de política económica para orientar a los gobiernos de países en desarrollo y a los organismos internacionales para valorar los avances en materia económica al momento de la petición de un préstamo (CASILDA, 2000).

Estas iniciativas fueron impulsadas por fuerzas de globalización que impusieron a los gobiernos restricciones presupuestarias, haciendo el desempeño económico cada vez más dependiente de la capacidad de enfrentar la competencia internacional. En muchas naciones, estos cambios económicos llegaron conjuntamente con procesos de democratización económica que generaron nuevas presiones para la reforma de las estructuras del Estado (NICKSON EN ASSIES, 2003).

La primera fase de estas reformas de enfoque en tres áreas principales como medios para lograr el balance fiscal en el ámbito macroeconómico:

- Recortes masivos de personal como estrategia de reducción de los empleados fantasma.
- Privatización de empresas paraestatales, que generó un beneficio irrepetible para el capital privado.
- La descentralización, que implicó una transferencia de la responsabilidad en áreas como el suministro de servicios del Gobierno Central (NICKSON EN ASSIES, 2003).

Esta primera generación de reformas tuvo éxito en reducir los Déficit Fiscales, pero fueron implementadas sin una clara visión del papel que desempeñaría en Estado; por ello, no fueron efectivas y algunos países iniciaron una Segunda Generación de Reformas que pone mayor énfasis en el desempeño del sector público y privado (NICKSON EN ASSIES, 2003).

Estas reformas coadyuvaban a la profundización de la inestabilidad en la región. Efectivamente, el FMI fue creado para facilitar el orden de intercambio financiero, trastocado después de la Segunda Guerra Mundial, y ha servido también para la expansión de los corporativos tanto en Europa como en Asia y América Latina (GIRON EN LECHINI, 2008).

Ello, porque los organismos financieros internacionales establecen el orden y las condiciones de manejo de los tipos de cambio para facilitar la penetración y expansión de las inversiones directas e indirectas. Así, hasta 1971, el capital corporativo tiene una trayectoria posible de crecimiento a partir de sus bancos y empresas, pero a partir de ese año, el sistema empieza a resquebrajarse (GIRON EN LECHINI, 2008).

Son los países desarrollados quienes controlan el capital, (los que no requieren de financiamiento), que tienen el mayor número de votos en el seno del FMI: los países que conforman el Grupo de los 5 dentro del organismo suman casi el 40 % de los votos: Estados Unidos tiene el 17.08 %; Japón el 6.13; Alemania 5.99; Francia 4.95 y Reino Unido 4.95. Por su parte, los países del África suman 4.41, América Latina 12.43 y Asia 7.93 (GIRON EN LECHINI, 2008).

Dentro de este ambiente reformista, el Estado latinoamericano era objeto de ataques prácticos y de naturaleza doctrinaria, en los cuales él aparecía como una instancia corrupta, ineficiente en lo económico, y plagado de propensiones populistas y demagógicas que era necesario erradicar. Sin embargo, mientras se llevaban a cabo estos ataques, las reformas aparecieron como una salida astuta para devolverle la centralidad (BORON, 2003).

2.3.3. Los primeros rezagos

Sebastián Edwards, un economista del Banco Mundial, hace una división de los países latinoamericanos en función de la época de aplicación de estas reformas:

- Primeros reformadores: Aplicaron el paquete a finales de 1970 o principios de los 80 (Bolivia, México, Chile)
- Reformistas de la Segunda Oleada: Reformas aplicadas a finales de los 80 (Trinidad y Tobago, Jamaica, Costa Rica, Ecuador, Uruguay).
- Reformadores Tardíos: Reformas iniciadas en los años 90 (Argentina, Brasil, Colombia, El Salvador, Guatemala, Guyana, Honduras, Nicaragua, Panamá, Perú, Venezuela) (MARTINEZ Y SOTO, 2012).

Chile, el primer país en aceptar las reformas neoliberales a la economía, mucho antes del Consenso de Washington, se convirtió en un ejemplo de lo

que le esperaba a América Latina de seguir con esta obediencia ciega al FMI en la década de los 80. La aplicación de estas políticas comenzó inmediatamente después del golpe de estado de Pinochet en 1973 y desembocó en el fenomenal desplome financiero de 1982, del que empezó a salir apenas en 1985 (UGARTECHE, 2009).

Chile vio el resurgimiento de su economía al adoptar una política que se apartaba, en ciertos aspectos fundamentales, de las políticas del Consenso de Washington. Entre otras, se instituyeron regulaciones para controlar el flujo de capitales externos, preservar el cobre en manos del Estado y se establecieron políticas para su presencia en aspectos clave para la vida económica chilena, entre ellos, el monto del gasto público (BORON, 2003).

El caso de Bolivia, otro pionero de las reformas, fue diferente. Este país estuvo, durante algún tiempo, monitoreado personalmente por uno de los máximos representantes del neoliberalismo contemporáneo, el economista de Harvard, Jeffrey Sachs. Fiel a su convicción de que cualquier actividad que emprendiera el Estado en la vida económica es contraproducente, no ahorró esfuerzos para lograr que el gobierno pusiera en marcha un programa económico que respondiera puntualmente a cada uno de los mandamientos del Consenso (BORON, 2003).

La tasa de crecimiento del PIB per cápita en el país andino fue de apenas el 0,7% anual para el período 1987-1992, al paso que datos más recientes de la CEPAL, que abarcan el decenio 1991-2000, reflejan que dicha tasa para todo este período fue del 1,3% por año, muy inferior a la registrada por los países vecinos calificados como no reformadores (MARTINEZ Y SOTO, 2012).

Algo similar ocurrió con México, uno de los primeros reformadores y, uno de los ejemplos que permanentemente exhiben los economistas vinculados al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional. El país sale de la gran crisis de la deuda de 1982 con una tasa de crecimiento del PIB per cápita para el período 1987-1992 del 1% anual (MARTINEZ Y SOTO, 2012).

Si en el período 1987-1992 el crecimiento mexicano fue inferior al de dos países que hasta entonces eran escépticos al reformismo como Colombia

y Venezuela, con tasas del 2 y 1,6% por año, las cifras del período 1991-2000 ilustran de forma aún más contundente las dimensiones de esta decepción. A pesar de las grandes expectativas abiertas con la conformación del NAFTA (North American Free Trade Agreement), el desempeño de la economía mexicana apenas alcanzó una tasa del 1,8% por año, que contrasta desfavorablemente con la de otros países como la República Dominicana, cuya tasa de crecimiento del PIB per cápita para la década fue del 4% anual (BORON, 2003).

En efecto, si bien en los años inmediatamente posteriores a la crisis de la deuda (1982-1986), la totalidad de los países de la región experimentó una dramática caída en las tasas de crecimiento del PIB per cápita, el período posterior muestra variaciones muy significativas en el ritmo de la recuperación económica (BORON, 2003).

El Producto Interno Bruto latinoamericano durante la década de los ochenta creció a un ritmo anual medio de 1,7% y aumento a 3,4% en la siguiente. Dado que en el primero de estos períodos el crecimiento de la población se situaba en el 2% anual, esto significó una caída en el PIB de alrededor de 0,3% por habitante cada año a lo largo de toda la década (MARTINEZ Y SOTO, 2012).

En la siguiente década, la tasa de crecimiento poblacional disminuyó unas décimas, apenas si se revirtió la tendencia, quedando el crecimiento del PIB per cápita en una cifra cercana al mismo 1,7% anual. Esta magnitud equivale a menos de la mitad de las tasas de crecimiento de las tres décadas entre la posguerra y la crisis de los setenta. Según los diagnósticos del Fondo Monetario Internacional, las políticas económicas latinoamericanas en vigencia en ese periodo adolecían de incurables defectos y conducían a los países de la región por el sendero del atraso y el estancamiento (MARTINEZ Y SOTO, 2012).

Raúl Prebisch, el máximo exponente de la CEPAL, advirtió en una publicación de ese mismo año, que lo que aparecía como una gran innovación en el terreno de la teoría y la política económica, no era sino una reedición de añejas fórmulas ya ensayadas y fracasadas en el pasado. Decía que después de décadas de haber sido marginadas de la escena pública mundial, estas

teorías regresaban al primer plano catapultadas por la crisis del keynesianismo (BORON, 2003).

Las “reformas” neoliberales fracasaron estrepitosamente en tres aspectos fundamentales: no lograron un crecimiento económico estable; no aliviaron la situación de pobreza y exclusión social; y estuvieron lejos de fortalecer las instituciones democráticas y su legitimidad popular; por el contrario, las debilitó y desprestigió hasta un nivel sin precedentes en la historia de la región (BORON, 2003).

Fue así como la impostergable reforma del Estado latinoamericano fue emprendida por gobiernos imbuidos de un fundamentalismo neoliberal que condujo primero a la satanización del Estado y luego a su aniquilación, que desencadenaron un preocupante debilitamiento del impulso democrático que tantas esperanzas había suscitado en nuestros países desde la década de los ochenta (BORON, 2003).

América Latina ingresó en el tercer milenio con más de 450 millones de personas, y más de un tercio de su población viviendo en la pobreza con ingresos inferiores a los 2 dólares diarios, y casi 80 millones de personas padeciendo pobreza extrema con ingresos inferiores a 1 dólar diario (CASILDA, 2000).

Los rezagos económicos que dejó la transferencia de capitales desde la oligarquía periférica latinoamericana hacia el gran capital del centro, es decir el estadounidense, dejaron una región empobrecida y económicamente dependiente. Situación que empeoró con la primera ronda de Reformas del Consenso de Washington y sus Reformas Estructurales que destrozaron una institucionalidad democrática en pañales y débil.

En tales situaciones económicas y con una democracia naciente, América Latina enfrenta la tarea de conducirse sola por primera vez en sus 500 años de historia. El siguiente capítulo analiza el desarrollo democrático de Estados Unidos y su relación con el derrumbe de las democracias de América Latina.

CAPITULO III CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO Y DEMOCRACIA EN LATINOAMÉRICA

3.1. Antecedentes

3.1.1. La administración colonial estadounidense y latinoamericana

La organización inicial de las administraciones tanto latinoamericana, como estadounidense, fue una organización de orden colonial. Esta condición inicial de integración al Sistema Mundial, a más de tener repercusiones en la conformación de su estructura económica como se evidenció en el capítulo anterior, tuvo repercusión en la conformación de un Estado-Nación, que en el caso latinoamericano fue un Estado oligárquico-dependiente y fuerte por fuera y débil en su estructura interna, y en el caso estadounidense, fue todo lo contrario (ESTRELLA, 1983).

Para efectos de análisis de la conformación de dicho Estado en ambos casos, que sería la piedra angular y punto de partida de un futuro de tradición política y democrática, es preciso identificar el pasado colonial que comparten y el momento en el que se produce la radical diferenciación: la independencia (ESTRELLA, 1983).

El fraile dominico Bartolomé de las Casas, documentó en su libro denominado "Breve relación de la destrucción de las Indias Occidentales", la violencia que aplicaron los conquistadores españoles en los enfrentamientos sobre la población indígena (BETHEL, 1990). Tal violencia no fue tampoco una herramienta desconocida para los soldados libres norteamericanos que hicieron sentir su furia a los colonos después de la independencia (HEINZ, 1998).

La población del nuevo continente se nutrió de españoles y el crecimiento demográfico de finales de la era colonial fue acelerado. Se estima que la cifra ascendió a 53.000 españoles que emigraron a América en el curso del siglo XVIII. Muchos de los recién llegados ocuparon las altas esferas de la burocracia civil, militar o eclesiástica, así como del comercio, y algunos otros vinieron sólo como simples colonos (BETHEL, 1990).

Para poner la situación de la independencia en perspectiva, es importante recordar que cuando estalló la Revolución Francesa en 1789, la Hispanoamérica colonial era un mundo en crisis. Este mundo en crisis que se

extendía desde la Patagonia hasta California y de Océano a Océano, acunaba en su seno fuerzas sociales y económicas que ponían en cuestión el otrora seguro y absoluto dominio metropolitano (NUÑEZ, 1989).

Esta era, en realidad, una crisis de dominación, que se expresaba en una cada vez mayor independencia económica con relación a la metrópoli y un paralelo desarrollo de las fuerzas productivas internas. Este fenómeno, iniciado a fines del siglo XVII, determinaba que la mayor parte de la riqueza producida en la América española se invirtiese o acumulase en su mismo territorio en gastos internos, y que a España era transferido solamente el 20% del total de capitales (NUÑEZ, 1989).

A partir de 1763 el rey Carlos III y un grupo de ministros formados en el espíritu de la Ilustración, habían decidido restaurar el dominio colonial en toda su plenitud, como estrategia fundamental del desarrollo económico y restauración del poder imperial de España (NUÑEZ, 1989).

Por una suerte de coincidencia (determinada por la común lógica colonialista), las monarquías española e inglesa iniciaron paralelamente en 1765 una ofensiva política contra sus respectivas colonias, que se proponía la reconquista económica de éstas. Tanto a Inglaterra como España les preocupaba la creciente autonomía económica de las colonias, que amenazaba sus posibilidades de desarrollo metropolitano; por lo tanto, era imperativo que se subyugara nuevamente a un nuevo y más eficiente sistema de dominación colonial (NUÑEZ, 1989).

Entre las primeras acciones de la recolonización impuesta por las reformas borbónicas, fue la reorganización administrativa del imperio colonial. Se crearon nuevos virreinos, como el de Nueva Granada y el del Río de la Plata, y surgieron nuevas unidades administrativas, a la par que se nombraron nuevos funcionarios (NUÑEZ, 1989). En el caso norteamericano, las represalias fueron de orden económico, pues Gran Bretaña percibía cierta independencia financiera de su colonia (SALIDO, 2011).

En el marco de la ilustración, movimiento más que nada teórico que elaboraba con una gran dosis de desdén y superioridad, escritos sobre la superioridad del hombre europeo sobre la del americano. Voltaire, uno de los

insignes escritores de la ilustración, describía a América como un continente pantanoso poblado de naturales estúpidos e indolentes, proclives de ser dominados con facilidad (NUÑEZ, 1989).

Pero un buen día de 1794, un ejemplar de la Historia de la Asamblea Constituyente de Francia llegó a manos de Antonio Nariño, hacendado e intelectual bogotano. Nariño encontró en ella la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que tradujo y publicó en su imprenta casera. El hacendado distribuyó cientos de ejemplares a otras ciudades del continente. Pronto fue descubierto, apresado y enviado a España, de cuyas cárceles escaparía para convertirse en uno de los líderes de la guerra de independencia (NUÑEZ, 1989).

Los filósofos franceses, comenzando por Montesquieu y Rousseau, habían estudiado en Norteamérica y la participación de Francia en la Guerra de Independencia norteamericana fue importantísima. El mismo General Lafayette que peleó por la Independencia norteamericana, fue miembro de la Comisión redactora de la Asamblea Nacional, que produjo la Declaración de 1789, y sometió a consideración su propio proyecto basado en la Declaración de Independencia Americana y en la Declaración de Derechos de Virginia. Después propuso trasplantar a Francia la idea concebida en Norteamérica (BREWER-CARÍAS, 2011).

Y es que el hombre latinoamericano ha hecho uso de ideas surgidas de una realidad ajena para enfrentarse a su propia realidad: la ilustración, el liberalismo, el positivismo, el marxismo, el historicismo y el existencialismo. En cada uno de estos casos, ha estado en su mente la idea de hacer de Latinoamérica un mundo a la altura del llamado mundo occidental (ZEA, 1995).

Con este antecedente, el liberalismo se configuró en la región latinoamericana, como una corriente aglutinadora que sentó las bases que inspiraron en un primer momento a los movimientos independentistas y posteriormente, a las teorías que sirvieron para la consolidación de los gobiernos, así como para la reorganización social, necesaria para el resquebrajamiento del orden colonial (ZEA, 1995).

Si bien la independencia fue una gesta con aspiraciones libertarias, no dejó de ser un movimiento oficialista y superficial, alejado de los verdaderos

intereses de las mayorías y tampoco logró superar esa dependencia más profunda y significativa en que se encontraban los pueblos americanos, es decir, la dependencia mental (ZEA, 1995).

La dependencia mental reside también en una creencia de superioridad de la contraparte, inducida por los padres fundadores de esa Nación que miraban con desdén al resto del mundo. En una carta escrita hacia uno de los diplomáticos al servicio del interés norteamericano, siglos atrás, el presidente Garfield declaraba que su Nación jamás estará interesada en unirse a un pueblo débil, e inferior proveniente de una mezcla, como el latinoamericano (ESTRTELLA, 1983).

3.1.2. La post-independencia: Nacimiento de EEUU, Esclavitud para América Latina

Con la firma del Tratado de Paris, culmina la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos. Durante el conflicto, que enfrentó a las trece colonias británicas con el Reino Unido desde 1775 hasta 1783, Francia ayudó a los revolucionarios americanos con tropas bajo el mando del Marqués de La Fayette (UGARTE, 2010).

La Declaración de Independencia estadounidense, firmada y leída por primera vez en Filadelfia en 1776, estipula que los nuevos estados formaron una república, regida por un presidente y un congreso, elegidos ambos por todos los habitantes que cumplían los requisitos para hacerlo (UGARTE, 2010).

Los llamados padres fundadores se apuraron en acuñar los lineamientos bajo los cuales la nueva nación norteamericana estaría regida. El 17 de septiembre de 1787, tras 16 semanas de deliberaciones, la Constitución fue firmada en su forma final por 39 de los 42 delegados presentes. Se había instituido un régimen democrático que proclamó los dos principios básicos de las democracias modernas: libertad e igualdad, fijándose los derechos y deberes de gobernantes y gobernados (DEPARTAMENTO DE ESTADO DE ESTADOS UNIDOS, 2007).

Aún hoy prosigue el debate sobre cuáles fueron los motivos de los autores de la Constitución. Según el historiador Charles Beard, los padres fundadores defendían a los nacientes intereses capitalistas y comerciales que requerían un gobierno nacional fuerte. No hay duda de que los intereses

económicos influyeron en el curso del debate, pero también los intereses estatales, sectoriales e ideológicos. Los ideales plasmados en la Constitución de Estados Unidos son un rasgo esencial de la identidad nacional del país (DEPARTAMENTO DE ESTADO DE ESTADOS UNIDOS, 2007).

Alrededor de medio siglo después, los primeros movimientos independentistas latinoamericanos lograban expulsar a los españoles y conseguían su libertad, al menos de España (UGARTE, 2010).

En América Latina el Estado Moderno irrumpe como un invasor, no se desarrolla espontáneamente a partir de las estructuras y necesidades de nuestras sociedades originarias, sino de la codicia de las potencias foráneas y del ansia de eternizar sus intereses (BRITTO, 2009:5).

Durante la accidentada existencia de los Estados latinoamericanos, difícilmente se han ajustado al concepto de soberanía, entendida como la potestad absoluta y perpetua de sancionar, aplicar e interpretar las propias leyes. Conquistadores y colonos trasplantan a América la prolongación de un estado clasista, esclavista y estamental, mas no soberano (DE LA CRUZ, 2011).

Luego de un cruento proceso independentista, se establecen en suelo latinoamericano estamentos que sustituyeron a la monarquía por el republicanismo con un marcado absolutismo legal. A una metrópoli política le sustituyó una metrópoli económica y la clase dominante local, sustituyó a la extranjera configurándose sociedades estratificadas donde permanece el derecho a la esclavitud y la servidumbre de facto (DE LA CRUZ, 2011).

A partir de la independencia, el Estado latinoamericano se vio nutrido de una estructura formada de haciendas, con un sistema tributario irregular e ineficiente para el exterior, pero hábilmente construido localmente por los caudillos. Quienes monopolizan la tierra, acaparan de igual manera el poder político mediante constituciones restrictivas que privan de derechos elementales a la población y los mantienen en posición de poder (BRITTO, 2009).

Que los países latinoamericanos aparezcan como pequeños feudos fraccionados y no como países organizados y con potencial, era conveniente para el interés de quien manejaba el mercado mundial de la época: Gran Bretaña (BRITTO, 2009).

Los llamados caudillos o coroneles reclutaban forzosamente a los peones de la hacienda para formar sus ejércitos y acuñaban su propia moneda en forma de fichas o de boletos que servían únicamente en la tienda de la hacienda. Ningún consenso nacional era posible sin ganar la siempre cambiante lealtad de estos hacendados, o de destruirlos (BRITTO, 2009).

El Estado oligárquico del siglo XIX se encuentra ante la tarea de armonizar una base social de índole terrateniente con un sistema económico marcado por la División Internacional del Trabajo. El Estado nace como una contradicción entre un contenido oligárquico y una forma democrática (DE LA CRUZ, 2011).

Ante la opresión, el malestar en las clases bajas iba creciendo y su estallido en forma de violentos enfrentamientos y revoluciones, a la postre desmantelaron las repúblicas oligárquicas y articularon palancas improvisadas de gobernabilidad con la abolición de la esclavitud y la proscripción de la servidumbre indígena, el estado laico y los ferrocarriles (DE LA CRUZ, 2011).

Las repúblicas oligárquicas se desmoronan entonces de la mano de oleadas revolucionarias o de regímenes de fuerza, aunque conservan su poderosa influencia a la postre. La clase media, surgida en la sombra del aparato estatal, interviene en la política pero pierde fuerza debido a la falta de bases económicas fuertes que permitan emprender un capitalismo independiente del exterior (BRITTO, 2009).

Con estos antecedentes se construye un Estado Moderno Latinoamericano, que por lo general se fundamenta en la creación de un ejército nacional permanente que controla en forma efectiva la totalidad del territorio y en una efectiva centralización del ejercicio de la soberanía, ejercida bien por autócratas legitimados por idearios positivistas, bien por burocracias elegidas por partidos populistas que se adueñan de la conducción política de las masas que emigran a las ciudades desplazadas por el latifundio y atraídas por el precario desarrollo industrial y nacional (BRITTO, 2009: 11).

El estado latinoamericano no surge de la libertad y la igualdad como el estadounidense, que surge en el seno de una sociedad homogénea. El concepto de multiculturalidad, que vendría a construir la posterior realidad latinoamericana, era completamente desconocido para la época de la independencia y la lucha de las culturas indígena y negra en la nuestra, estuvieron excluidas de los procesos de formación del Estado-Nación latinoamericano, esto ha provocado en la actualidad revisiones constitucionales (ESPINOSA, 2000).

3.1.3. Un acercamiento al concepto de democracia

Un sistema político se forma de un conjunto de relaciones complejas entre el Estado, la sociedad civil, la esfera pública y la esfera privada. Los sistemas políticos también se constituyen de diferentes formas de distribución de poder y mecanismos de toma de decisiones. En el caso de la democracia, constituye un medio para redistribuir y equilibrar el poder mediante el reconocimiento de derechos y la participación de los ciudadanos (ESPINOSA, 1999).

El modelo democrático vigente en las sociedades contemporáneas está inspirado en los ideales de la Revolución Francesa, los cuales hacen énfasis en los derechos individuales. La democracia es un sistema de gobierno basado en funcionarios que son elegidos y que se comprometen a representar los intereses de los ciudadanos dentro de un territorio delimitado garantizando la supremacía de la ley (ESPINOSA, 1999).

La democracia liberal, que es el sistema de gobierno de las sociedades contemporáneas, ha ido incorporando elementos tales como instancias de control y participación ciudadana, aunque en la mayoría de casos sea solo cuestión de retórica. En términos reales, la democracia ha sido clave para la consolidación y la expansión del capitalismo porque garantiza la reproducción de orden social y de modelos que aseguran la acumulación de capital (ESPINOSA, 1999).

Frente a esta realidad, importantes autores han planteado nuevas alternativas democráticas con una perspectiva crítica y desde las propias contradicciones y confusiones de la racionalidad capitalista y de la democracia liberal, que propician espacios para el debate (ESPINOSA, 1999).

Aunque los autores sobre el tema de la democracia difieren en la manera de replantearla, coinciden en que el capitalismo acuna la imposibilidad de lograr una democracia total y real debido a la tensión irresoluble que existe entre los principios democráticos de igualdad y libertad y los principios del capitalismo que propician una inequidad estructural: el orden económico neoliberal (MOUFFE, 1993).

La radicalización de la democracia, una redefinición de la ciudadanía y de la comunidad, reconociendo la diversidad y la pluralidad de derechos

ciudadanos que reconozcan necesidades diferentes con un accionar político que reconozca diferencias de género, raza, credo, sería la esperanza para una nueva esfera democrática en la que los nuevos movimientos sociales como indígenas, mujeres o ecologistas tengan participación activa y no pasiva (MOUFFE, 1993).

Las democracias modernas son estructuras institucionales modernas y complejas que deben perdurar a las estructuras de los gobiernos modernos tanto internamente, ante las mismas sociedades complejas que las acogen, como externamente, ante un entorno desafiante (MERKEL EN GALINDO et al, 2004).

El concepto de democracia enraizada, defiende la teoría de que las democracias constitucionales estables se integran de dos formas. Internamente, están compuestas de cinco ejes fundamentales interdependiente e independientes que son: Derechos civiles, libertades políticas, poder efectivo para gobernar, control horizontal de poderes y régimen electoral. Externamente se articula a condiciones favorables para la democracia (MERKEL EN GALINDO et al, 2004).

Externamente, es importante para una democracia también la integración en organizaciones supranacionales y especialmente en organismos económicos o políticos regionales, hecho que tiene implicaciones positivas para la estabilidad y calidad de la democracia. Cuanto más compacto y sólido sea el enraizamiento externo de una democracia, menos vulnerables serán los ejes internos a las amenazas exteriores (MERKEL EN GALINDO et al, 2004).

Sucede al mismo tiempo el proceso inverso; cuanto más frágil sea la articulación externa de una democracia y menor el respeto mutuo y la colaboración entre sus ejes internos, el régimen estará más propenso a convertirse en una democracia defectuosa (SANTOS, 2009).

Una democracia defectuosa es aquella en la cual sus ejes internos ya no están mutuamente enraizados, entonces la lógica de democracia constitucional se desbarata. Estas democracias no necesariamente son transitorias; dependiendo de su poder político económico y social, pueden establecerse por un periodo largo de tiempo. Muchas de estas democracias se han instalado en América Latina, fundamentalmente existen cuatro tipos de democracia defectuosa: exclusiva, tutelada, liberal y delegativa (MERKEL EN GALINDO et al, 2004).

De ellas, dos casos han sido más visibles en la región. La democracia exclusiva, que maneja como concepto básico la soberanía del pueblo, expresada en la capacidad electoral; sin embargo se excluye del derecho al sufragio universal al conjunto de ciudadanos en edad de votar. Y la democracia tutelada existen ciertos poderes del veto tales como las fuerzas armadas, terratenientes, empresarios obtienen dominios políticos más allá del control de los representantes elegidos (MERKEL EN GALINDO et al, 2004).

Investigaciones han demostrado que no existe un único factor que provoca estos defectos severos en las democracias jóvenes como las de Asia o de América Latina, sino que es la combinación de causas específicas que se constituyen oportunidades para que ciertos actores usurpen el poder y manipulen los controles (MERKEL EN GALINDO et al, 2004).

Por ejemplo, cuanto más bajo sea el grado de desarrollo socioeconómico de una sociedad y cuanto más desigual la distribución de recursos, mayor probabilidad hay de surgimiento de una democracia defectuosa. Por otro lado, la ausencia de confianza interpersonal hace más difícil la conformación de partidos políticos institucionalizados (SANTOS, 2009).

Otros factores como la discriminación a los sectores minoritarios, afectan tanto los derechos políticos de libertad, cuanto los derechos civiles de participación. No debe olvidarse tampoco a la forma de régimen precedente: cuanto más prolongada haya sido la institucionalización de regímenes totalitarios en un país y este régimen haya influido durante más tiempo en la cultura política de una sociedad, más probabilidad existe de que las democracias subsiguientes sean defectuosas (MERKEL EN GALINDO et al, 2004).

Así mismo, cuanto más se apeguen las elites a las nuevas instituciones democráticas, el apoyo popular que le da legitimidad al sistema crecerá más rápido. Por tanto, las transiciones negociadas de régimen, evitan los defectos democráticos que las democracias defectuosas poseen, ya sean impuestas desde arriba como lo ha hecho Estados Unidos en Irán donde existen grupos no comprometidos con este sistema de gobierno, o forzadas desde abajo (SANTOS, 2009).

El proceso de construcción del Estado latinoamericano ha sido complejo y accidentado. Los nuevos gobiernos democráticos latinoamericanos han intentado reparar los vacíos democráticos estructurales mediante reformas constitucionales o la elaboración de nuevas Constituciones, sin embargo, se requiere mucho más que una nueva constitución para erradicar a una democracia defectuosa (ESPINOSA, 1999).

3.2. La democracia de acuerdo a Estados Unidos

3.2.1. Elaboración de la democracia norteamericana

Así como la naturaleza de la General Motors en maximizar el beneficio económico, la naturaleza del Estado norteamericano es maximizar el control global en beneficio de los intereses de los grupos dominantes locales. Si alguien no acepta este supuesto no puede ser parte del sistema (HEINZ, 1998:54).

En un estudio elaborado por el ala liberal de la elite capitalista internacional de Japón, Europa occidental y Estados Unidos que data de 1975 y lleva por título *Crisis of Democracy*, se llegó a una conclusión: una crisis de la democracia se da cuando amplios sectores de la población se vuelven políticamente activos y entran en el escenario político. Esta situación de actividad política popular es intolerable porque la forma en que la democracia funciona es que las elites privilegiadas conduzcan el destino político de una nación mientras que la población permanece pasiva y obediente. En efecto, después de la Guerra de Vietnam en los años sesenta se desarrolló una campaña a gran escala para restituir la pasividad a la clase popular y asegurarse de que la democracia no vuelva a entrar en crisis (HEINZ, 1998).

De esta forma, una democracia requiere un grado mayor de adoctrinamiento y control de ideas de la población que una dictadura porque en una dictadura los grupos dominantes ejercen el control mediante el uso de la fuerza; en una democracia esto no se puede tolerar así que se necesita emplear mecanismos más sofisticados de control (GILLEY, 2009).

Los adoctrinadores en Estados Unidos son los medios de información que están 100% controlados por el gran capital corporativo, lo que hace imposible expresar un punto de vista diferente. En todo el ámbito de la televisión estadounidense no existe un solo comentarista con tendencia socialista, al menos moderada (GILLEY, 2009).

En el periodo postguerras, uno de los diplomáticos estadounidenses más destacados, George Kennan, escribió un estudio aplicado a Asia que también se aplica para el resto del mundo. Este estudio revela que para la época, Estados Unidos contaba con un 6% de la población mundial y utilizaba un 50% de los recursos del mundo. Luego, concluye que naturalmente este hecho generaba resistencia en diversos lugares del globo, pero que EEUU debería afincar su política exterior para mantener este estado de desigualdad (HEINZ, 1998).

Kennan también aclaró la estrategia a aplicar en América Latina en una conferencia para los embajadores latinoamericanos dictada por el Departamento de Estado en 1950, en la que afirmó que EEUU apoyará a los gobiernos latinoamericanos que empleen la violencia contra su población, porque ello no tiene nada de inmoral si los comunistas son traidores y que el Estado debe reprimirlos mediante el uso de fuerza y violencia (RAVEST, 2009).

Durante la Segunda Guerra Mundial, entre 1939 y 1945, el Departamento de Estado y el Consejo de Relaciones Exteriores norteamericano colaboraron en la elaboración de un grupo de estudios acerca de la configuración del mundo denominado War-Peace Studies Program. Estos estudios revelan una planificación imperialista muy meticulosa: el control de la denominada Gran Área, estratégicamente necesaria para el control del mundo, misma que tenía que coordinarse y someterse a las necesidades de la economía estadounidense. La denominada Gran Área debía incluir cuando menos al hemisferio occidental, al lejano Oriente, al antiguo Imperio Británico y al Sudeste Asiático (HEINZ, 1998).

Estudios como este fundamentan los principios rectores de la política exterior estadounidense, que fueron articulados en los años cuarenta y diseñados para asegurar lo que Kennan denominaría “la protección de nuestras materias primas” contra los rusos. Pero Estados Unidos en realidad estaba y esta protegiendo esas materias primas de la población nacional, porque la población local tiende a usar estas materias para su propio provecho (HEINZ, 1998).

En Estados Unidos existe un solo partido con dos fracciones: la republicana y la demócrata. De manera que el pueblo solo puede escoger entre dos grupos de inversionistas que tomaran el control del Estado. La llamada

nueva derecha en los Estados Unidos mueve muchos hilos: políticos y económicos, religiosos y seculares. A pesar de que las categorías se solapen y los términos varíen a uno y otro lado del Atlántico: mientras todos los neoconservadores son neoliberales, no todos los neoliberales son neoconservadores (GEORGE EN VANAİK, 2007).

Reagan, por ejemplo, condujo un discurso falto de argumentos claros y hasta cierto punto ridículo, pero había detrás de él grupos de poder a los que sirvió. En realidad los presidentes son figuras que se encargan de vender a la población a grupos de inversionistas, quienes tienen interés en tomar el poder del Estado en sus manos; ellos lanzan a un individuo capaz de redituales los beneficios en caso de ser electo. De manera que lo que el presidente diga será útil solo en la medida en la que sea efectivo para controlar a la población (HEINZ, 1998).

Pero Estados Unidos no solo controla a su población. El gobierno estadounidense afirmó que las elecciones de Nicaragua de 1984 fueron un fraude; lo que no afirmó es que la oposición se negó a participar debido a la enorme presión que la administración de Reagan ejerció sobre ella, ya que el gobierno americano hizo todo lo posible para prevenir cualquier proceso democrático en ese país (HEINZ, 1998).

Para el ejercicio de tal control transfronterizo, EEUU se ve obligado a violar tanto leyes internas como internacionales. Por ejemplo, en el contexto de la Guerra de Vietnam, cuando el presidente Kennedy envió a la fuerza aérea estadounidense a atacar Vietnam del Sur. Estados Unidos firmó la carta de Naciones Unidas que prescribe que el uso de la fuerza en la solución de asuntos internacionales es un crimen de guerra, la que solo tiene una excepción: la defensa contra un ataque armado, causal a la que se acogió para proceder en la acción (HEINZ, 1998).

La amenaza a la política exterior estadounidense es un argumento más creíble que la amenaza a su Seguridad Nacional. Esta amenaza la han desplegado los países pequeños y geopolíticamente débiles contra los cuales ha empleado un salvaje uso de la violencia (BELLO EN VANAİK, 2007).

3.2.2. Sociedad y pensamiento estadounidense

A pesar de que la herencia colonial es un pasado común para todos los ocupantes del continente americano, existe una diferenciación radical en cuanto a los momentos y las formas de haber obtenido la independencia. La historia norteamericana es una historia inherentemente violenta y de brutal represión por parte de clases políticas dominantes y privilegiadas. El sistema político del llamado moralismo americano, que exterminó a los indios y conquistó al oeste, no ha tenido ningún cambio desde entonces, cuanto si la población norteamericana (HEINZ, 1998).

La sociedad de Estados Unidos se construyó sin clases entre blancos, y cuyo credo era la oposición a todos los privilegios, su religión, la igualdad, la apertura de vías de movilidad social y un sistema de recompensas basado en el mérito y en la capacidad. Estas ideas procedían de la Europa revolucionaria y se forjaron, también en parte, por la propia experiencia histórica de Norteamérica (DEL CAMPO, 1988).

Las clases medias norteamericanas se han forjado de una situación bastante más ventajosa. Su espacio económico nunca estuvo limitado, las oleadas migratorias sucesivas construían sin cesar mercados nuevos y aportaban mano de obra y expansión continua hacia el Oeste. Mientras que en Europa la clase media se batía en retirada ante la invasión de las grandes industrias del siglo XX, en Estados Unidos aparecía como una novedad cuya característica fundamental era la independencia en el más amplio sentido del término (DEL CAMPO, 1988).

El sistema general de valores de la sociedad norteamericana coincide en gran medida con el de su clase media alta. La orientación vital de este sector de la clase media de Estados Unidos es su carrera profesional y una sociabilidad instrumental: *to go along, get along*, significa hacer lo que la mayoría dice en aras de preservar la armonía (DEL CAMPO, 1988).

El talante estadounidense valora de manera especial el esfuerzo y las dotes personales, exige el juego limpio en la competencia y la igualdad de oportunidades. La idea de suerte en esta cultura es secundaria, porque en caso contrario la motivación se agotaría. "Todo depende de uno mismo", parece ser la máxima suprema del individualismo norteamericano (DEL CAMPO, 1988).

El éxito tiene su reflejo inmediato en la esfera económica, e inmediatamente, el ideal de la competencia se extiende hasta incluir el consumo. En base a los resultados de recientes investigaciones, a partir de un determinado umbral de ingresos per cápita, el ímpetu por obtener la igualdad se debilita y los problemas dejan de ser primordialmente económicos para pasar a ser sociales (DEL CAMPO, 1988).

Aunque la sociedad estadounidense es una sociedad abierta en muchos aspectos, es también una sociedad completamente despolitizada, porque en ese país no existe una política de partidos como en una democracia verdadera, razón por la cual casi la mitad de la población no vota, y es la mitad pobre. Esto es comprensible porque los pobres favorecerían a algunos de los partidos de clase trabajadora como los socialistas o los comunistas (HEINZ, 1998).

En Estados Unidos se considera que solo un 20% de la población conforma la clase política relativamente instruida, el resto son considerados como los espectadores de la acción, el rebaño de los perplejos, según la acepción del publicista Walter Lippman. Estos quedan satisfechos con los tabloides escandalosos, las telenovelas y altas dosis de información deportiva (RAVEST, 2009: 96).

La crítica a la ignorancia de la gente, que en los Estados Unidos ha sido encabezada por la revista texana *Critical Review*, se refiere a que los ciudadanos carecen incluso de la información mínima necesaria para hacer elecciones inteligentes. Los comentaristas que siguen esta línea son aficionados a bromear acerca de la ignorancia de los ciudadanos en relación con hechos políticos básicos como la identidad de sus representantes legislativos locales o dónde se ubica en el mapa un determinado país (GILLEY, 2009).

El juez y estudioso del derecho, Richard Posner valida este argumento, aduciendo que el estancamiento de la democracia estadounidense como un medio de enriquecimiento de las elites se da debido a la ignorancia general de las personas comunes y corrientes (GILLEY, 2009).

La crítica relativa a la ignorancia popular tiene un largo camino que se remonta hasta Platón. La formulación más moderna de esta crítica comenzó con el sociólogo Phillip Converse, quien en un artículo escrito en 1964 llegó a la conclusión de que la mayoría de las personas sólo tienen actitudes precipitadas, fácilmente manipulables mediante el ataque informativo (GILLEY, 2009).

Por otro lado, la mayor parte de la energía de los estadounidenses defensores del neoliberalismo se ha dedicado a consolidar su doctrina social y económica tanto en las instituciones nacionales, cuanto en el inconsciente de los medios y el público en general, para asegurarse de que se convierta en algo aceptado universalmente: en una moral y una filosofía. Cabe destacar que las mismas instituciones que han promovido el neoliberalismo en los Estados Unidos han promovido el poder de las decisiones de Washington en el extranjero, y el derecho del país a actuar como le parezca en la escena mundial (GEORGE EN VANAİK, 2007).

Prueba de ello es que incluso antes de que llegara la nueva derecha, los Estados Unidos ya tenían reputación por negarse a firmar tratados internacionales. La Casa Blanca no ha firmado las principales convenciones de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) para la protección de los trabajadores, o el Protocolo de Kyoto, aduciendo que éste perjudicaría a la economía estadounidense (GEORGE EN VANAİK, 2007).

Existe una teoría según la cual los Estados Unidos constituyen una excepción a las leyes generales de las sociedades capitalistas. En su sentido más amplio, la excepcionalidad estadounidense proyecta al país como único y excepcional entre todos los demás países y sociedades; es un país con una misión especial y, por tanto, goza de deberes y prerrogativas extraordinarias. Los Estados Unidos se convierten así, no simplemente en un estado entre otros, sino en un ideal, en el sueño americano (MARQUSE EN VANAİK, 2007).

Todas sus presunciones, que los Estados Unidos encarnan el único modelo sostenible, que participan en una misión global en nombre de valores universales y que sus intereses nacionales coinciden con los intereses de toda la humanidad, reflejan una creencia en la superioridad estadounidense que está arraigada profundamente en la concepción popular de la identidad nacional (MARQUSE EN VANAİK, 2007).

La creencia en la excepcionalidad norteamericana está presente tanto entre las elites como entre las clases populares. No es el único caso, la gente de muchos países opina que su propia nación es excepcional de alguna manera, pero esta creencia tiene unas raíces más profundas y mayor resonancia en los Estados Unidos. La dimensión palpable de la

excepcionalidad estadounidense, hoy día es que va de la mano de un poder militar sin precedentes. A diferencia de otros países, los Estados Unidos tienen la capacidad de hacer realidad sus reivindicaciones como país excepcional (MARQUÉ EN VANAİK, 2007).

3.2.3. Visión estadounidense de América Latina

Durante prácticamente todo el siglo XX, la relación entre América Latina y Estados Unidos se caracterizó por una mezcla de atracción y repulsión, el reconocimiento de las autonomías o soberanías y las prácticas intervencionistas. En tiempos de la Guerra Fría, varias de las tensiones acumuladas en ese entramado de relaciones, provocaron resultados desastrosos (SALINAS EN MARQUEZ, 2012).

En el escenario que inmediatamente sucede a la conclusión de Guerra Fría, se precisó revalorar las condiciones políticas requeridas para fortalecer la capacidad de decisión de América Latina, debido a que las tensiones y los conflictos sociales, así como demandas de autodeterminación, ya no aparecerían determinadas por el esquema de la confrontación bipolar (SALINAS EN MARQUEZ, 2012).

Aquella confrontación ha sido una recurrente "razón" esgrimida de manera sistemática por la política del Norte en los hechos y toma de decisiones durante casi 50 años, para "justificar" diferentes modalidades de injerencia o intervención en los asuntos internos de América Latina y el Caribe (SALINAS EN MARQUEZ, 2012:70).

La política exterior norteamericana hacia América Latina, fundamentada en la protección de las materias primas norteamericanas en territorio extranjero de los propios pobladores aupados por gobiernos progresistas, no cambió en el curso de las décadas siguientes. Los movimientos nacionalistas y progresistas latinoamericanos recrudecían y este era y es un comportamiento que tiene que ser parado, dado que estos países pueden iniciar políticas para el uso de esas materias primas para suplir las necesidades de sus propios pueblos y tengan como consecuencia progresos notables para sus países. Si este modelo progresista tuviera éxito, y se diera un desarrollo económico y social en una nación latinoamericana, podría constituirse en ejemplo demostrativo para otros países (HEINZ, 1998).

El más claro ejemplo está en Chile y Allende. Henry Kissinger afirmó que el ejemplo de Chile podría infectar a otros países como una manzana

podrida. El peligro de los países pequeños y débiles para Estados Unidos es en realidad el hecho de que:

Mientras mayor sea la adversidad bajo la cual se logra el éxito, mayor significado tiene el resultado, por ello hemos (estadounidenses) practicado esta exhibición constante de salvajismo y violencia dirigidos contra países pequeñísimos e insignificantes que pudieran ser focos de infección (HEINZ, 1998:12).

Esta actitud de desprecio por los llamados “intentos comunistas”, ya que para las elites políticas y económicas estadounidenses, ser comunista es preocuparse por el bienestar de su propio pueblo y no por el de ellos, orilló a varios países como Nicaragua a volcarse a los brazos de la Unión Soviética (HEINZ, 1998).

Cuando esto ocurría, una búsqueda de protección por parte de una nación débil hacia Rusia, les daba sobrado pretexto a los estadounidenses para argumentar una amenaza a su Seguridad Nacional, luego cometer actos tan irracionales como enviar bombarderos con armas nucleares a Nicaragua, para demostrar su cero tolerancia hacia la influencia sandinista en Guatemala (HEINZ, 1998).

En otra ocasión, el ex presidente guatemalteco Arévalo se postuló para las elecciones de su país en 1963. Ante su plena aceptación popular, la administración Kennedy intervino para apoyar un golpe militar que impidiera las elecciones, porque temía que un comunista, es decir alguien que no acataría las órdenes de EEUU, ganara. Ese es el patrón que han mantenido los EEUU no solo en América Latina, sino en todos lados (HEINZ, 1998).

Ciertamente, el intervencionismo estadounidense nada tiene que ver con los rusos, porque la historia de Estados Unidos en América Latina de reprimir cualquier intento de independencia, destruyendo movimientos populares e instalando dictaduras brutales y represivas que es necesario para mantener la región bajo control, ha estado sucediendo por más de un siglo (ZEA, 1995).

Un editorial del diario norteamericano *New Republic*, voz oficial del liberalismo, publicaba en los años ochenta en la sección de opinión, que se debía continuar con la ayuda militar a El Salvador, sin importar cuantos mueran. Si la elección para los salvadoreños está entre el comunismo y la guerra, los estadounidenses elegirán la guerra (HEINZ, 1998).

Una democracia joven requiere autonomía, esta autonomía la pretendían alcanzar las naciones latinoamericanas haciendo uso de sus propios recursos, como es lógico para un país soberano y libre, pero esta visión no es compartida por los Estados Unidos, que mira a un país de gobierno progresista como una amenaza que pone en entredicho el futuro de sus intereses y estrategias geopolíticas (CHOMSKY, 2004).

Es esta visión servil de Latinoamérica, que comenzó como se ha visto con las declaraciones de personajes históricos estadounidenses como Garfield, continuó a través de la Guerra Fría con políticos como Kennan y desembocó en la institucionalización de la violencia como mecanismo de obediencia con las dictaduras de la Operación Cóndor, determinaron el nacimiento de un Estado contemporáneo plagado de vacíos y defectos (ESTRELLA 1983).

3.3. Consolidación de la democracia latinoamericana

3.3.1. La lucha popular: una constante compañera

La primera protesta popular de la historia de la colonia latinoamericana se dio en Quito en 1765. Esta Audiencia era uno de los más rebeldes núcleos de pensamiento criollo. Ya entre 1592 y 1593 había protagonizado la Revolución de las Alcabalas que llegó a cuestionar públicamente la autoridad real y a proclamar su voluntad de independencia (NUÑEZ, 1989).

Los movimientos revolucionarios de América Latina han sido vistos como un peligro debido al desafío que han planteado a los intereses norteamericanos. Los motivos de EEUU han sido inconsistentes en cuanto a su proceder con estos movimientos y a menudo infieles a sus propias declaraciones de política o a los valores humanitarios y democráticos que las sustentan (QUEISER, 2006).

Las políticas norteamericanas hacia el cambio revolucionario a nivel mundial y especialmente en el hemisferio, han tomado muy en cuenta argumentos tales como el área de influencia, imperativos ideológicos y morales tales como el anticomunismo y expansión democrática y la protección de los intereses económicos del sector privado, así como la liberalización de mercados. Como resultado, están las revoluciones latinoamericanas que

ocurrieron en mayor escala en México, Guatemala, Cuba, Nicaragua y Bolivia (QUEISER, 2006).

Desde sus comienzos y con una base agraria, la Revolución Mexicana organizada por Villa y Zapata, aplastaba a la vieja oligarquía de Porfirio Díaz y amenazaba con instaurar verdaderos cambios, que intentaban ser legitimarlos con la ayuda de políticos burgueses que se encontraban redactando una nueva Constitución (ROSSI, 1972).

El asesinato de Zapata en 1919 y de Villa en 1923 por los norteamericanos, señala el fin de la primera etapa de revolución en ese país. El siguiente paso lo daría Lázaro Cárdenas, presidente constitucional de México que profundiza la reforma agraria apoyándose en la organizada Central de Trabajadores Mexicanos y logra expulsar a los Trusts del petróleo (ROSSI, 1972).

En 1952 ocurre un golpe de estado en Bolivia, organizado por el Movimiento Nacionalista Revolucionario. Las masas populares de La Paz junto a los mineros del estaño, transformaron una pequeña marcha de insurrección en una de las más importantes insurrecciones obreras de América Latina, con una espantosa cifra de 1500 muertos en tres días de lucha. El MNR se toma el poder exigiendo de forma inmediata la nacionalización de las minas de estaño pertenecientes a los tres Barones mineros, Patino, Horschshild y Aramayo (ROSSI, 1972).

En 1954, una operación paramilitar de la CIA derrocó el gobierno democráticamente electo de Jacobo Arbenz. Guatemala cayó en 30 años de autoritarismo, guerra civil y al final, el genocidio étnico que causó miles de vidas. El caso de Guatemala permanece en la memoria latinoamericana como la primera intervención violenta de la historia moderna (QUEISER, 2006).

Poco después, el programa de Castro, consistente en neutralizar a los oponentes políticos, generó la enemistad del Gobierno norteamericano. Los EEUU habían ejercido la influencia primordial sobre los asuntos políticos y económicos de Cuba desde 1898, y los esfuerzos castristas de nacionalizar algunos bienes económicos, así como el creciente acercamiento a Moscú, activaron la alarma en Washington (QUEISER, 2006).

El 19 de julio de 1979 se registró en América Latina un sismo político de grandes proyecciones que conmovió a todo el mundo. La revolución popular sandinista había derrocado a una de las dictaduras más brutales de que se tiene memoria, la de Somoza, y que había mantenido sojuzgado al pueblo nicaragüense por más de 40 años. La revolución, a lo largo de su prolongada y cruenta lucha, en la que hubo cerca de 50.000 víctimas, se había ganado el respeto y la solidaridad de la comunidad internacional (NOLFF, 1982:1).

El proceso nicaragüense acaparó la atención de la opinión pública y mediática a nivel internacional. Se dieron a conocer con profusión diversos antecedentes de la gesta heroica y se estimularon los sentimientos de solidaridad para ayudar a levantar a un pueblo desangrado, con una economía destrozada y que carecía de alimentos esenciales para su subsistir (NOLFF, 1982).

La administración Reagan redobló los esfuerzos para descalabrar la economía nicaragüense, con el buen ejemplo de Nixon y Kissinger cuando desestabilizaron la economía chilena después del triunfo del presidente Salvador Allende en 1970. Tres años de agresión económica desembocaron en un cruento golpe de Estado, con pérdidas de miles de vidas y atropello a los derechos humanos en ese país (NOLFF, 1982).

La única fuerza capaz de cristalizar la revolución latinoamericana y de impulsarla es la alianza de los trabajadores de las ciudades y del campo, asociados con los estudiantes, los intelectuales, las capas medias radicalizadas y los sin trabajo. En la mayor parte de los países del continente, para los años 70, el campesinado constituía todavía la mayoría de la población: brutalmente explotados por los latifundistas nacionales o por empresas extranjeras, esclavizados por las deudas, engañados por reformas agrarias ficticias, aplastados por la miseria, las enfermedades endémicas, y el analfabetismo (NOLFF, 1982).

La radicalización de la lucha en la guerrilla latinoamericana es producto de la permanente situación colonial. Si bien los grupos guerrilleros han sido reprimidos con mucha fuerza, como a los Tupamaros uruguayos, al Ejército Revolucionario del Pueblo o a los Montoneros argentinos, la sombra de la guerrilla aun azota a Colombia (LARSEN, 1977).

3.3.2. El populismo intermitente: una herramienta democrática

El populismo como concepto o teoría no existió en el Mundo Antiguo, pues una condición indispensable para su surgimiento ha sido la existencia de una sociedad de masas, un tipo de sociedad impensada en la época. Sin

embargo, eso no implica que ciertos de sus atributos no estuviesen presentes en el pensamiento político de la antigüedad (ROSSI, EN MARQUEZ, 2012).

La etapa entreguerras fue la de mayor crecimiento económico sostenido de América Latina en el siglo XX, y el tiempo de los gobiernos elegidos efectivamente por la presencia masiva del pueblo en elecciones no fraudulentas. Este hecho no tuvo comparación con ningún otro en todo ese siglo exceptuando unos contados procesos revolucionarios (DUSSEL EN MARQUEZ, 2012).

Estados Unidos observó entonces que en el Sur abundaban regímenes con aspiraciones nacionalistas, casi todos capitalistas, que se le enfrentaban en la competencia dentro del mercado mundial, donde las burguesías del Norte luchaban contra las del Sur. Por medio del Pentágono, la burguesía estadounidense impulsó una guerra de competencia por extraer el plusvalor⁷ de la otra, en la que no había ninguna proporción en la potencia de los contendientes (DUSSEL EN MARQUEZ, 2012)

Los proyectos del populismo histórico latinoamericano fueron destruidos uno tras otros. Así cayeron los gobiernos de Jacobo Arbenz, de Getulio Vargas, de Juan Domingo Perón, de Gustavo Rojas Pinilla, de Marcos Pérez Jiménez, y se instauraron, desde 1954 regímenes desarrollistas (DUSSEL EN MARQUEZ, 2012).

Lo que la CEPAL llamó como doctrina desarrollista, fue una teoría económica construida ad hoc por Estados Unidos y Europa, que sugería abrir las fronteras a la tecnología más avanzada y al capital del centro para sustituir importaciones. El desarrollismo ocultó más adelante la transferencia de plusvalor del capital global del capitalismo periférico hacia el capital global del centro, en la década de los ochenta mediante el pago de una deuda externa inflada y en gran parte contraída antidemocráticamente a espaldas del pueblo latinoamericano (DUSSEL EN MARQUEZ, 2012).

La instalación de las democracias posteriores a las dictaduras, permitió consolidar la conciencia de la legitimidad del deber de pagar una deuda externa contraída por los militares. Esos gobiernos formalmente democráticos fueron

⁷Diferencia existente entre el valor de aquello que produce el trabajador y el valor de la fuerza de trabajo por él empleada. Es la parte del valor que la clase capitalista arranca al trabajador y, por tanto, en cuanto trabajo impagado, constituye el fundamento de su explotación y el origen de la ganancia.

volviéndose ortodoxamente neoliberales. Entonces el calificativo de populismo cambió absolutamente de significado, ahora significaba toda medida o movimiento social o político que se opusiera a la tendencia de globalización tal como la describe la teoría de base del Consenso de Washington (DUSSEL EN MARQUEZ, 2012).

En la oposición que los medios han creado entre populismo y democracia, mientras que al primer concepto se le adjudica una tendencia de izquierda y un liderazgo de relación directa con el pueblo que confronta las elites de poder, a la democracia se percibe como un concepto que afirma al individuo frente a la colectividad y busca fortalecer las instituciones a través de la transparencia en sus actuaciones, la educación de los ciudadanos y la opinión pública (CHAPARRO EN GALINDO et al, 2008).

En la eterna promesa de otorgarle el poder al pueblo, se hace posible que el populismo irrumpa en el orden constitucional para garantizar el cumplimiento de esa promesa y así luchar contra un enemigo. Esta lucha puede ser tanto ante las estructuras de poder económico, para demandar al Estado mayor protección social para las mayorías, como ante un Estado interventor para imponer reformas neoliberales, tal y como ha sucedido en América Latina en las últimas décadas del siglo XX (CHAPARRO EN GALINDO et al, 2008).

Mientras la elite reconoce los procedimientos adecuados de la verdadera democracia, las mayorías solo tienen a su favor las demandas que se derivan de la exclusión y la pobreza, el líder populista hace eco de las demandas populares, ignorando los protocolos democráticos. El populismo se puede definir en el contexto de un gobierno democrático como una especie de democracia directa (CHAPARRO EN GALINDO et al, 2008).

En las décadas posteriores a los años treinta, los gobiernos que mediante su burguesía industrial nacional naciente ejercieron el poder como clase dirigente, lo hicieron con el consenso mayoritario de la población por tener un proyecto hegemónico. Una vez efectuada su caída por golpes militares orquestados desde Washington, la burguesía naciente transnacional, el bloque desarrollista, y mucho más los militares de las dictaduras, dejaron de ser dirigentes y se transformaron en sectores dominantes. Es decir, al perder el consenso con el que los populismos históricos habían hegemonizado el poder y

habían obtenido una obediencia sostenible, debieron comenzar a reprimir al pueblo, que tomaba conciencia de ser pueblo en la etapa anterior populista (DUSSEL EN MARQUEZ, 2012).

La lista de líderes populistas en Latinoamérica es diversa y proviene de diversas tendencias, incluso en ocasiones de las mezcla de ellas: autoritarios, demócratas, socialistas o desarrollistas, por ejemplo Carlos Menem de Argentina y Alberto Fujimori de Perú, que se volcaron al aperturismo. Esto demuestra cómo el populismo intenta ampliar la democracia y al mismo tiempo, cómo los vacíos de la democracia electoral y partidista han generado líderes populistas (CHAPARRO EN GALINDO et al, 2008).

En efecto, estos vacíos democráticos denominados huecos de poder por algunos analistas políticos, generados por el abismo que existe entre los ciudadanos y las elites que mantienen el poder, ha desembocado en un populismo recurrente de la región (CHAPARRO EN GALINDO et al, 2008).

Es preciso aclarar que los gobiernos de tendencia socialista abierta o francamente comunista, están sometidos a la misma tensión entre autoridad y pueblo, aunque la demanda colectiva del pueblo no sea la igualdad sino una mayor libertad individual (CHAPARRO EN GALINDO et al, 2008).

3.3.3. El retorno a la democracia

Desde los años 80 se estableció en América Latina una tendencia general hacia los gobiernos democráticos y la normalización de la vida política. Paradójicamente, durante esa misma década la región atravesó por una profunda crisis económica, iniciada con la crisis de la deuda, que desembocó en políticas de ajuste y reformas estructurales de la economía que, dicho sea de paso, tuvieron un alto coste social (PARAMIO, 2000).

Desde el enfoque que vincula la aparición y el asentamiento de la democracia con el desarrollo económico, el clima de aquellos años era el menos adecuado para una redemocratización de América Latina, y por ello se plantearon serias dudas sobre la capacidad de los regímenes democráticos para sobrevivir en un difícil contexto económico y social (PARAMIO, 2000).

Varios sectores políticos e intelectuales vieron entonces con pesimismo el futuro democrático de la región. Este pesimismo, además de asentarse en la mencionada crisis económica, tenía una sólida base en la experiencia del Cono Sur con las dictaduras militares, en especial las de 1964 en Brasil, el golpe chileno de 1973 y el argentino de 1976, que habían causado un gran impacto no sólo por su administración de violencia y brutalidad, sino también por su voluntad de transformar radicalmente las respectivas sociedades (PARAMIO, 2000).

Es preciso mencionar en este contexto que, la experiencia de los países de Asia que durante la década se industrializaron bajo gobiernos autoritarios, se convirtió en un modelo a imitar para América Latina que atravesaba una crisis de la industrialización y sirvió de punto de apoyo para el postulado de la sociología política que se refiere a la superioridad de los gobiernos autoritarios para sacar a los países de situaciones de crisis económica y crear las condiciones de un desarrollo económico sostenido (PARAMIO, 2000).

Las dudas acerca del futuro democrático de América Latina, se fundamentaron en que es imposible pensar en una sociedad verdaderamente democrática en condiciones de inequidad. Si bien en los años posteriores al retorno de la democracia, se trató de adaptarla a la realidad plurinacional latinoamericana, (por ejemplo, la Constitución Política del Ecuador de 1999 reconoce a 13 nacionalidades indígenas) no se logró opacar la realidad de los que siempre estarán excluidos, que son los pobres (ESPINOSA, 1999).

En nuestros días, cuando la intervención estadounidense es un hecho ampliamente probado, la construcción de una democracia intercultural que nazca del corazón de los latinoamericanos, sus necesidades y realidades requiere de un reconocimiento explícito de sus diferencias, mas no un democracia retórica y del consenso forzado que se lleva a cabo dentro del juego de los poderosos (ESPINOSA, 1999).

Si bien el comportamiento de las instituciones estatales en América Latina ha sido generalmente autoritario, poco permeable e ineficiente, no se puede descalificar al Estado como mediador entre capital, trabajo y sociedad: el modelo neoliberal en América Latina ha sido un fracaso (ESPINOSA, 1999).

En un mundo globalizado y capitalista, el protagonismo y el ente regulador son las transnacionales, el Estado sigue siendo una estructura a la

que se le puede pedir cuentas. Las posibilidades de fiscalización no existen dentro de la empresa privada o de los organismos multilaterales, entonces el Estado debe seguir siendo un actor central dentro de los procesos de democratización que no son posibles sin mecanismos de redistribución del poder y el capital (ESPINOSA, 1999).

La diversidad de opciones políticas revolucionarias, el surgimiento de guerrillas e insurrecciones, forman parte de los dos siglos de independencia de la Región Latinoamericana, así como las intervenciones extranjeras, golpes de estado y asesinatos políticos y la represión social. Sobre este convulsionado escenario se mueve la posibilidad de construir la unidad política y económica latinoamericana que hasta el día de hoy es un proyecto inacabado, nacido como una utopía por el Libertador Simón Bolívar (ROITMAN, 2005).

Lastimosamente, al igual que ha sucedido en el pasado, el imperialismo cambiara de estrategia (ROITMAN, 2005). En la actualidad, Venezuela, Bolivia y Ecuador son los procesos gubernamentales y políticos más avanzados en cuanto a soberanía popular y legitimidad de gobierno. Además son gobiernos que tienen una movilización de masas, amplia, diversa y multiforme que a su vez es su referente de identidad fundamental (SALINAS EN MARQUEZ, 2012).

Es en la anterior trayectoria democrática, que incluye importantes revueltas populares de diferente signo ideológico y de composición social muy heterogénea, que llegaron en muchos casos hasta el derrocamiento de gobiernos de corte neoliberal como en Perú, Bolivia, Paraguay, Ecuador, Argentina y Haití donde se hizo evidente la verdadera voluntad popular augurando el fin del dominio del capital del Norte sobre la soberanía del sur (SALINAS EN MARQUEZ, 2012).

Es así como nace y evoluciona la democracia en América Latina, un proceso que a pesar de ser recibido como la verdadera independencia de la región, fue motivo de la continuidad e intensidad de la intervención estadounidense puesto que los mecanismos coercitivos y de violencia habían llegado a su fin.

A pesar de que la violencia ya no era una herramienta que podía legitimarse, la intromisión buscó otros métodos como las Reformas del

Consenso de Washington que entre otras cosas, aislaban al Estado alistando el terreno para las poderosas transnacionales. Dichas reformas dejan de ser un asunto puramente económico desde todo punto de vista y pasan a ser un asunto político y determinante para los Estados Latinoamericanos.

3 ANÁLISIS

En la década de los ochenta, muchos países en América Latina lanzaron grandes iniciativas de reforma del Estado; dichas iniciativas fueron impulsadas principalmente por fuerzas de globalización que impusieron a los gobiernos latinoamericanos a fuertes restricciones presupuestarias que hicieron el desempeño económico cada vez más dependiente de la capacidad de enfrentar la competencia internacional.

América Latina, una región saqueada y explotada durante más de medio milenio de dominación imperial del rey del ajedrez político de turno, se convirtió en validación de aquel adagio popular que dice que nadie consigue llegar a la cima sin subirse en la espalda de alguno que le ofreció la mano.

La promesa eterna del desarrollo para América Latina, convertida en paradigma por los científicos y teóricos internacionales que servían a los intereses que la oprimían, fue motivo para el surgimiento de diversas teorías explicativas de la condición de dependencia latinoamericana y de sus innumerables soluciones.

Otros académicos inconformes, aquellos que vivían en Latinoamérica, podían ver que del ideal de la teoría de los órganos oficiales, a la realidad del día a día había un verdadero abismo. En un contexto de convulsión y descontento social por la situación económica en la región, nace la teoría de la dependencia como una respuesta definitiva para la Región.

Una de sus explicaciones fundamentales para la atrancada economía latinoamericana es que se incorpora el sistema capitalista mundial cuando éste alcanza su estadio imperialista, es decir era ya un sistema sólido, a diferencia de EEUU que se incorporó e hizo florecer su economía en un escenario vacío. Este permanente estado de dependencia ha intentado cambiarse en varias ocasiones y de varias maneras, pero la intervención estadounidense ha significado el impedimento por excelencia.

Las primeras sospechas de la intervención fueron solamente leves acusaciones etiquetadas por los capitalistas neoliberales como “delirio de persecución”. Sin embargo, el descubrimiento de los Archivos del Horror en

Paraguay en 1992: una colección de más de 10.000 ítems, probó que más que meras sospechas, las continuas intervenciones estadounidenses eran ahora causales.

Naturalmente, un signo enorme de interrogación se posó en la frente de algunos ciudadanos como yo: ¿Pero por qué? ¿Por qué un país soberano y digno como Estados Unidos, al igual que cualquier otra nación latinoamericana soberana y digna, habría de interferir en la voluntad de todo un pueblo, en el destino político de un país y en sus asuntos económicos?

La razón de este pisoteo permanente a las soberanías latinoamericanas descansa en el interés del poderío capitalista del norte sobre la materia prima del sur y las oligarquías agroexportadoras nacionales que la controlaban y que controlaban a la vez la política de sus naciones-hacienda. El capitalismo voraz arrasó con el sistema esclavista del sur en la Guerra de Secesión Norteamericana en 1861, y se desplazó hacia América Latina varias décadas después, de la mano de la industrialización a gran escala.

El continuo flujo de capital hacia la metrópoli, determinado por una organización económica orientada hacia el exterior, evitó que se recapitalizara el interior de las naciones y ahondó el estado de dependencia, pues con la incipiente recapitalización se produjo una escasa iniciativa inversionista, lo que dejó campo libre para la inversión extranjera, la norteamericana.

Estados Unidos se dedicó a financiar y determinar la industrialización de la periferia, siempre y cuando aceptara sus condiciones políticas: que la nación no sea comunista y que no se asociara a aquellos países considerados comunistas. Aquí cabe recordar las palabras de Noam Chomsky: para Estados Unidos, ser comunista era preocuparse por el bienestar de la población nacional haciendo uso de las materias primas para su propio provecho.

Tales países se constituían en una verdadera amenaza a su seguridad nacional y por lo tanto requerían intervención inmediata. Ese ha sido el argumento blandido ante los organismos supranacionales a los que pertenece de manera que pueda obviar las leyes para llevar a cabo el ultraje. El argumento de que una nación latinoamericana sea capaz de amenazar la Seguridad Nacional Estadounidense, recordando nuevamente a Chomsky, es

tan ridículo que equivaldría a decir que Luxemburgo es una amenaza a la seguridad nacional de Rusia.

No lo creyeron así intelectuales como el llamado Arquitecto de la política del Gran Garrote, George Kennan, quien hizo una observación respecto a América Latina en el marco una conferencia para los embajadores latinoamericanos, luego de la Segunda Guerra Mundial: “EEUU apoyará a los gobiernos latinoamericanos que empleen la violencia contra su población, porque ello no tiene nada de inmoral si los comunistas son traidores por cuanto un Estado debe reprimirlos haciendo uso de fuerza y violencia”.

Así, acusados de traidores por los EEUU, fueron derrocados por golpes de derecha o asesinados presidentes como Allende en Chile, Torrijos en Panamá, Arbenz en Guatemala, Sandino en Nicaragua, Roldós en Ecuador, el ex presidente de Bolivia Juan José Torres.

Con la misma determinación, EEUU impuso dictaduras militares en América Latina a manera de un proyecto refundacional para la Región: el primer paso fue el exterminio físico de la oposición marxista para erradicar el mal de raíz, el segundo, la supresión de la intervención del Estado en la economía para eliminar el entrelazamiento entre política y mercado. Con la lógica de que la privatización de las empresas públicas, la eliminación de subsidios y de todo tipo de política social que pueda dar origen a demandas económicas al Estado, EEUU intentó que las leyes del mercado sean las únicas que actúen en la esfera económica, evitando la distorsión y la ineficiencia de ésta por la lógica electoral o populista.

El retorno del populismo, como un cáncer incurable desde el punto de vista norteamericano, significó para los latinoamericanos una ventana por la cual las clases oprimidas, pobres y sin educación, tenían una voz a través del líder que prometía devolverle al pueblo lo que es suyo. Alzar la voz ha significado para el latinoamericano, una mayor represión y una condena.

Luego de décadas de dictaduras militares de derecha que han dejado un saldo de cerca de 50.000 víctimas, vuelve el ángel de la paz a suelo latinoamericano inaugurando la década de 1980 como una década

democrática. En los años ochenta, se da la crisis de la deuda en América Latina, y suena la alarma de la eficacia de las nuevas democracias

La llamada Tercera Ola Democrática, llega con el periodo de expansión transnacional de las corporaciones norteamericanas que necesitan de regímenes blandos y permisivos en los que el Estado no tenga mucho que decir para poder imponer las reglas de la mano invisible del mercado.

En tanto, en América Latina crecía la pobreza y la fragilidad democrática: tras años de dictadura, el Consenso de Washington prácticamente invisibilizó al Estado latinoamericano, por lo que el fortalecimiento institucional se vio afectado y las democracias pasaron rápidamente a ser democracias defectuosas, legitimadas únicamente por el poder electoral del pueblo.

De pronto se convirtió en un requisito indispensable, el ostentar un régimen democrático para poder recibir la eterna ayuda para el progreso, un progreso que vino enfundado primero con etiqueta de industrialización, luego como defensa ante la amenaza comunista, y ahora como integración a la Comunidad Internacional mediante los Organismos Multilaterales y los TLC.

La ayuda de estos organismos, que responden a las órdenes del norte debido al peso político que ostentan o donación económica que realizan, era fundamental para sostener unas democracias jóvenes y atrasadas, con poca o ninguna tradición de partidos políticos, a las que se les miraba con escepticismo y cierta pena en la Comunidad Internacional. Y los gobiernos entreguistas se abalanzaron con más fe a las políticas del Consenso de Washington.

Dentro de esa misma comunidad Internacional, EEUU se ha labrado la imagen de ser el templo de la democracia y la libertad, donde sus habitantes, en base a su esfuerzo y el fruto de su trabajo pueden dar rienda suelta a sus deseos y disfrutar de una excelente calidad de vida. El pueblo estadounidense, sin embargo, es víctima de su propio sistema que los mantiene ignorantes de lo que realmente sucede debido al control mediático que ejercen las elites políticas.

La Opinión Pública Internacional pretende ignorar o ignora, que el ejemplo de la democracia mundial no tiene un partido socialista ni de clase obrera; es por ello que la mitad de su población no ejerce su derecho al voto. La Opinión Pública Internacional, es también amordazada por el poderío del país del Norte.

Los EEUU han logrado que ese sentido de excepcionalidad que invade a todos los habitantes de una nación por su patria, se extienda a las demás naciones y se amplíe, convirtiéndolo en una nación ideal, en el sueño americano. El latinoamericano es por su parte, de sangre mestiza, rebelde, contestatario y por sobre todo valiente, ya lo han demostrado Cesar Sandino, Fidel Castro y muchos otros, un verdadero peligro para el amo del mundo, por eso hay que mantenerlos callados.

El afán descentralizador de los neoliberales se canalizó en la privatización masiva de la provisión de servicios básicos, lo que ocasionó pérdidas en el ejercicio de dichas empresas y mal manejo de las mismas dado que el aparataje con el que contaban las municipalidades a su cargo no fue suficiente, el desempleo y la inflación se dispararon con las nuevas reglas del libre mercado y algunos países como Argentina quebraron.

De manera que el alcance del intervencionismo político y militar estadounidense en las fronteras latinoamericanas, por motivos económicos y de estrategia geopolítica, para mantener su estatus de dominación a nivel mundial, ha dejado a América Latina desangrada y empujada a una integración al mundo en condición de desventaja y con un frágil sistema democrático.

El nacimiento de los Estados Unidos estuvo marcado por el acompañamiento de los llamados Padres Fundadores, que asistieron y encaminaron a la nueva República con sus ideales y la sostuvieron en los primeros momentos de crisis, le brindaron base legal y filosofía. A diferencia de ellos, América Latina se quedó huérfana, la mayor parte de los líderes de la independencia murieron asesinados poco después de que ocurriera, por traidores avaros o víctimas de la peste, y los pocos que quedaron se disputaban el control de las tierras locales, por lo que el proyecto libertario quedó suspendido en el aire y el sueño de una América unida murió con Bolívar.

La idea del progreso es una táctica histórica y una estrategia de marketing a la vez, en la que Estados Unidos vende sus proyectos de intervención a las Naciones en nombre de los buenos valores y mantiene una imagen mundial intachable. De paso, protege los intereses de sus compañías y evita futuros competidores.

Como es en pequeño, es en grande, dice una máxima metafísica, recuérdese cómo la United Fruit Co. llegó a poseer más de 2000 km² de plantación en uno de los países centroamericanos. La compañía usaba menos de la mitad de esta tierra, sin embargo, la mantenía para evitar el surgimiento de competidores. Entonces, conviene aquí pararse a reflexionar: ¿Que pasaría si América Latina de pronto deja de ser periferia para entrar al centro del juego? En primer lugar, la competencia sería dura para Estados Unidos con más participantes en la misma categoría y aún más dura si el precio de los bienes industrializados latinoamericanos en el mercado internacional sería significativamente más baja, debido a que ya tenemos la materia prima.

De modo que, no resultó ser que los latinoamericanos somos una raza vencida, una raza de estúpidos e indolentes que no podemos gobernarnos a nosotros mismos, resultó ser que nos lo impedían. Lo interesante será descubrir hasta cuándo durará la capacidad de impedirnoslo, porque está demostrado, a través de este trabajo, que el impulso y la capacidad de rebelarnos ha estado siempre latente.

4 CONCLUSIONES

La hipótesis de trabajo, las continuas políticas intervencionistas de Estados Unidos hacia América Latina que alcanzaron su punto álgido en las décadas de 1960 a 1980, protegiendo a los intereses del capital habrían afectado la organización interna de las naciones latinoamericanas lo cual repercutió su articulación independiente y soberana a la comunidad internacional al mantener su condición de dependencia, se cumple por las siguientes razones:

- La región latinoamericana, una región históricamente orientada hacia afuera encontró que el momento del retorno de la democracia en los años 90, su sistema democrático era defectuoso debido a su fragilidad política e institucional ocasionada mayormente por las dictaduras precedentes, colocadas con el apoyo irrestricto estadounidense y las posteriores Reformas Estructurales del Consenso de Washington que se vendieron como una promesa de estabilidad y desarrollo.

- Las reformas neoliberales del Consenso de Washington para América Latina y el Caribe, redujeron la intervención Estatal al mínimo y llevaron a una subestimación de la institucionalidad pública que acababa de nacer y era muy frágil. Así, las instituciones públicas latinoamericanas en su mayoría eran como una tortuga marina recién nacida, tratando de asegurar su existencia en condiciones desfavorables y abatidas por la corriente.

- Está claro que la democracia es fundamental para el desarrollo de un régimen capitalista, y que el gran capital mundial proveniente de los países desarrollados y en especial de Estados Unidos, se han asegurado históricamente y se seguirán asegurando de que sus transnacionales y otros capitales se implanten en países con regímenes democráticos, por lo tanto, les es vital la permanencia de los mismos, siempre y cuando sean sus simpatizantes.

- Cuando la participación del Estado en la vida política es reducida al punto de no proveer los derechos básicos a la ciudadanía, como por ejemplo la seguridad física, y estas tareas son encargadas a empresas privadas como sucedió en la década de las Reformas del Consenso de Washington, el orden

público colapsa porque la misión principal de las empresas privadas es el beneficio económico, no el bienestar ciudadano en general.

- Las continuas intervenciones de la llamada Operación Cóndor, dejaron a las naciones latinoamericanas sin una continuidad política, pues la voz del pueblo era prácticamente inexistente y se encontraba ahogada por los gobernantes pro-Estados Unidos que eran colocados.

- La tradición de las dictaduras e intervenciones de la CIA, dejaron a América Latina con un vacío de tradición política cuyas secuelas aun afectan a nuestra generación, puesto que al igual que el derecho se apoya en la jurisprudencia, la política debe asentarse en una larga tradición de quehacer político y soberano, que América Latina no tiene.

- Los intentos revolucionarios, armados o no, de los presidentes latinoamericanos progresistas, asesinados por conspiraciones estadounidenses materializadas a través de la CIA y la Casa Blanca, se convirtieron en muestra fehaciente de que América Latina era concebida como el Patio Trasero Norteamericano, pero también de que el deseo de libertad no abandonó las Costas del Pacífico.

- Estados Unidos de América, sociedad ideal que se vende como defensora de los preceptos de la libertad y la individualidad en todo el mundo, los ha defendido siempre y cuando sean para su beneficio. Los beneficios económicos que le han dejado los siglos de saqueo a las materias primas latinoamericanas le han servido al ciudadano estadounidense para garantizar su versión del Buen Vivir. Para el ciudadano latinoamericano, la historia ha sido un poco diferente.

- Actualmente se trata de entender a la colonización española de Latinoamérica como una condición pasajera, como un momento de su historia que debe ser superado, porque ocurrió hace medio milenio. Sin embargo, esa es precisamente el punto coyuntural de su historia, que le dejó marcas indelebles en la constitución de su Estado y en la mentalidad de la gente, que, como dice Leopoldo Zea, necesitará una segunda colonización para olvidar que fue colonizada.

- Hay sectores de la derecha radical latinoamericana, que en pleno siglo XXI y luego de palpar las consecuencias de la intromisión estadounidense que, dicho sea de paso, están tratando de ser remediadas por los actuales gobiernos, continúan con el pensamiento retrógrado de la obediencia ciega al liderazgo estadounidense, que está dando sobradas muestras de su decadencia como autoridad mundial en todo sentido.

- Las secuelas de la intervención militar en las estructuras políticas latinoamericanas estuvieron latentes hasta hace pocos años en países como Ecuador, por ejemplo. A los integrantes de las Fuerzas Armadas les estaba negado el derecho al voto debido a su estrecha vinculación con la política, por lo que era riesgosa una situación de obediencia al superior el momento de ejercer el voto. Como este ejemplo, las reglas y normas en los países latinoamericanos se hacían para controlar y adaptar a los ciudadanos a las estructuras e imposiciones exteriores y para normativizar las consecuencias.

- En todo régimen en el que el Estado asume un rol protagónico en la dirección de la vida de los ciudadanos, se aplican medidas en procura del crecimiento económico local y el bienestar de la población local en general, tendiendo a asistir a los más desfavorecidos. Para ello, habrá de fortalecerse con un marco legal regulador, y es este precisamente el miedo de los Estados Unidos y sus grandes transnacionales, que mediante legislaciones soberanas, los países pequeños, de los que extrae todo lo que puede, le pongan freno a los abusos capitalistas.

- El pánico de administraciones norteamericanas como la de Kennedy, a que los países del Tercer Mundo adopten regímenes socialistas o comunistas era que el Estado tome el control del curso político de la nación y que el pueblo decida el rumbo político del país en base a la administración de sus propios recursos, significó para los países latinoamericanos, décadas de atraso, hambre y anarquía.

- Las sociedades heterogéneas como la latinoamericana plantean, desde el punto de vista cultural, problemas peculiarmente difíciles en cuanto al diseño de las instituciones que canalizan conflicto y a la conformación de una opinión pública unificada. En el momento de la formación de las Repúblicas

latinoamericanas, estos conceptos ni siquiera existían, lo que contribuyó para que se dé la continuidad del feudalismo como forma de gobierno, hecho que determinó a posteriori, la economía y políticas de la Región. Un verdadero Estado democrático ayuda a consolidar los derechos de ciudadanía unificada en una sociedad y dado que las democracias latinoamericanas han sido frágiles y orientadas hacia afuera, la cohesión ciudadana interna también ha sido frágil.

- Varios autores indican que las democracias en Latinoamérica de los años 90, carecían de varias de las condiciones que poseen las democracias más antiguas y más fuertes: partidos efectivos, sindicatos inclusivos, y burguesía capaz de ofrecer un proyecto hegemónico, una clase política estable, o fuerzas políticas identificables. Es imposible imaginar cómo se construirían estos requisitos de una democracia fuerte y sólida en una región permanentemente intervenida y que continuaba respondiendo a intereses exteriores.

- El destino de América Latina, según la visión estadounidense, estaba marcado. Al no constituirse como un conglomerado de naciones soberanas, sino como un grupo de hacendados exportadores, se integró a la Comunidad Internacional de entonces con el rol de proveedora de materia prima en la División Internacional del Trabajo. Más tarde, cuando se modernizó y se convirtió en una región democrática, y trató de integrarse al mundo en igualdad de condiciones que las demás naciones, fue relegada y subestimada debido a los problemas de corrupción e inestabilidad, fruto de la lucha por el control del saqueo precedente.

- Entonces una democracia defectuosa e inestable como la latinoamericana no llama la atención de Organismos Internacionales de Cooperación y peor aún de Inversión Extranjera Directa, que tanto necesita una economía orientada hacia afuera.

- América Latina es una prueba viviente de la ineficacia de los Organismos Internacionales como la ONU, que han fracasado en el intento por lograr la fraternidad entre las naciones, porque no puede haber fraternidad sin igualdad y ciertamente que para América Latina no ha existido la igualdad. Las intervenciones estadounidenses se han realizado muchas veces pasando por

alto los dictámenes y advertencias de dicha organización, lo cual nos deja ver que dicho seno que procura la paz y la armonía en el mundo, es solamente una pantalla que busca apaciguar a los ciudadanos con sus elegantes discursos.

- De sobra está mencionar que además de ser ineficaces, los métodos del FMI le demostraron a América Latina que la forma de acumulación capitalista aún existe, pero esta disfrazada. Vale la pena cuestionarse que, si los préstamos iban en favor del progreso de nuestros países, ¿Por qué eran los intereses tan altos, y el pago de la deuda tan sagrado que quitaba el pan de la boca de nuestros niños?

- Una democracia es sustentable y se construye como tal cuando todas las fuerzas políticas importantes dentro de una sociedad encuentran que lo mejor es promover sus intereses y valores dentro de un único marco institucional y con una normatividad clara. En el nacimiento de la democracia latinoamericana las fuerzas políticas luchaban a río revuelto por llevarse una tajada del pastel del poder, y no aunaban esfuerzos en pos de un proyecto social en común.

- Quizá se pueda pensar que la idea de que Estados Unidos controla al mundo es un poco exagerada, pero basta nada más poner atención a algunos nombres: United States, United Fruit, United Wireless Telegraph Company, United Colors of Benetton, United Airlines y por último, United Nations.

- La tendencia socialista contemporánea en los actuales gobiernos latinoamericanos es una respuesta contundente al fracaso del neoliberalismo de las décadas anteriores y proviene de una voluntad popular de descontento y decepción. La evolución hacia la madurez política de una nación incluye también formas de gobierno dictatoriales o totalitarias, comunistas, socialistas y democráticas. El problema con América Latina es que sus accidentados procesos políticos no han sido fruto de su momento, de su propia experiencia y a pesar de haberlos tenido, le queda la sensación de vacío porque las diferentes instancias de gobierno, le han sido impuestos.

- Los procesos del Estado y las diferentes formas en las que se expresa el poder como la democracia o la dictadura, el capitalismo y el socialismo son complementarios, y se necesitan el uno al otro. La experiencia histórica habla

por sí misma, no se puede vivir en un capitalismo extremo en donde todo lo que importe sea el beneficio económico, porque los ciudadanos comunes y corrientes tenemos las de perder, y no se puede vivir tampoco en socialismo extremo porque el Estado ha demostrado ser incapaz de controlarlo todo, la iniciativa privada también es una parte importante de una economía.

- América Latina atraviesa momentos en los que se mira en un espejo y define quien es y que quiere ser. Herida y desangrada por su pasado capitalista a la fuerza, busca solaz nuevamente en movimientos de izquierda que cada vez adquieren más fuerza como lo son el de Hugo Chavez o el de Rafael Correa. A pesar de la tendencia política que defendamos, los ciudadanos latinoamericanos debemos saber que el proceso político actual en nuestra región, es finalmente nuestro y nos merecemos la oportunidad de disfrutarlo.

5 RECOMENDACIONES

- América Latina, laboratorio ideal para medir la efectividad de las medidas neoliberales estadounidenses, sacó anticipadas conclusiones de su fracaso, al creer que es inferior que el resto de países. Es vital, sin embargo, que los latinoamericanos se empapen de la realidad de las causas del fracaso democrático y económico de finales de los ochenta y lo asuman como el resultado de una intervención externa y no de una falla proveniente del interior.

- Es pertinente recordar el papel protagónico que las clases populares desempeñaron en la constitución de la democracia burguesa en los países capitalistas avanzados. Las burguesías son las fuerzas sociales fundamentales que pueden democratizar al Estado, que pueden dar una solución progresista y civilizada a la crisis estatal que afecta al capitalismo. Es hora de replantearse la construcción burguesa latinoamericana en esta nueva etapa de nuestra historia en la que la intervención del Norte está dejando de ser parte de nuestra cotidianidad.

- Y éste es el verdadero carácter que adquieren nuestros días la lucha por la democracia en América Latina: la conquista de la igualdad, la libertad y la participación son diversas facetas de una lucha unitaria contra el capital. De este modo, el impulso democrático de las masas populares que estaba confinado en tiempos pasados a los límites más o menos estrechos del Estado capitalista, se avizora con signos que prefiguran la democracia socialista.

- La democratización del Estado capitalista se logrará, una vez más, por la victoria popular para acelerar el tránsito hacia formas superiores de organización política, a la democracia integral y sustantiva del socialismo, no como antaño, para limar las aristas exclusivistas y autoritarias de la dominación burguesa.

- La euforia capitalista será sustituida por un estado de ánimo mucho más depresivo a partir del momento en que las contradicciones propias de la tendencia afloran nuevamente a la superficie; tal es el caso de la crisis actual que los teóricos afirman es la peor del siglo y como ha sido en todas las crisis capitalistas a lo largo de la historia.

- La observación y más que nada la gran oportunidad que tiene Latinoamérica, con la nueva ola de gobiernos de tendencia socialista que han surgido en la actualidad, de experimentarse a sí misma en una nueva dimensión de soberanía e igualdad, en una nueva etapa de integración latinoamericana, libre de la persecución exterior a sus intereses, que son los nuestros por derecho, probará en última instancia la validez de los postulados de intervención.

- Es necesario que América Latina se replantee como un conglomerado, como un sólido grupo de ciudadanos de diversa procedencia étnica pero con un ideal común; sólo de esa forma se podrán superar las barreras ideológicas que separan, además de las diferencias económicas a las clases sociales. Mediante la priorización de la integración regional en sus políticas de Estado, las naciones latinoamericanas lograrán fortalecer sus democracias teniendo como referente una instancia supranacional.

- Los investigadores sociales y los apasionados a los temas latinoamericanos tenemos frente a nosotros una ardua tarea, la de colaborar en la construcción de teorías que surjan de iniciativas latinoamericanas para los latinoamericanos y que se ajusten a nuestra peculiar realidad pluricultural y a nuestra herencia histórica.

- Se vuelve una tarea prioritaria la difusión de las cifras y los hechos que los ciudadanos no conocemos, o la versión de nuestra historia, blandiendo los argumentos de la verdad y con criterios lógicos de manera que los ciudadanos asumamos una identidad de compromiso y lucha por el bienestar de nuestra región.

BIBLIOGRAFÍA

Libros

- Chomsky, N. (1994). *El nuevo orden mundial (y el viejo)*. España, Barcelona: Editorial Crítica.
- Chomsky, N. (2004). *Hegemonía o Supervivencia, el dominio mundial de EEUU*. Colombia, Bogotá: Grupo Editorial Norma
- Nathan, J. (2002). *Efectos de la Política Exterior Norteamericana en el orden mundial*. Argentina, Buenos Aires: Editorial Latinoamericano SRL
- Estrella, P. (1983). *América Latina: Las razones de la ira*. Ecuador, Cuenca: Instituto de Investigaciones Sociales Universidad de Cuenca.
- Chapman, P. (2007). *Bananas, how the United Fruit Company shaped the world*. Estados Unidos, Nueva York: Canongate
- Arosemena, D. (1997). *Historia documental del Canal de Panamá*. Panamá: Editorial Mariano Arosemena
- Calloni, S. (1999). *Los Años del Lobo: Operación Cóndor*. Argentina, Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Mariano, N. (1998). *Operación Cóndor: Terrorismo de Estado en el Cono Sur*. Argentina, Buenos Aires: Editorial Lohlé-Lume
- Villamizar, D. (1994). *Ecuador 1960-1990: Insurgencia, Democracia y Dictadura*. Ecuador: Quito, Editorial El Conejo
- Nickson, A. en Assies, W. (2003). *Gobiernos locales y reforma del Estado en América Latina*. México: México DF, El Colegio de Michoacán
- Cueva, A. (1977). *El Desarrollo del Capitalismo en América Latina*. México, DF: Siglo Veintiuno editores.
- Gunder Frank, A. (1976). *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. México, DF: Siglo veintiuno editoras
- Zea, L. (1995). *Fuentes de la Cultura Latinoamericana*. México, DF: Fondo de Cultura Económica
- De La Peña, S. (1971). *El Anti desarrollo de América Latina*. México, DF: Siglo Veintiuno editores.
- Sunkel, O. y Paz, P. (1972). *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. España: Barcelona, Siglo veintiuno editores
- Heinz, D. (1998). *Noam Chomsky habla de América Latina y México*. México, DF: Editorial Océano
- Britto, L. (2009). *América Nuestra: Integración y Revolución Tomo II*. Venezuela: Caracas, Fondo de Cultura del ALBA

Galindo, C. et al (2008). *Estado, Democracia y Populismo en América Latina*. Bogotá: Colombia, Editorial Universidad del Rosario

Roitman, M. (2005). *Las Razones de la Democracia en América Latina*. México: Siglo Veintiuno Editores S.A. de C. V.

Ravest, G. (2009). *Pretérito Imperfecto*. Chile, Santiago: Ediciones LOM

Revistas

Espinosa, M.F. (2000, octubre). Las Paradojas de la Multiculturalidad, *Revista Iconos* 9, pags. 22-30.

Espinosa, M.F. (1999, marzo). Repensar la Democracia en sociedades pluriculturales y postcoloniales, *Revista Spiritus* 155, pags. 45-52.

WEB

Libros

Borón, A (2003). *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina*. Recuperado de: <http://www.rebellion.org/docs/146190.pdf>

Méndez, J. (2006). *Bajo las Alas del Cóndor*. Recuperado de: http://www.archivochile.com/carril_c/cc2012/cc2012-032.pdf

Girón A. en Llechini G. (2008). *La Globalización y el Consenso de Washington*. Recuperado de: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/sursur/lechES/>

Cardoso, F.H. y Faletto E. (1977). Dependencia y Desarrollo en América Latina. Recuperado de: <http://www.ceipil.org.ar/wp-content/uploads/2011/CURSO/unidad%201-Cardoso%20y%20Faletto.pdf>

Bethel, L. (1990). *Historia de América Latina. Tomo IV: América Latina, población, sociedad y cultura*. Recuperado de: http://www.bsolot.info/wp-content/pdf/Bethell_Leslie%20-%20Historia_de_America_Latina_IV.pdf

Mouffe, C. (1993). *El retorno de lo político: ciudadanía, pluralismo y democracia radical*. Recuperado de: http://perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/mouffe_chantal_-_el_retorno_de_lo_politico.pdf

Vanaik, A. (2009). *Casus Belli: Como venden los Estados Unidos la guerra*. Recuperado de: http://www.tni.org/sites/www.tni.org/files/download/Casus_Belli-print-finalversion.pdf

Marquez, M. (2012). *El eterno retorno del Populismo*. Recuperado de: Javeriana, <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20121122111456/Eleternoretornodelpopulismo.pdf>

Revistas

- Morgenfeld, V. (2010, agosto-diciembre). Del TIAR a la OEA: Estados Unidos, Argentina y el Sistema Interamericano. *Revista de Relaciones Internacionales y ciencia política Confines No. 14*. Recuperado de: <http://web2.mty.itesm.mx/temporal/confines/articulos12/MorgenfeldL.pdf>
- Heller, C. (1973, noviembre-diciembre). Relaciones Militares entre EEUU y América Latina: un intento de análisis. *Revista Nueva Sociedad No.27*. Recuperado de: http://www.nuso.org/upload/articulos/273_1.pdf
- Olivieri, M. (1984, noviembre-diciembre). Orígenes y evolución de la presencia militar en América Latina. *Revista de estudios políticos Nueva Epoca No.42*. Recuperado de: <http://www.e-historia.cl/cursosudla/HIS602/lecturas/24%20-%20Olivieri,%20Mabel%20%20Or%C3%ADgenes%20y%20Evoluci%C3%B3n%20de%20la%20Presencia%20Militar%20-%20p%C3%A1g.%20163-188.pdf>
- Paramio, L. (2001). Tiempos de Golpismo Latinoamericano, *Revista Historia y Política del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España No.5*, Recuperado de: <http://digital.csic.es/bitstream/10261/1468/1/dt-0102.pdf>
- Murillo, H. (1985). La Intervención Norteamericana en Guatemala en 1954, dos Interpretaciones Recientes. *Revista Anuario de Estudios Centroamericanos No.2 (11)*. Recuperado de: <http://www.revistas.ucr.ac.cr/index.php/anuario/article/view/3289>
- Abu-Warda, N. (2001, marzo). Panamá en la Política exterior de Estados Unidos. *Revista de la Sociedad Española de Estudios de la Comunicación Iberoamericana No.7(4)*. Recuperado de: <http://www.seeci.net/Numeros/Numero%207/Najib.pdf>
- Furtado, C. (1967). La concentración del poder económico en EEUU y su proyección en América Latina. *Revista del Instituto de Estudios Internacionales de Chile No.3 y 4*. Recuperado de: <http://www.cuadernosjudaicos.cl/index.php/REI/article/viewFile/19226>
- Galván, F. Martínez, L. (2001). Evolución y Desarrollo crítico del Sistema Capitalista, *Revista de Economía mundial No.5*. Recuperado de: http://www.sem-wes.org/files/revista/rem5_9.pdf
- Hayek, F.A. (1973). Liberalismo, *Revista de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile*. Recuperado de: <http://www7.uc.cl/icp/revista/pdf/rev42/ar6.pdf>
- Vargas, J. (2007). Liberalismo, Neoliberalismo, Postneoliberalismo. *Revista de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile No. 17*, Recuperado de: <http://www.revistamad.uchile.cl/index.php/RMAD/article/viewFile/13938/14230>
- Dussel, E. (1988, enero-abril). Deuda externa e innovaciones financieras. *Revista Cuadernos Políticos No.53*. Recuperado de:

<http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.53/CP.53.8.Dussel.pdf>

- Aguado, S. (2006). Cinco años de Política Económica en Estados Unidos. *Revista de Economía y Estadística de la Universidad Nacional de Córdoba No.64(1)*. Recuperado de: http://ief.eco.unc.edu.ar/files/publicaciones/economiayestadistica/2006_44_n1/06.159_199_observ_aguado.pdf
- Casilda, R. (2004, abril-mayo) América Latina y el Consenso de Washington, *Revista económica de Información Comercial Española No.2803*. http://biblioteca.hegoa.ehu.es/system/ebooks/14120/original/America_Latina_y_el_consenso_de_Washington.pdf
- Salido, L. (2011) Las crisis financieras de los Estados Unidos y la Respuesta Regulatoria Internacional. *Revista Aequitas No.1*. Recuperado de: <http://revistaequitas.files.wordpress.com/2011/11/129-214.pdf>
- Bartlett, B. (1982, otoño-invierno). The Constructive Crisis of Reaganomics. *Revista The Intercollegiate Review*. Recuperado de: http://www.mmisi.org/ir/18_01/bartlett.pdf
- Nolff, M. (1982, noviembre-diciembre). La vía crucis de la Revolución Sandinista. *Revista Nueva Sociedad No. 63*. Recuperado de: http://www.nuso.org/upload/articulos/997_1.pdf
- Larson, L. (1977). La Guerrilla en América Latina: ¿Terrorismo o guerra popular?. *Revista de Sociología 7*, Recuperado de: <http://ddd.uab.cat/pub/paers/02102862n7/02102862n7p91.pdf>
- Núñez, J. (1989, septiembre-octubre). La Revolución Francesa y la Independencia en América Latina. *Revista Nueva Sociedad No. 103*. Recuperado de: http://www.nuso.org/upload/articulos/1793_1.pdf
- Ugarte, J. (2010). Democracia y Derecho Natural en Estados Unidos: el pensamiento de los padres fundadores, *Revista del Centro de Estudios Públicos de Chile No. 119*. Recuperado de: www.cepchile.cl/dms/archivo_4681_2837/rev119_ugarte.pdf
- Gilley, B. (2009, enero). Is democracy possible?, *Revista Journal of Democracy No. 1(20)*. Recuperado de: http://www.journalofdemocracyenespanol.cl/pdf/Bruce_Gilley.pdf
- Del Campo, S. (2009). USA: Sociedad de clases medias, *Revista del pensamiento actual Ciencia y Razon No. 39*, Recuperado de: http://www.cuentayrazon.org/modules.php?op=modload&name=Publications&file=index&p_op=showcontent&pnid=1053341527
- Queiser, W. (2008, noviembre-diciembre). La reacción a la democracia boliviana: Evitar los errores comunistas respecto a Cuba, *Revista Military Review*. Recuperado de: <http://politicalscience.cos.ucf.edu/wp-content/uploads/2012/04/Morales-CV.pdf>

De la Cruz, F. (2011). El proceso de independencia de América Latina, *Revista Proyecto Clío* No. 37. Recuperado de:
<http://clio.rediris.es/n37/oposiciones2/tema52.pdf>

Benz, W. (2005, agosto). La división del continente europeo y la hegemonía de Estados Unidos en el mundo occidental. *Revista de la Universidad Católica Boliviana* No. 17. Recuperado de:
<http://www.scielo.org.bo/pdf/rcc/n17/a08.pdf>

Publicaciones de Universidades

Henríquez, A. (2008). *La Guerra Fría y el surgimiento del nuevo orden: Análisis de la idea de Francis Fukuyama*. Universidad de las Américas. Recuperado de:
http://historiauniversaludla.files.wordpress.com/2008/06/guerra-fria_fin-de-guerra-fria_fin-de-la-historia.pdf

Valente, X. (2005). *La Guerra Fría*, Universidad Autónoma de Madrid. Recuperado de:
<http://www.uam.es/centros/economicas/doctorado/deri/publicaciones/BriefsPapers/DB02-2005.pdf>

Díaz de Ojeda, M. R. y Birzuela C.A. (2002). La disolución del Imperio Británico y la formación del Commonwealth, Universidad Nacional de Catamarca; Facultad de Humanidades. Recuperado de:
<http://www.editorial.unca.edu.ar/Publicacione%20on%20line/CD%20INTERACTIVOS/NOA2002/Disolucion%20Imperio%20Britanico.pdf>

Ugarteche, O. (2009). *Historia Crítica del Fondo Monetario Internacional*, Universidad Autónoma de México, Recuperado de:
http://biblioteca.hegoa.ehu.es/system/ebooks/18146/original/historia_critica_del_fm.pdf?1285585139

Brewer-Carias, A. (2011). Los aportes de la Revolución Francesa al constitucionalismo moderno y sus repercusiones en América Latina a comienzos del siglo XIX, *Memorias de la conferencia dictada en Santiago de Chile*. Universidad Bernardo O'Higgins de Chile. Recuperado de: <http://www.ubo.cl/icsyc/wp-content/uploads/2011/09/ART.3-BREWER.pdf>

Periódicos

Fest, J. (2005, febrero, 6). *La Europa de Yalta*. *El País*. Recuperado de:
<http://www.upf.edu/materials/fhuma/hcu/docs/t7/art/art55.pdf>

Otras publicaciones

Carbone, V. (2006). *Cuando la Guerra Fría llegó a América Latina: La política exterior Norteamericana hacia Latinoamérica durante las presidencias de Eisenhower y Kennedy (1953-1963)*, Centro Argentino de Estudios Internacionales,
<http://www.caei.com.ar/search/node/Valeria%20Lourdes%20Carbone>

- Báez, L (2011). Desaparición Física de Omar Torrijos, ¿Accidente o Asesinato?. Recuperado de:
<http://www.bolpress.com/art.php?Cod=2011072203>
- Therborn, G. et al, (2003). La Trama del Neoliberalismo: Mercado, Crisis y Exclusión Social. Red de Bibliotecas virtuales CLACSO Recuperado de:
<http://biblioteca.clacso.edu.ar/subida/clacso/se/uploads/20100609030645/latrama.pdf>
- Barone, V. (1998). Globalización y Liberalismo: elementos de una crítica, Sala de Lectura CLACSO. Recuperado de:
http://www.google.com.ec/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=10&ved=0CF4QFjAJ&url=http%3A%2F%2Fbiblioteca.clacso.edu.ar%2F%2Flibros%2Fparaguay%2Fbase%2Fbarone.rtf&ei=mRa5UYuMEInw8ATW_4HABQ&usg=AFQjCNHrTESIKmSVwrdvCQsRQMBHTkaSZQ&bvm=bv.47810305,d.eWU
- Sanchez J.C. (1983), La crisis económica internacional y su repercusión para América Latina. Documento de Trabajo de la CEPAL, Oficina Buenos Aires. Recuperado de: <http://www.cepal.org/cgi-bin/getProd.asp?xml=/argentina/noticias/documentosdetrabajo/3/22493/P22493.xml&xsl=/argentina/tpl/p38f.xsl&base=/argentina/tpl/top-bottom.xslt>
- Acosta, A. (2003). La deuda externa en América Latina: Origen, evolución y alternativas de solución. Observatorio Internacional de la Deuda. Recuperado de: <http://www.oid-ido.org/IMG/pdf/ACOSTA01.pdf>
- Bertola, L. y Ocampo J.A. (2010), Desarrollo, Vaivenes y Desigualdad: Una historia económica de América Latina desde la Independencia. Recuperado de: <http://segib.org/publicaciones/files/2010/12/Historia-Economica-AL-ESP.pdf>
- Martínez, R. y Soto, E. (2012). El Consenso de Washington: La instauración de las políticas neoliberales en América Latina. *Scientific Electronic Library Online Universidad Autónoma de Mexico*. Recuperado de:
<http://scielo.unam.mx/pdf/polcul/n37/n37a3.pdf>
- Rossi, C. (1972). La Revolución Permanente en América Latina. Colectivo Amauta Recuperado de:
http://www.bvsst.org.ve/documentos/pnf/la_revolucion_permanente_en_america_latina.pdf
- Departamento de Estado de Estados Unidos. (2007). Reseña de la Historia de Estados Unidos,
<http://photos.state.gov/libraries/argentina/8513/ushistory/RHEUCap4.pdf>
- Santos, G. (2009). Estados fallidos. Definiciones conceptuales, Centro de documentación, Información y análisis de la Cámara de Diputados de México, Recuperado de:
<http://www.diputados.gob.mx/cedia/sia/spe/SPE-ISS-07-09.pdf>

Tesis

Rivera, J. (2005). *El poderío de una empresa norteamericana: El caso de la United Fruit Company en Panamá* (pregrado). Recuperado de:
<http://148.206.53.231/UAMI12184.PDF>

Hernández, M. (2007). *Intervencionismo estadounidense: el uso de valores liberales como estrategia de política exterior* (pregrado). Recuperado de:
http://catarina.udlap.mx/u_dl_a/tales/documentos/lri/hernandez_d_m/capitulo1.pdf